

PUCK

VEN GUARDIA!

Carlo e Maria



PUCK ¡EN GUARDIA!

Por LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY.S.A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS-AIRES

Título original danés: PUK OG PIM - PUK ER PARAT

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

® Carlo Andersen - Kund Meister, Copenhagen - Dinamarca

© Ediciones Toray, S. A., 1988 Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain



La conocéis ya: su nombre es Puck. Bueno, en realidad se llamaba Bente Winther y su padre era el ingeniero Joergen Winther, que trabajaba para la empresa «Danaplan».

Un buen día, su padre se marchó a Valparaíso. Su empresa necesitaba un ingeniero allí y le escogió a él, lo cual significaba que

padre e hija debían separarse.

Bente fue a vivir al pensionado de Egeborg y... Bueno, como ya la conocéis, también debéis saber su historia. Sabéis también que dejaron de llamarle Bente y que todos la llamaron Puck. Al principio le chocó el mote, pero con el tiempo se fue acostumbrando, y lo consideró casi como su verdadero nombre.

Muchas niñas aseguran que no les gusta ir al colegio. Quizá sea verdad, pero Puck no pensaba así. Con esto no se quiere decir que para ella el colegio lo fuese todo, pero quizá la vida sea diferente en un colegio como Egeborg.

El pensionado era un auténtico hogar y lugar de trabajo al mismo tiempo. La mayor parte de los residentes eran estupendos jóvenes, y había un ambiente de buen humor. Por eso a Puck le gustaba vivir allí.

Además, tenía muy buenos amigos. Claro que, de vez en cuando se peleaban. No hay nada raro en ello. Podían enfadarse tanto unas y otros que llegaran a creer que su amistad había terminado para siempre; pero un par de días después volvían a ser amigos de nuevo, y seguían jugando como si nada hubiese ocurrido.

Entre las chicas hay de todo un poco; pero la mayor parte de ellas eran «fabulosas», como decía Puck.

Por ejemplo, Annelise Dreyer. Pocas chicas se habrían criado tan mimadas como ella; sobre todo, antes de ingresar en el pensionado. Sus padres le daban todo lo que deseaba y su guardarropa era extraordinario. Hacía lo que quería con su padre; bueno, aún seguía consiguiendo de él cuanto quería, aunque últimamente el propietario Dreyer se había vuelto más sensato y difícil.

Luego estaba Lise Sommer a quien llamaban Navio; una chica formidable. Su padre era capitán de la marina mercante, y tenía un barco maravilloso que se llamaba «Margrethe III».

Navio era la mejor amiga de Puck. No era muy aplicada en los estudios; pero daba igual: era una chica lista, alegre y sobretodo, muy noble.

Inger era la más sensata de todas. De vez en cuando daba buenos consejos a Navio, cuando ésta se dejaba dominar por las emociones; porque a Navio le encantaba lo «formidablemente palpitante», como ella decía.

Finalmente, quedaba Karen. Ésta, Inger, Navio y Puck

compartían la misma habitación; la llamaban el «Trébol de Cuatro Hojas».

Al principio tuvieron bastantes problemas con Karen. Era ésta una muchacha muy bonita, con un precioso pelo de color caoba, pecas, y una nariz respingona. Era muy deportiva, pero, como se ha dicho, tenía tantos problemas que tardó algún tiempo en acostumbrarse a la vida de Egeborg.

La mayoría de la gente adulta olvida que los jóvenes también tienen problemas. Creen que, cuando éstos tienen un sitio donde estar, algo que hacer y un cierto orden, todo vaya sobre ruedas. Pero no es así. Sólo los chicos y chicas lo sabemos bien.

Puck aún se acordaba de la primera temporada que pasó en el pensionado de Egeborg. Le fue muy difícil acostumbrarse. Sintióse tan sola que le entraron ganas de fugarse. A Karen también le costó mucho. Era como si continuamente intentase pelearse con las otras. Todo se debía a que no las conocía y no confiaba en ellas.

Cuando por fin descubrió que eran de fiar, todo cambió. Entonces las otras se dieron cuenta de que su mayor problema consistía en que su madre, por alguna extraña razón, no se dedicaba a ella lo suficiente. En realidad pasó mucho tiempo antes de que lograran resolver aquel asunto y tuvieron que pasar por una serie de dificultades.

Pero Puck aprendió que los problemas deben ser resueltos, y que no se debe perder la esperanza aún cuando parezca que todo se hunde a nuestro alrededor. Uno de sus profesores, el señor Krog, cuando Puck en una ocasión se encontraba muy triste, le dijo:

— Descubrirás, Puck, que en muy pocas ocasiones llega a hundirse el mundo.

Lo recordaría siempre, sobre todo porque fue precisamente el señor Krog quien se lo dijo.

Pero una cosa es decir algo divertido o inteligente y otra es vivir de acuerdo con ello.

El señor Krog, Puck estaba segura de ello, había estado a punto de experimentar como el mundo se hundía bajo sus pies. Por lo menos, tuvo muchos disgustos.

Pero, antes de proseguir con la historia, es preciso concretar que el señor Krog le era muy simpático a Puck. Era una persona muy noble. Era el profesor de Ciencias Naturales, y tenía el don de

explicar los temas de manera que resultaran interesantes.

El señor Frank, el director, decía que el señor Krog era un genio y que, en realidad, debía haber sido científico y haberse dedicado únicamente a sus estudios. Puck no sabía lo que el director quería decir con ello, porque tenía por costumbre decir las cosas de una manera educada y amable. Podía ser muy directo, mirar a los ojos a sus discípulos, como si fuera capaz de leer sus más íntimos pensamientos; sabía arreglar las cosas con una sola palabra, sin molestar a nadie; pero de vez en cuando decía algo cuyo doble sentido no se descubría hasta más tarde. Cuando el director dijo que el señor Krog era un genio, todos sus discípulos se sintieron muy orgullosos. No obstante, después a Puck se le ocurrió pensar que quizá el director quería decir que no servía como profesor.

Krog era muy simpático, pero tenía un genio muy vivo. Si había algo que le molestaba o si alguien cometía travesuras durante sus clases, perdía los estribos completamente. Quizá después se arrepentía, pero debía de ser muy difícil para un profesor admitir una falta.

Un día, Krog le dio una sonora bofetada a Alboroto. Pero el castigo era injusto, ya que Alboroto no lo merecía.

Alboroto en realidad se llamaba Hugo Svendsen y era gran amigo de Puck. Siempre enredaba en clase, por lo que recibía malas notas y continuos castigos. A pesar de ello, todos en el pensionado de Egeborg le apreciaban. Su mejor amigo era Henrik Smith, a quien llamaban Cavador y que era el chico menos aplicado de todo el colegio.

Todo empezó aquel día, cuando el profesor Krog le dio una bofetada a Alboroto. La tormenta llevaba algún tiempo amenazando, y por desgracia Pim había ingresado ya en el pensionado.

Pim en realidad se llamaba Pernille Bendixen y era hija de un pintor. Puck la conoció durante un fin de semana, cuando visitaba a sus tíos, el veterinario Anders Moeller y su esposa Henny, en Sundkoebing.

Pim y Puck se parecían como dos gotas de agua; pero sólo en lo físico. La primera era como las corzas, tímida y siempre a punto de huir; sin embargo, Puck era más tranquila.

Pero no era extraño que Pim fuese nerviosa. Había vivido una

vida bohemia con su padre y su madrastra, yendo de un lado para otro con un coche y un remolque, hasta que mi abuela materna se decidió a terminar con aquella vida de vagabundeo. Procuró que Pim fuera mandada a Egeborg, y ella estaba encantada. Sin embargo, cuando por fin llegó al pensionado todo comenzó a ir mal.

Cierto que Puck tuvo problemas al principio; pero, comparados con los de Pim, no fueron nada. Llegó con mucha ilusión y cuando conoció al señor Frank y a su esposa quedó entusiasmada.

Puck había hablado con sus amistades sobre Pim para que ellos la recibiesen bien. Sin embargo, todo empezó muy mal y, en parte, el señor Krog fue el culpable. En ciertos momentos, Puck creyó que todo se vendría abajo; pero, entonces... Bueno, empecemos desde el principio.

* * *

Era importante hablar de todas estas personas porque jugaron papeles principales en el relato. Sólo falta decir que, aunque Pim estaba ilusionada con la idea de vivir en Egeborg, se estaba poniendo cada vez más nerviosa conforme se acercaba el día de su ingreso en el pensionado.

Puck fue un domingo a Sundkoebing para hablar con ella, que ya había visitado el colegio, y el director y su padre habían arreglado ya todos los papeles. Entraría el martes siguiente.

Pim y Puck fueron a dar un paseo por el puerto y Pim le confió su miedo a su amiga.

— ¿Cómo piensas que me recibirán? —dijo—. ¿No crees que me encontrarán extraña?

— ¿Por qué iban a encontrarte extraña? He hablado con mis amigos y amigas, y están ilusionados por conocerte. Además, ya conoces a Karen y a Navio. ¿No las encuentras simpáticas?

— Sí, pero ¿no crees que meteré la pata; por lo menos al principio?

— Seguro. Estoy convencida. Pero nadie te lo reprochará.

— ¿Estás segura?

— Completamente —le contestó Puck convencida.

Pero no dijo la verdad, porque ya se había preguntado ella misma varias veces lo mismo: ¿Cómo reaccionaría Pim una vez en el colegio?

Egeborg era un lugar estupendo cuando uno se acostumbraba a

él; sin embargo, todo cambio es difícil. La señora Frank se lo había dicho una vez, cuando Puck le ayudaba en el huerto;

— Sabemos que un pensionado no puede ser nunca un verdadero hogar; pero nos esforzamos para que aquí haya más risas que llantos... Y me parece que lo hemos logrado.

Era inevitable que, durante los primeros días, Puck se ocupase mucho de Pim, y aquélla no tardó en notar que Karen estaba celosa.

Karen era una chica estupenda; pero, a causa de sus problemas con su madre, era muy sensible y con frecuencia le dominaban los celos. Ya la primera noche estaba un poco enfadada, y sólo contestaba sí o no. Al final, Puck se hartó y le preguntó qué le pasaba.

—Nada — dijo meneando la cabeza; pero su voz no sonaba muy convincente.

Inger, que estaba poniendo su redacción en limpio, levantó la vista del cuaderno y su mirada se cruzó con la de Puck, quien se dio cuenta de que ella también había notado el comportamiento de Karen.

Puck iba a decir algo, pero Inger hizo una pequeña mueca, como queriendo aconsejarle:

—«Déjala en paz. Ya se le pasará.»

Así que Puck se limitó a suspirar hondo, y durante los siguientes minutos nadie dijo nada.

En apariencia, Karen y Puck estaban absortas en su lectura, e Inger seguía escribiendo. Entonces se abrió la puerta y entró Navio. Como siempre, estaba de muy buen humor.

—Se me ha ocurrido una idea — dijo —. Tenemos que comprarle a Pim ropa igual que la tuya; de esa manera podríais cambiaros de sitio en la clase. ¿Te imaginas a la señorita Fagerlund? ¡Se subirá por las paredes! ¿Qué te parece mi idea, Karen?

Karen contestó algo ininteligible entre dientes y siguió leyendo su libro.

— ¡Vaya! — exclamó Navio sorprendida —. Aquí pasa algo.

Karen levantó la vista de nuevo. Sus labios temblaban como siempre que estaba excitada.

— Si quieres mi opinión — dijo furiosa —, me parece que Pim es una estúpida.

—¿Qué te ha hecho a ti? —saltó Puck.

Debió haberse callado; pero la sorpresa fue demasiado grande. Karen se sentó en la cama.

— Claro, para ti es perfecta, ¿no? Ella es la nueva, la interesante.



— No digas bobadas — dijo Puck enfadada, porque no le gustaban las injusticias—. Pim es una chica que necesita nuestra ayuda, y no debemos pelearnos por ello.

— Es una egoísta —dijo Karen—, y una egocéntrica.

Puck miró a Inger como pidiéndole que dijese algo, pues ella solía ser quien arreglaba los malentendidos en el «Trébol de Cuatro Hojas».

Pero, por muy raro que pudiera parecer, Inger no dijo nada y Navio se limitó a mover la cabeza desaprobando aquella discusión.

— Es muy ruin por tu parte decir estas cosas, Karen — le recriminó Puck—. A mí me gusta Pim, y no tengo intención de abandonarla a su suerte.

—No, ya lo sé —dijo Karen levantándose.

Tiró el libro sobre la mesa y fue hacia la puerta. Allí dio media vuelta.

— Las escobas nuevas barren mejor, ¿verdad? —dijo, e hizo un orgulloso gesto con la cabeza—. Olvidas a tus antiguas amigas con una facilidad sorprendente cuando hay una nueva.

Después de aquel desplante salió al pasillo y dio un portazo. Puck se quedó contemplando la puerta, rabiosa y triste a la vez. Entonces Inger dijo, en tono tranquilizador:

— Ya conoces a Karen. En realidad, no quiso decirlo.

De repente a Puck le pareció que Inger era una cobarde y se lo dijo. Ella no intentó defenderse; pero se levantó en silencio y

abandonó también la habitación. Puck sentía que sobraba allí; sobre todo, después de lo que dijo Navio:

— Te has portado muy mal con Inger. Debes tener mucho cuidado; no vaya a ser que Karen tenga razón. Está muy bien que quieras ayudar a una chica nueva, pero no debes sacrificar a tus viejas amigas.

* * *

A Puck le gustaba llevarse bien con todos. No comprendía que pudiera ocurrir lo contrario. Es natural que no se pueda estar siempre de acuerdo y sabía que se pueden decir cosas de las que después una se arrepiente. Pero lo peor era si quedaba algún rencor. Entonces, el asunto iba mal.

Karen se mostró rencorosa con Puck. No quería hablarle y evitaba su compañía. Como es lógico Puck no quería correr tras ella. No podía hacer otra cosa que seguir el consejo de Inger y esperar. Además, sabía que todo aquello, en el fondo, no tenía importancia. Karen cambiaría de opinión al darse cuenta de que sus celos no estaban justificados. Puck no podía fallarle a Pim sólo porque Karen abrigase ideas tan tontas.

Un día, Puck fue al huerto a ayudar a la señora Frank y, cuando la conversación tocó el tema de Pim, la señora dijo:

— Para mí es muy chocante que dos chicas iguales corran por aquí, aunque tú y Pim seáis tan distintas la una de la otra.

— ¿Qué quiere usted decir? —preguntó Puck.

La señora Frank se encogió de hombros.

— Bueno —dijo—. Es un poco complicado de explicar; pero quizá lo comprendas si digo que Pim se parece a ti sólo por fuera. En su comportamiento se parece a ti cuando llegaste aquí por primera vez.

— Tiene usted razón.

De nuevo Puck se quedó impresionada por la facilidad que tenía la esposa del director para conocer a la gente. Dijo:

— Tiene usted toda la razón. Y también sé por qué.

— Yo también —rió ella—. Entonces te encontrabas en la misma situación que hoy se encuentra Pim. No olvides, Puck, que hemos visto a muchas chicas y a muchos chicos llegar aquí angustiados, con desconfianza y ganas de fugarse. El cambio no es nada fácil, y todos debemos ayudar. «Pim es como una liebre asustada; si pudiera

escondese tras un arbusto o meterse en un agujero, lo haría. Por eso es importante que tanto los profesores como los compañeros hagan lo posible para que se encuentre bien. Además, no olvides que la mayor parte de los niños que llegan aquí han tenido problemas. A una escuela del estado se va como la cosa más natural, en cambio el pensionado es una especie de solución de emergencia. Cuando tu padre tuvo que marcharse a Valparaíso, por ejemplo, tuvo dificultades contigo, y nosotros entonces nos convertimos en un hogar provisional para ti... Y, según parece, todo ha ido bien, ¿verdad?

—Sí —contestó Puck—. Sin embargo, al principio me fue muy difícil acostumbrarme.

—Exactamente —asintió la señora Frank—. Es lo que le ocurre a Pim ahora. No sé mucho sobre su hogar; pero, vivir de un lado a otro en un remolque, no ha sido muy bueno para ella. No encuentra su hogar en ningún sitio. No tiene amigos...

—Me tiene a mí —interrumpió Puck.

—No estoy tan segura —dijo la señora Frank, seria—. Un amigo no se hace de un día para otro. Sientes simpatía por Pim y la compadesces. Estoy segura, incluso, de que puedes hacer más por ella que ninguna otra persona; sin embargo una amistad es algo que crece lentamente, que pasa por muchas pruebas difíciles antes de encontrarse lo suficientemente templada.

—Quizá, algún día —añadió—, tú y Pim seréis buenas amigas. Por hoy es suficiente que seáis buenas compañeras y que estés decidida a ayudarla. Ella necesita de ti.

—Pero, de vez en cuando, es muy difícil saber qué hacer —murmuró Puck.

La señora Frank recogió sus herramientas y se levantó. Tenía una expresión solemne.

— No, Puck — dijo —. No es tan difícil. Sólo se necesita perseverancia.

* * *

Puck pensó mucho en lo que había dicho la señora Frank, porque las cosas no mejoraron para Pim. Y sí hubo momentos en que Puck estuvo a punto de perder la paciencia.

Pim se ponía tan insoportable a veces que sentía ganas de darle una bofetada. Era capaz de decir cosas hirientes para molestar. Puck

sabía muy bien que era el miedo de Pim lo que le hacía portarse así; pero, a pesar de ello, era muy difícil aguantarlo.

Recordaba cierta noche en que Pim, Karen, Inger, Annelise y algunas otras estaban con ella sentadas a la orilla del lago Ege.

Como siempre, Annelise estaba parlotando sobre trapos. Era su tema preferido. Había visto un vestido en una revista de modas y había decidido hacerse uno igual. Puck no comprendía muy bien para qué lo quería, porque sólo en contadas ocasiones celebran bailes en Egeborg, y un vestido tan elegante parecía un poco exagerado.

Sin embargo, era un tema divertido. Cuando Annelise terminó de describir el vestido con todo detalle, hubo una pequeña pausa. Puck estaba sentada al lado de Pim y se había fijado en que Karen, de vez en cuando, las miraba de reojo. Estaba celosa. Puck intentó no darle importancia y, en aquel instante, Annelise dijo a Inger:

— ¿Cómo es el vestido de tus sueños?

Inger rió un poco y dijo que no tenía ningún deseo especial; pero que, pensando en ello, sería divertido hacerse uno muy elegante. Así pues, dejó correr su imaginación y describió con detalle un fantástico vestido rosa, un color estupendo para el dulce carácter de Inger.

Cuando concluyó, Annelise dijo, con tono de experta:

— ¿Qué joyas te pondrías con él?

— No sé — dijo Inger, pensativa —; no lo he pensado. Sin embargo, una cadena fina y quizá un broche en el lado izquierdo.

— Y ¿cómo sería el broche?

— Algo muy simple, quizá.

Después de eso empezaron a hablar de joyas y fue entonces cuando Karen interrumpió:

—Y tú qué, Pim? — dijo —. Nunca te he visto llevar joyas.

Fue una pregunta malvada; porque, aunque Pim había sido bastante bien equipada por su abuela antes de ir a Egeborg, su guardarropa era limitado y no poseía ninguna joya.

Puck llevaba en su blusa un pequeño broche, nada espectacular ni costoso, pero que a ella le gustaba y le parecía bonito.

Naturalmente, actuó sin pensarlo bien; porque, si se hubiera parado a reflexionar, hubiera comprendido que lo que iba a hacer era lo único que no debía haber hecho. Sin pensarlo dos veces, se

quitó el broche y se lo tendió a Pim.

—Toma éste — dijo, intentando que su voz sonase, ligera y despreocupada—. Creo que te irá bien.

Mientras tendía la mano con el broche, los ojos de Pim se cruzaron con los de ella, y en aquel mismo instante comprendió que había metido la pata.

Los ojos de Pim estaban llenos de lágrimas, pero había una expresión en su mirada que se parecía al odio. La intención de Puck había sido darle una alegría y mejorar el ambiente, pero resultó todo lo contrario.

Los labios de Pim temblaban, luego levantó la mano con rapidez y pegó fuertemente en la de Puck. El broche salió por los aires y cayó en el lago.

Puck sintió ganas de echarse a llorar. Pocas personas se han sentido tan desoladas como ella en aquel momento. Se levantó y se fue de allí.

Tenía ganas de quedarse a solas, y siguió el pequeño sendero que bordeaba el lago Ege hacia la casa del guardabosque. Como siempre, buscaba refugio en la soledad del bosque. No quería hablar con nadie.

Quizá lloró un poco, pero al menos nadie la vio. Caminó por entre los árboles hasta que oscureció, y pensó que lo mejor era volver al colegio. Su cabeza bullía y los ojos le escocían, pero sobre todo le remordía la conciencia porque sabía que únicamente ella tenía la culpa. Debía haber reflexionado y haberse portado con más tacto.

Era natural que su regalo hubiera herido en lo más profundo a Pim. Si se lo hubiera dado a solas, con el pretexto de que era un regalo de bienvenida, quizá lo hubiera aceptado encantada; pero allí, delante de las otras...

Por fortuna, Karen no estaba en el «Trébol de Cuatro Hojas» cuando Puck subió. Navio e Inger estaban sentadas cada una ante su mesa. Levantaron la vista cuando ella entró, pero la conocían lo suficiente para saber que lo mejor era dejarla en paz.

Aún le quedaban a Puck algunos deberes por hacer, así que abrió los libros e intentó concentrarse; pero le era muy difícil. Tenía que escribir el final de una redacción, y le resultaba imposible juntar dos palabras sensatas. Se preguntaba por qué los temas de las

redacciones resultaban siempre tan aburridos. Se trata de «La importancia del mar para la comunidad



danesa». ¿Qué se podía escribir si no sobre barcos y pesca?

Sólo le faltaba el final; pero, al releer lo escrito, le pareció que no tenía ni pies ni cabeza, y le era imposible arreglar nada.

Renunció.

Cuando levantó la vista de los papeles se encontró con la mirada de Inger. Era seria y comprensiva. Inger tenía esa buena cualidad. Siempre era igual y afectuosa. Puck intentó sonreír y luego movió la cabeza:

—No me sale — dijo.

—¿Quieres que te ayude?

Como siempre, Inger estaba lista para prestar ayuda.

—Esta redacción no tiene pies ni cabeza. Sé bien lo que quería escribir, pero no encuentro las palabras. No puedo concentrarme.

—No lo tomes tan a pecho — la consoló Inger —. Con el tiempo todo se arreglará.

—Gracias — contestó Puck con amargura —. Siempre dices lo mismo.

—Y siempre tengo razón — sonrió Inger.

Navio levantó la vista de sus libros y comentó:

—Es verdad, Puck. Yo no presencié la escena del lago, así que no sé en realidad lo que pasó, aunque algo me han contado. Pim está chiflada y Karen está de muy mal humor, has metido la pata pero, dentro de dos semanas, nadie se acordará de nada. No lo tomes tan a pecho. Termina tu redacción. Yo la terminé hace un buen rato.

—Sí, claro — sonrió —. Tienes la ventaja de que tu padre es marino.

— ¿Y qué? —le animó Navio—. Tu padre construye puertos, ¿no?

— Empecemos por el principio —propuso Inger—. Primero haz

el guión y luego ve colocando el relleno. Así se escribe una redacción. Si vas escribiendo sin ton ni son, es cuando no tiene ni pies ni cabeza.

—Sí, ya lo sé —dijo desolada—. Pero estoy tan triste.

Intentaron animarla entre las dos, pero en vano. Momentos después llegó Karen. Entró con la arrogancia de un vencedor. Puck sintió deseos de tirarle de los pelos! Era extraño que, personas a quienes una quería, de repente se portasen tan estúpidamente. Pero había decidido seguir el consejo de Inger, así que continuó con su redacción y, cuando por fin la tuvo terminada, se fue a dormir.

Durante toda la mañana siguiente, Pim evitó la compañía de Puck, que un par de veces intentó hablar con ella, porque le parecía que necesitaba una explicación sobre los motivos que la indujeron a regalarle el broche. No quería que pensara que lo había hecho para humillarla.

Pero ¿qué podía hacer si Pim no la quería escuchar?

Cada vez que se acercaba a ella, se ponía a hablar con la primera persona que encontraba a su lado, con lo cual le daba a entender a Puck que no quería hablar con ella. De nuevo Inger pronunció su: »Espera y ya verás». Sin embargo, Puck tenía necesidad de aclarar el malentendido y no era fácil fingir que todo le daba igual.

Entonces no sabía que aquello era sólo el principio de una serie de dificultades que iban a complicar las cosas aún más. Tampoco sospechaba el papel que iba a jugar el señor Krog y lo cerca que iban a estar de una auténtica catástrofe.

Entraron a la clase de zoología del señor Krog sin saber que se metían en las fauces del león. Ninguna de ellas sospechaba que se había producido un brusco cambio en el carácter del señor Krog últimamente; sin embargo, pronto iban a enterarse.



Cuando el señor Krog estaba de buen humor sus clases resultan fabulosas. Era fantástico lo que aquel hombre sabía sobre ciencias naturales. Si se entusiasmaba con un tema, se olvidaba de repasar la lección para echar un discurso. Sabía explicar las cosas tan bien que todos los de su clase se olvidaban del lugar y de la hora.

Inger dijo una vez que era mejor escuchar al señor Krog que ver una película. Describía los animales de tal manera que parecían estar vivos ante los chicos y chicas. En realidad, el señor Krog era un artista; su carácter también era el de un verdadero artista. Si estaban inquietos durante sus clases o no habían estudiado la lección, se ponía furioso.

Al principio tenían miedo. Les gritaba y, de vez en cuando, incluso repartía bofetadas. Pero existe una diferencia entre tener miedo a una persona o respetarla.

Por ejemplo, el señor Frank, el director, siempre era amable y tranquilo, y le tenían un respeto extraordinario. Su palabra era ley.

Si alguna vez se enfadaba, era como si una tormenta les cayera encima. No gritaba ni decía cosas desagradables que les diesen miedo, no. Tenía una expresión en los ojos, un dulce reproche que les anulaba, que les hacía sentir la vergüenza más grande del mundo. Por un profesor que pierde los estribos y dice un montón de cosas que en realidad no siente, se tiene quizá un miedo momentáneo; sin embargo, eso no es respeto.

Cuando el señor Krog estaba de buen humor era muy simpático. Y seguramente también todos los de la clase le eran simpáticos a él; pero era fastidioso que su temperamento variara tanto, y se pusiera tan furioso que no distinguiera entre derecha e izquierda.

Siempre existe alguna causa para que la gente se porte como lo hace. Sólo conocemos a las personas superficialmente. No sabemos cómo son por dentro. Cada uno tenemos nuestras preocupaciones que influyen en nuestra manera de comportarnos. Es como cuando llevamos un par de zapatos que nos hacen daño; poco a poco nos vamos enfadando y la gente te mira y dice: «¿Por qué estás enfadada, si tienes un par de zapatos nuevos y elegantes?»

Así pues, aquel día entraron normalmente en el aula. Puck estaba tan absorta en sus propios problemas que no se fijó mucho en el señor Krog. De haberlo hecho, quizá se hubiera dado cuenta de que debían ir con cuidado. Aunque hubiera sido igual, ya que las dificultades no fueron para ella, sino para Pim.

Pim no quería hablar con Puck. Se sentó en su sitio con un gesto orgulloso y, cuando ésta intentó llamar su atención, volvió la cara hacia otro lado.

El señor Krog fue a su mesa y se sentó. Se puso a ojear un libro mientras dejaba correr la vista sobre la clase. Luego se puso a contemplar sus manos mientras iniciaba la explicación. Hablaba sobre los monos y empezó con un repaso. Todo iba bastante bien. Incluso Alboroto iba preparado, ya que el tema de los monos era tan divertido que resultaba imposible no mostrar interés.

Alboroto estaba hablando del orangután, y el señor Krog le escuchaba con rostro amable, mientras seguía contemplándose las manos.

—¿Me puedes decir de qué vive el orangután?

—Vive de... vive de frutas y esas cosas —contestó Alboroto.

—¿Sabes más sobre ese animal?

—Sí... Vive en los árboles... Salta de una rama a otra... Además, es un animal muy listo, y si uno contempla el esqueleto de un orangután y lo compara con el de un hombre, se comprende que haya científicos que afirmen que los hombres descendemos de los monos.

Puck no sabía por qué resultaba tan divertido que alguien afirmara aquello, sin embargo, así era. La risa era general en la clase. El señor Krog levantó la vista y frunció las cejas.

—¡Silencio! —dijo—. No hay nada divertido en eso.

Puck pensó que aquella era lo peor que se podía decir a quien tenía ganas de reír. Sin embargo, lograron controlarse. Pero

entonces sonó la voz de Cavador:

—Alboroto habla por propia experiencia.

Cavador dijo aquello en un tono más alto de lo que en realidad quería, y todos soltaron una carcajada. Sólo el señor Krog pareció no encontrar graciosas las palabras de Cavador. Dio un fuerte golpe en la mesa y gritó:

—¡Silencio!

Poco a poco la risa cesó. Era evidente que el señor Krog estaba enfadado. Normalmente solía tener sentido del humor, y sabía reírse de un chiste; sin embargo, lo del mono no le divertía.

— Hay varias teorías sobre el origen del hombre — dijo —. Una de ellas parte de la idea de que la raza humana evolucionó de otra inferior bajo la influencia de las condiciones de vida, mientras que los monos tendrían el mismo origen y seguirían otra evolución. Por esa razón no es correcto decir que descendemos de los monos. Sin embargo, Hugo no está completamente equivocado; así que Henrik se puede ahorrar sus chistes. Te pongo una mala nota por tu interrupción. Continuamos...

Hubo un murmullo en la clase. No era justo ponerle una mala nota a Cavador por un simple chiste. En realidad, todos se habían reído.

El señor Krog sacó un libro y dijo:

— Vamos a estudiar algo más sobre los monos. Para la próxima clase quiero que preparéis la lección sobre el macaco. Aquí tengo un libro, «La vida de los animales», de Brehm, y aunque es del siglo pasado y en muchos aspectos anticuado, está lleno de curiosas observaciones y voy a explicaros algo sobre su contenido.

«Brehm cuenta que los macacos temen a las serpientes y la forma en que, por ello, roban los huevos de los pájaros. Dice, que cuando trepan a un árbol hueco donde sospechan que hay un nido, examinan concienzudamente el agujero para convencerse de que no haya ninguna serpiente dentro. Primero miran, luego escuchan apoyando la oreja en el tronco, y hasta no estar completamente seguros, no se deciden a robar los huevos.

El señor Krog levantó la vista.

—Todo esto nos demuestra que el macaco es un animal sumamente inteligente. He explicado lo anterior para que tengáis interés en ese divertido animal y ganas de saber más sobre él. Existe

una especie llamada «macaco rojo». ¿Alguno de vosotros ha visto alguno?

Mientras el señor Krog preguntaba, ojeaba su libro. En la clase los alumnos se miraron unos a otros. Nadie se acordaba de haber visto un «macaco rojo». Al final, la cara de Navio se iluminó con una amplia sonrisa y dijo:

—Excepto a Karen, no creo haber visto ningún otro...

La carcajada fue general, y el señor Krog levantó furioso la vista de su libro. Normalmente, se hubiera divertido con nosotros; sin embargo, aquel día, no. Se puso colorado como un tomate y de nuevo dio un golpe en la mesa con la mano.

—¿Quién fue? —preguntó.

Hubo un silencio. El tono de su voz hizo vacilar a Navio. Después fue la primera en reprochárselo. Sin embargo, no fue extraño que se callara.

Si el señor Krog hubiera preguntado en tono normal, Navio hubiera reaccionado en seguida diciendo: «Fui yo». Y luego hubiera recibido su mala nota. Pero el golpe en la mesa y aquella tremenda excitación del señor Krog la asustó.

El profesor se levantó de su mesa, y entonces fue cuando se equivocó. Paseó lentamente entre los pupitres y se paró delante de Pim.

—Fuiste tú, ¿verdad?

Su mirada paralizó a Pim. De nuevo se mostró la Pim asustada que Puck conocía. Si hubiera tenido un poco más de confianza en sí misma le hubiese mirado a los ojos negando; sin embargo, vaciló.

Eso hizo insostenible la situación. Navio se apresuró a levantarse.

-Señor Krog, fui yo.

Pero el profesor no quiso escucharla.

-Intentas protegerla —dijo.

-No, se lo aseguro...

—Fuiste tú, ¿verdad? —repitió volviéndose hacia Pim.

Pero Pim se limitó a mover la cabeza, negando.

— No — dijo en voz muy baja, pero no sonó muy convincente.

Además, Puck pensaba que es casi imposible convencer a un adulto de algo, si se empeña en tener razón.

El señor Krog estaba seguro de que Pim era la culpable, y no

había fuerza sobre la Tierra capaz de convencerle de lo contrario. El ambiente de la clase estaba cargado como el aire antes de una tormenta. Hacía pocos minutos, todos habíamos escuchado con interés las palabras del profesor, pero ahora todo estaba estropeado.

Navio intentó protestar de nuevo.

— Pero, señor Krog; palabra de honor: Fui yo.

El aludido se volvió hacia ella con gran rapidez.

— Debía felicitarte — dijo irónico — por tu intento de proteger a una compañera; pero no quiero arriesgarme a hacerte creer que yo, bajo ningún pretexto, acepto una mentira.

— Pero ¡si no es una mentira! — dijo Navio, rabiosa —. ¡Digo la verdad!

Puck miró fijamente al señor Krog, y se dio cuenta de que durante unos segundos parecía inseguro; pero al mismo tiempo comprendió que aquella inseguridad aumentaba su cólera. Si se tiene razón, no hay por qué preocuparse. La verdad es siempre la más fuerte. Pero si una persona no conoce la verdad se siente insegura y siente miedo. Bueno, para decirlo en pocas palabras: el señor Krog estaba fuera de sí.

Puck oyó que alguien se levantaba, y volvió la cabeza. Era Alboroto. Carraspeó y dijo:

— Perdone usted, señor Krog, pero...

No dijo más. El profesor le interrumpió:

— ¡Siéntate! — ordenó entre dientes.

Alboroto se quedó donde estaba.

— ¿No me oíste? ¡Siéntate! —chilló Krog.

Puck pensó que había llegado el momento de respaldar a Alboroto. Podía ocurrir que Krog le diese una bofetada al muchacho, y entonces sí que habría jaleo. Así que ella se levantó y dijo:

—Señor Krog, Pim dice la verdad. Ella no dijo nada

El señor Krog le estaba dando la espalda cuando Puck habló se volvió hacia ella. Era como si se sintiera acosado.

—¿Que es todo eso? —dijo—. ¿Cómo os atrevéis...?

No concluyó la frase. Además ¿qué iba a decir? Debía de saber ya que se había equivocado.

Alboroto y Puck estaban de pie ante sus mesas y también Navío se había levantado para protestar.

Entonces pasó algo en lo que no habían pensado. Krog se fue hacia la puerta y, antes de abrir, se volvió para decir:

—Quedaos aquí hasta nueva orden. Voy a quejarme al señor Frank.

Cerró de un portazo y todos se quedaron mirando a la puerta sin saber qué hacer. Momentos después, todos hablaban a la vez. Algunos echaban en cara a Navio el no haber dicho en seguida que ella era la culpable. Otros opinaban que Alboroto y Puck habían obrado mal al mezclarse en un asunto que no era de su incumbencia. Sin embargo, todos estuvieron de acuerdo en que el profesor había perdido los estribos y había obrado estúpidamente.

Inger fue la única que no participó en la revuelta. Estaba dibujando muy tranquila, en su mesa. Puck le preguntó:

—¿No te parece que se ha comportado de una forma poco digna?

—Claro que sí — asintió ella —. No hay duda. Pero nosotros no sabemos por qué ha reaccionado así.

—Se ve que su temperamento es más fuerte que él — opinó Puck.

—Eso no lo explica todo — contestó Navio —. Me he fijado en el señor Krog durante los últimos días. Hay algo raro en él, algo que no sabemos.

—Bueno, pero ¿qué tiene que ver con nosotros?

Inger se encogió de hombros y sonrió:

— No lo sé; pero de momento, todos nos encontramos en un buen lío. Ahora vendrá el señor Frank, y quizá logre poner las cosas en su sitio; pero los problemas no acabarán por ello.

Inger tenía razón, como siempre, acertó en su profecía; más de lo que ella misma creía.

* * *

Estuvieron sentados un buen rato sin saber lo que iba a ocurrir. Poco a poco cesó la discusión, y todos fuimos dominados por el pesimismo general.

A nadie le gustaba ver mezclado al director en el asunto. Una cosa era que se sintieran tratados injustamente por el señor Krog, y otra bien distinta que el director opinara lo mismo.

Porque, a pesar de que el señor Krog se había puesto furioso y de un grano de arena había hecho una montaña, el grano de arena

lo habían puesto ellos.

Cuando oyeron que alguien llegaba por el pasillo, se callaron como por encanto. La puerta se abrió y entró el señor Frank.

Como era su costumbre, aparecía tranquilo. Estaba muy serio y cerró la puerta lentamente, sin hacer ruido. Luego se fue hasta la mesa del profesor y dejó correr la mirada por toda la clase. Todos se dieron cuenta en seguida de que su mirada era triste.

Existían pocas personas a las cuales Puck respetara tanto como al director. Se sentó a la mesa con movimientos cansados, suspirando antes de iniciar su reproche.

— El profesor Krog ha venido a quejarse — dijo con voz amable —. Me ha dado a entender que últimamente la clase ha sido muy inquieta y poco aplicada. Comprenderéis que eso está mal.

Hizo una pequeña pausa y luego continuó:

—Conocéis de sobra mis puntos de vista y sabéis mis órdenes sobre el trabajo en este colegio. Me gusta el buen humor y creo que vosotros tenéis mucha más libertad que en la mayor parte de los otros colegios. Por otro lado, existe una regla irrevocable: el profesor es quien manda. Debería ser innecesario decirlo; sin embargo, cuando un profesor acude a mí para quejarse de una clase, tiene que haber algo mal a la fuerza.

De nuevo hubo una pausa. Por el momento, lo que el director acababa de decir no daba la razón al profesor Krog. Si la queja hubiera contenido algo serio, lo habría dicho. Pero ése no era el caso. El señor Krog se había puesto furioso y había perdido los estribos; tras acusar injustamente a Pim, los había llevado a ellos casi al borde de una revuelta... Pero, en realidad no había ocurrido nada.

El director se levantó.

—Podéis quedaros sentados hasta que suene el timbre — dijo con voz cansada—. No tengo más que deciros. Sabéis mejor que yo lo que ha pasado, pero quiero que sepáis que estoy al corriente de las dificultades. ¿Alguno de vosotros desea decir algo?

No parecía haber nadie con suficiente coraje para tomar la palabra. Era una lástima, porque las acusaciones del señor Krog no debían quedar impunes. A pesar de ello, era muy delicado empezar a discutir con el director.

Puck estuvo a punto de desmayarse cuando, de repente, escuchó

su propia voz. Había que decir algo. El señor Krog no tenía derecho a dar mala fama a la clase sin razón.

—Creo que todo ha sido un mal entendido — dijo Puck. El director pareció sorprendido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó

Puck no sabía cómo empezar y tartamudeó un poco:

— Bueno...

El director volvió a sentarse. Con aquel simple gesto, Puck se sintió más tranquila. No parecía tener prisa. Estaba dispuesto escucharla.

—Siéntale, Puck —dijo con voz calmada—. No necesitas estar de pie. Se habla mejor estando sentados.

Su sonrisa le dio ánimos para continuar.



—Si, señor —dijo al mismo tiempo que se sentaba—. todo debe a un mal entendido. El señor Krog creyó que Pim, quiero decir Pernille...

De nuevo el director sonrió:

—Puedes decir Pim —dijo—. Sé muy bien de quién hablas.

Algunos reían. El ambiente de la clase había cambiado de repente.

—Alguien dijo algo... Nada insultante; era como un chiste. Pero ocurrió que al señor Krog no le hizo gracia y creyó que Pim era la culpable.

—Sin embargo, Puck, no se trata de eso. Es todo el ambiente de la clase. Le habéis faltado al respeto al profesor. No habéis mostrado ningún interés en la asignatura...

Fue Alboroto quien contestó:

—Quizá parezca extraño que sea yo quien conteste; sin embargo,

me atrevo a afirmar que nos hemos mostrado muy interesados en lo que nos explicó. Pero, después de un par de inocentes palabras, el señor Krog se puso furioso. Yo no veo la razón. No obstante, los equivocados podemos ser nosotros. Cuando un profesor se queja de una clase, tendrá sus razones. Pero... siempre será palabra contra palabra.

Alboroto había dado en el clavo. Ése era el problema. Palabra contra palabra. Por alguna razón el señor Krog se había enfadado con los alumnos.

El director se levantó.

—Bueno —dijo, y de nuevo estaba serio—. Estoy contento porque habéis intentado explicaros. Ahora voy a hablar con el profesor Krog; pero deberéis tener cuidado en el futuro, porque, a pesar de todo, quien manda es el profesor.

Cruzó rápidamente entre las mesas, abrió la puerta y salió al pasillo. Cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda, empezó un jaleo estrepitoso. Todos hablaban a la vez. Todos estaban de acuerdo en que el señor Krog se había portado injustamente. Si antes hubiesen tenido alguna duda, se habría desvanecido. Estaban seguros de que el señor Krog les había fallado.

La única que no participó en la discusión fue Inger. Su única observación fue:

—Es muy extraño. El director vino para calmar los ánimos y, en lugar de ello, resulta que ha prendido la llama de la discordia.

— Ese Krog no lo va a pasar muy divertido — gritó Navio belicosa.

Cuando sonó el timbre, muchos estaban de acuerdo en iniciar una «guerra» contra el profesor de Zoología, y lo último que Puck oyó antes de salir al pasillo fue que Cavadador dijo:

— Pero no olvidéis que una guerra así lleva consigo sacrificios terribles... Entre otras cosas, tenemos que saber la lecciones a la perfección.

La carcajada fue general. Todos conocían la aversión que Cavadador sentía hacia el estudio, y cuando él empezaba a dar aquellos consejos debía de estar cerca del fin del mundo.

Durante el recreo Puck buscó a Pim, pero ésta se hallaba rodeada de amigas y no parecía tener tiempo para Puck, que no quería quedar en ridículo corriendo tras ella, así que se tranquilizó

pensando en las palabras de Inger, y se fue a dar un paseo por el parque, mientras pensaba en lo ocurrido.

Poco a poco se dio cuenta de que Inger tenía razón. Todo el episodio con el señor Krog no significaba nada en absoluto. Si eran sensatos, durante la próxima clase deberían comportarse como si nada hubiese ocurrido. Pero no era tarea fácil hacer cambiar los ánimos.

Puck no sólo tenía problemas con el profesor; Karen seguía enfadada y Pim no quería saber nada de ella. Las dos la evitaban. Karen por celos y Pim por lo ocurrido con el broche.

Después de clase, Puck se fue a dar un paseo por el bosque. Le encantaban los paseos solitarios y sólo deseaba no encontrarse con nadie del colegio. Tuvo suerte. El bosque estaba silencioso. El único ser humano que vio fue un joven en bicicleta. Venía pedaleando por el sendero que bordeaba el lago Ege, hacia el promontorio donde estaban las ruinas. Venía hacia Puck, pero ésta no se dio cuenta de su presencia hasta que le tuvo muy cerca.



Él también parecía pasear ensimismado porque, cuando la vio, se sobresaltó y estuvo a punto de caerse de la bicicleta. Luego empezó a pedalear con fuerza y, un momento después, había desaparecido por el sendero.

Puck no pensó en aquel encuentro hasta más tarde. Le único que pensó al verle fue que no le conocía y que su ropa parecía muy gastada. Tenía un gran roto en la chaqueta, llevaba una camisa a cuadros roja, muy sucia, y los pantalones remangados como si acabara de darse un baño de pies. No llevaba zapatos.

Sin embargo entonces no le extrañó que un hombre tan harapiento llevase una bicicleta completamente nueva y elegante.

Puck no pensó en nada de eso; iba demasiado absorta en sus propios problemas.

Al regresar al colegio vio a la señora Frank que se dirigía, al huerto. Llevaba un mono verde y un gran cesto. La saludó, con la mano.

— ¿Vienes a ayudarme o vas a estudiar?

Naturalmente, Puck prefirió ayudarla. Le gustaba estar con ella, y contarle sus problemas.

Estuvieron trabajando un rato, una al lado de otra, hasta que la señora Frank dijo:

— Está muy mal lo que ha ocurrido entre el profesor Krog y vosotros.

— ¿Cómo? ¿Está usted enterada?

— Claro —rió la señora Frank—. Yo sé todo lo que ocurre en el colegio. Pero no me explico cómo habéis podido enfadaros tanto.

Puck intentó explicárselo, y ella la escuchó seria. Un par de veces asintió con un gesto de cabeza, como si fuera a decir: «Justo lo que yo pensaba.»

Al final, Puck dijo:



—El director es muy amable y comprensivo; pero entendemos que él no puede dar la espalda a un profesor. La clase está revuelta por todo eso, y no veo cómo podemos lograr hacer las paces con el señor Krog.

— No te preocupes —dijo la señora—, Todo irá bien. De repente, un buen día lo habréis olvidado todo. Por cierto...

Hizo una pequeña pausa, como si dudara. Puck se quedó esperando. No hay que insistir, sino dejar que la gente hable cuando tenga ganas de hacerlo.

La señora Frank dejó el cesto en el suelo y se volvió hacia Puck.

—Tú y yo solemos ir al grano, ¿verdad? Alguna vez te he dicho cosas confiando en que no ibas a contárselo a nadie, ni harías mal uso de ellas.

— Sí — dijo la niña, mirándola a los ojos —. Y he guardado los secretos.

De nuevo hubo una pequeña pausa. Era como si la señora Frank buscase las palabras adecuadas. Al final dijo:

— Los alumnos sólo ven en el profesor lo que él muestra en clase. No se dan cuenta de sus dificultades personales.

— Ya he pensado en ello; pero es muy difícil...

— Naturalmente que es difícil — dijo la señora Frank —., Sin embargo, de vez en cuando es necesario considerar todas las posibilidades. Casualmente sé que el señor Krog está muy nervioso estos días. Necesita de todo el apoyo moral que le podamos dar. ¿Te cuento más sobre ello?

— Si a usted le parece bien... —contestó Puck.

— Sí que me parece bien. Vamos a dar un paseo hasta el lago. Voy a intentar explicártelo todo.

Dejaron el cesto y empezaron a pasear lentamente por el parque.



Se trata de una historia bastante complicada —empezó la señora Frank—. Tampoco sé si debo explicártela; pero, por otro lado, tú eres una muchacha sensata, y sería bueno que por lo menos alguien en la clase sepa lo que le pasa a Krog. Quizá incluso logres hacer cambiar los sentimientos de los alumnos respecto al profesor. Él merece mejor trato del que le habéis dado.

— Pero —protestó Puck—, no le hemos tratado mal. Sólo fueron un par de chistes, y él perdió los estribos.

—Ya lo sé — dijo la señora Frank—. Sé que Krog tiene mucho

genio. Hemos hablado de ello en varias ocasiones. Incluso él mismo lo admite. A veces le es difícil controlarse. Pero déjame que te explique la historia del profesor Krog, y cuento de antemano con tu palabra de no decir nada a nadie. Puedes, de vez en cuando, dejar caer una palabra tranquilizadora ante tus compañeros para mejorar el ambiente de la clase. Me disgustaría mucho que un mal entendido lo estropease todo.

Fueron hacia el lago y, durante un rato, ninguna de las dos dijo nada. Se sentaron en un banco junto a la orilla.

Puck miró de reojo las pequeñas olas y pensó en su broche, que se encontraba allí, en el fondo.

Entonces continuó la señora Frank:

— Jens Krog es hijo de un empleado de ferrocarriles que, a su vez, era hijo de un campesino de Jutlandia. La familia no tenía dinero, pero todos eran muy trabajadores y estaban muy unidos. El padre de Jens Krog había aprendido a trabajar y a ahorrar en su casa, y estaba decidido a darle una buena educación a su hijo, pues Jens era un muchacho muy inteligente.

La señora Frank calló un momento, y luego continuó:

— El empleo del padre en los ferrocarriles no era muy importante y, como ya te dije, tuvo que ahorrar mucho para que su hijo pudiera estudiar. Sé que terminó el bachillerato con excelentes notas. Tenía enorme interés por las Ciencias Naturales, y hubiera querido hacer precisamente esa carrera en la Universidad, si hubiera habido suficiente dinero. Sin embargo, el destino no siempre nos lleva en la misma dirección que nuestros sueños. La madre de Jens Krog se puso enferma y tuvo que guardar cama durante años. La enfermedad costó mucho dinero.

«Aunque tenemos buenos seguros sociales y buenos hospitales la economía de un hogar sufre inevitablemente las consecuencias de una enfermedad prolongada. Así que Jens trabajó en varios empleos para ganar el dinero con que seguir estudiando; pero la muerte de su madre, un par de años más tarde, afectó tanto al padre de Jens que también él cayó enfermo. Cuando Jens se enteró de la enfermedad de su padre, dejó la Universidad para volver al pueblo y cuidar de él. Sacrificó su carrera para estar cerca del anciano enfermo y ayudarlo durante sus últimos años.

Hubo una pausa prolongada. Luego la señora Frank prosiguió:

—Cuando murió el padre, su hijo se dio cuenta de que tenía tantas deudas pendientes que le era imposible seguir la carrera. Jens sentía que aquella deuda era una deuda de honor. Por eso regresó a la capital y, mientras estudiaba el magisterio, trabajó como corrector de estilo, vigilante nocturno y en muchos otros empleos para vivir y pagar la deuda de su padre. Al final terminó la carrera y vino a parar al pensionado de Egeborg. Estamos muy contentos de tenerle aquí, pero debe de ser horrible para él terminar como maestro de escuela después de haber soñado con dar clases en la Universidad.

Y la señora Frank terminó:

- Quizá comprendas ahora, Puck, que un hombre así se ponga de mal humor de vez en cuando. Hay una gran diferencia entre dar clase a niños que no prestan atención y hacer un discurso para jóvenes científicos en la Universidad. Me gustaría que alguien ayudase al profesor Krog. Es un hombre amargado y solitario. Debemos acordarnos de esto que te he contado.

Puck tuvo que admitir que la señora Frank le había dado en qué pensar. Quiso pedirle un consejo sobre el modo de mejorar las relaciones entre los alumnos y el señor Krong. Sabía que era capaz de encontrar una solución, pero, antes de que pudiera abrir la boca para preguntar, la señora Frank empezó a hablar de nuevo.

— Todavía no he terminado — dijo —. Hay algo más sobre Jens Krog. Una persona como él, con su inteligencia y voluntad, no se deja arrinconar. Aunque no puede ya pensar en hacer carrera en la Universidad quizá logre hacerse un hombre en el mundo de la Zoología. Ha estado un par de años escribiendo un libro con nuevas teorías sobre la inteligencia e instintos de los animales. Hace pocos meses que terminó y lo ha mandado a una editorial. Si es aceptado y tiene buena acogida, significaría que Jens Krog puede ser un zoólogo reconocido, y quizá podría participar en alguna expedición científica.

Hubo una pausa.

— Sé que se prepara una expedición muy importante alrededor del mundo — continuó la señora Frank —. Han comprado un barco, como cuando la del «Galathea», y es el deseo más ardiente del profesor Krog participar en esa expedición. Quizá comprendas ahora su inquietud. Está esperando la respuesta de la editorial.

La señora Frank se levantó.

— Creo que te he contado más de lo que debí — dijo —. Sin embargo, estoy contenta de haberlo hecho. Es muy importante conocer lo que se esconde tras las personas. Espero que sepas sacar provecho de nuestra conversación y encuentres una forma de que la clase se reconcilie con el profesor Krog. No será nada fácil, lo sé, pero ¡cuento contigo!

— Gracias — dijo Puck y la señora Frank sonrió. Era una sonrisa que al mismo tiempo la alegraba y la comprometía.

Un momento después, ella se marchó, cruzando el césped en dirección al edificio principal, y Puck se quedó mirando como se alejaba. Le había dado algo en qué pensar.

Mas tarde, subió al «Trébol de Cuatro Hojas», donde encontró a sus amigas ocupadas con sus deberes. Inger sonrió y Navio se rascó el cogote mientras preguntaba si alguien sabía cómo se dice «agradable» en inglés.

—«Pleasant» —contestó Inger en seguida.

Puck se sentó y abrió un libro. Miró de reojo a Karen, y ella parecía muy ocupada con sus deberes.

— ¿Y cómo se dice «problema» en inglés? — preguntó Navío de nuevo.

—Igual, pero sin la «a» final.

—Lo sabes todo —dijo Navio con admiración y se puso a escribir en su libreta.

Problema... Ésta era la palabra exacta. La vida estaba llena de problemas; sin embargo solían tener una solución. Se inclinó sobre sus libros y aprendió, sin gran interés ni asombro, que el poeta Carl Plough nació en Kolding en el año 1813.

* * *

Puck se encontró con la señora Frank al día siguiente, después del desayuno.

—Espera un momento —le dijo ésta—. Olvidé preguntarte sobre tu pequeña doble. ¿Se encuentra bien?

—No lo sé —vaciló Puck—. Los principios son difíciles. Pero estoy segura de que todo se arreglará.

—No os he visto juntas los últimos días — dijo la señora Frank mirándola fijamente con sus amables ojos azules.

En apariencia la señora Frank no se metía en los asuntos

escolares; pero, a pesar de ello, casi siempre sabía lo que estaba pasando. Puck se puso colorada.

—No es nada —dijo ésta—. Pim es algo extraña. Y yo metí la pata; pero estoy segura de que todo irá bien. Es una chica estupenda.

— Estoy segura de ello —sonrió la señora Frank.

—

Y eso fue todo. Cuando un poco más tarde, salieron al jardín, Puck vio que Pim andaba sola, cerca del gran césped.

Fue corriendo hacia ella para intentar entablar conversación.



—¡Hola, Pim! — dijo, y ella levantó la vista.

Puck se dio cuenta de que aún pensaba en el broche. Creyó que lo mejor sería ir al grano y terminar de una vez con el problema.

— Escucha —dijo, intentando que su voz sonase ligera y despreocupada —.Te debo una disculpa por lo del otro día.

— No pienses más en eso — dijo.

— Sí — insistió Puck —. Me preocupa. Sé que metí la pata. Sin embargo, tienes que creerme, no tenía intención de herir tus sentimientos; sólo quería darte una alegría, y todo me salió mal. Ahora me doy cuenta de que me porté como una estúpida, pero te aseguro que fue sin mala intención.

— Está bien, Puck — dijo Pim con leve sonrisa.

Puck le tendió la mano, y ella se la estrechó. Sin embargo, sus manos parecían sin fuerza ni ánimos.

— Tienes que animarte — dijo Puck —. No vale la pena ponerse melancólica. El director quiere que Egeborg sea un lugar agradable. ¿No te tratan bien?

Pim se encogió de hombros:

—Si -vaciló—. Sin embargo, no logro encontrar mi lugar aquí... Y luego pasó todo eso del señor Krog.

—No lo llares «todo eso». Esas cosas pueden pasar en clase pero no merece la pena preocuparse demasiado. Quizá el señor Krog

estaba de mal humor, quizá él también tenga sus dificultades. Estamos de acuerdo todos en que se portó mal y, en su interior, quizá él también piense así.

Pim no contestó en seguida. Estaba pensativa.

—Pero ¿por qué me escogió precisamente a mí?

—Por pura casualidad.

Pim movió la cabeza.

—No lo creo. Por alguna razón, no le soy simpática. Y eso le ocurre a muchos.

—¡Qué tontería! Todos estamos contentos de que hayas venido al colegio. Lo que pasa es que aún no les conoces bien. Eso toma su tiempo. El día menos pensado te encontrarás como el pez en el agua.

De nuevo Pim movió la cabeza. Esta vez con más energía.

—No creo que eso ocurra nunca — dijo, triste —. Por ejemplo, está Annelise. A mí me parece que se porta con mucha soberbia. Habla siempre de sus vestidos y de su dinero. Estoy segura de que lo hace para hacerme ver lo pobre y ridícula que soy.

—Pero tú no eres ni pobre ni ridícula.

—Quizá no; sin embargo, me lo parece cuando Annelise empieza a hablar. Después está la actitud de Karen hacia mí. Es fría y parece enfadada, ya desde el primer día que llegué. No le he hecho nada.

Puck no supo qué contestar, así que dijo:

— Y ¿qué me dices de Navio e Inger?... ¡Y de Else y Joan?...

— Sí — dijo Pim —. Son muy simpáticas, pero les da igual que yo esté aquí o no.

— Eso nos pasa a todos. Nadie es indispensable. Yo también me encontré sola y triste cuando llegué. Fue una temporada horrible. Había sido muy mimada y estaba acostumbrada a ser el centro de todo.

— ¿Quieres decir con eso — preguntó Pim, cautelosa — que me consideras mimada a mí?

— No — contestó Puck —. Todo lo contrario.

Esto no le hizo cambiar su actitud reservada. Cuando habló de nuevo, el tono de su voz era belicoso.

— ¿Quizás piensas que soy una pobre huerfanita que necesita una vida ordenada?

Puck puso una mano en su brazo.

— Pim, por. favor — dijo, persuasiva —. No hagas escenas. Sabes muy bien lo que pienso de ti. Te cuento entre mis mejores amigas. He hecho todo lo posible para que te encuentre cómoda en el pensionado de Egeborg. Pero tú también debes ayudar para que todo vaya bien. No te excluyas de nuestro grupo, no desconfíes de nosotras, no nos acuses sin justificación.

— ¡Deja de hablarme como si yo fuera un enfermo de los nervios! —dijo exaltada, librándose de la mano de Puck — Soy una persona normal y corriente, y no necesito de cuidados especiales. Si crees haberme salvado de un destino cruel, te equivocas, y mucho.

Empezaba a comprenderla. No le gustaría admitir ni ante sí misma ni ante los demás que había tenido sus problemas y que se había librado de sus dificultades en el último momento. A nadie le gusta ser un caso especial. Todos quieren que les dejen en paz. Quizá estaban demasiado ocupados con el «caso Pim» y debían dejarla en paz hasta que ella se hubiese acostumbrado a la vida diaria del pensionado y se hubiera convertido en una más.

Sin embargo, Pim era distinta. Y cuando se es distinto, sólo se tiene un deseo: ser como los demás. Temía convertirse en el patito feo del corral y todos los cuidados para que ella se encontrase bien resultaban contraproducentes. Por esa razón se había enfadado tanto cuando Puck intentó regalarle el broche. No quería recibir limosnas. Ella sabía arreglárselas

sola.

La comprendía muy bien; pero era tan difícil respetar su orgullo y al mismo tiempo ayudarla en las cosas prácticas...

Lo peor de todo era que ella pensaba demasiado en sí misma. No se le podía reprochar. Por un lado quería ser una pequeña rueda en la gran máquina del compañerismo y por otro se esforzaba en saber si sus compañeros la querían o no.

—Si aceptas un consejo... —empezó Puck.

No llegó a más. Ella hizo un orgulloso gesto con la cabeza

—Deja ya de ser tan maternal — dijo —. Te portas como si fueras el bienestar personificado.

—Pero, Pim — dijo Puck, apelando al sentido común de aquélla —. Sólo intento ayudarte.

—¡Sí! —contestó, y de nuevo había vuelto la exaltación a su voz —. Eso es lo malo. Ojalá me dejases en paz.

Después dio media vuelta y cruzó la esplanada.

No hablaron más en todo el día. Puck no tenía ni idea de cómo hablarle de nuevo. Lo había intentado todo, había admitido su supuesta culpa; pero había sido inútil.

Después de clase tuvo ganas de dar otro paseo. Preguntó a Inger si quería acompañarla, pero ésta estaba escribiendo una carta y, como no encontró a Navio por ningún lado, decidió ir sola. Bajó las escaleras y, cuando abrió la puerta, encontró a Karen sentada en la escalinata de piedra, contemplando el jardín.

—¡Hola! —saludó Puck.

Ella volvió la cabeza y la miró fríamente; pero por lo menos contestó al saludo, aunque sin mucha amabilidad.

—¿Vienes a dar un paseo? —preguntó Puck.

—No tengo ganas —dijo la otra con voz molesta.

—Escucha, Karen. ¿Cuánto tiempo vamos a seguir enfadadas? En realidad no sé siquiera por qué estás así —añadió—. Pero si piensas que te he hecho algo, dímelo. Vamos a terminar con este asunto. Es horrible que nosotras, las del «Trébol de Cuatro Hojas», no nos llevemos bien.

—Tengo la conciencia bien tranquila —dijo Karen—. Yo no rompí la amistad.

—¿Fui yo quizá?

No le contestó y volvió la cara en otra dirección.

—Siento mucho que tengas la impresión de que he gastado demasiado tiempo en Pim. Pero, por otro lado, cuando uno es nuevo en el pensionado, se necesita de alguna ayuda, ¿no es verdad? Lo hemos sufrido las dos y sabemos de qué hablamos.

—Sí, claro —dijo Karen—. Pero Pim no puede quejarse con toda la ayuda que le has dado.

Comprendió que era inútil intentar explicárselo o hacer que Karen admitiese haberse equivocado.

Puck se levantó y dijo:

—¿Vienes o no?

—Ya te dije que no tenía ganas —contestó.

Puck estaba tan furiosa que podía haberse echado a llorar cuando bajó corriendo la escalinata y cruzó el gran césped. Pasó por delante del edificio de los profesores y saltó la valla de piedra. Poco después estaba en el bosque.

Hacía un día espléndido. El sol brillaba entre las ramas de los árboles. Caminó y caminó, quizá por matar el tiempo. La conversación con Karen la preocupaba. Había creído que si ella le tendía la mano, Karen se la aceptaría. Pero llegó a pensar que le faltaba el don de la persuasión. Ni Pim ni Karen querían saber nada de ella. Todo era tan absurdo...

¿Cómo podría ella, en tal caso, convencer a toda la clase de que el señor Krog era un tipo de primera? La señora Frank, por una vez en su vida, se había equivocado. Puck se veía incapaz de convencer a nadie, si dos de sus mejores amigas como Karen y Pim le daban la espalda como si no existiese.

Estaba de muy mal humor. Apoyada en el tronco de un árbol, contemplaba el lago Ege. En aquel momento le hubiera gustado tener un bote y remar hasta la isla del Caballero Volmer. Tenía ganas de hacer algo para mejorar su estado de ánimo.

No sabía cuanto tiempo estuvo allí. De repente escuchó pasos a su espalda y, cuando volvió la cabeza, vio a un señor mayor que se acercaba andando con pasos tranquilos y un poco vacilantes. Miraba a su alrededor con ojos despiertos e inteligentes. Tenía una barba blanca y llevaba un sombrero de paja. Su americana era de hilo blanco y su chaleco negro. En la mano llevaba un bastón que apoyaba en el suelo con mucho cuidado. No se necesita más de un segundo para darse cuenta que aquel debía de ser un intelectual y, posiblemente, un científico.

Vio a Puck y se paró, luego se quitó el sombrero y la chica tuvo la impresión de que estaba confundido. Parecía no saber si la había visto anteriormente o no.

— ¡Hay que ver! Buenos días amiguita — dijo.

Había algo en aquel anciano que despertaba la simpatía de Puck. La miró interrogativo y dijo:

— Tú eres la hija... Vamos a ver; ¿cómo es? Me es difícil acordarme de las caras.

— No creo que usted me conozca, profesor —dijo Puck.

Después de decirlo se asustó un poco, porque en realidad no sabía si aquel señor era o no profesor, aunque tenía aspecto de sabio.

— Sí que nos conocemos — insistió —. Tú te llamas Kirstine, ¿verdad?

— No. Me llamo Bente Winther.

— Entonces debes de ser la sobrina de... Vamos a ver... No; me doy por vencido. Siempre me equivoco con los nombres y las caras. Es un síntoma de vejez. ¿Te gusta la Zoología?

— Sí. Y mucho.



—¿Quizá tienes un buen profesor en esta asignatura? preguntó, amable—. Porque, entre nosotros, es muy importante quién nos enseña. Me parece que te he interrumpido ¿Estabas contemplando los pájaros?

Puck no quiso desilusionarle. Sólo había estado contemplando el lago y, naturalmente, había pájaros por allí.

—La vida de los pájaros —continuó el anciano— es sumamente interesante. Muy poca gente los conoce. Sólo dicen: por allí vuela un pájaro. Pero no saben siquiera qué clase de pájaro es. Como ya sabes, he escrito muchos libros sobre la vida de los pájaros. Tu tío dice muchas veces... Porque eres la sobrina del profesor Larsen, ¿verdad? Es en su casa donde nos hemos conocido.

—No señor —dijo Puck moviendo la cabeza—. Sigo creyendo que no nos hemos visto antes. Vivo en un pensionado cerca. Mi apellido es Winther. Mi padre es ingeniero.

—¿No es aquél...? Quiero decir... Tu padre estaba en Valparaíso y ahora me parece que trabaja en la India, ¿no?

Eso sí que fue una sorpresa. El padre de Puck nunca le había dicho que conocía a un viejo y divertido sabio con barba y todo.

— Sí — contestó Puck —. Ése es mi padre.

— Ya, ya —dijo el profesor—. ¿No te lo decía yo? Nos conocemos. Pero quizá te hayas olvidado de mi nombre. Me llamo Peter Immanuel Madsen. —Se rió un poco—. Sé muy bien que los estudiantes me llaman PIM. ¿Has oído hablar de PIM antes,

¿verdad?

— Sí. Tengo una amiga en el colegio y la llamamos Pim.

— Bueno — dijo el profesor —. En ese caso conoces a dos. Estoy aquí de vacaciones, porque tengo varias cosas en qué pensar. De vez en cuando es necesario estar solo. Vivo en Oesterby, en casa de un viejo amigo. ¿Quizá has oído hablar del reverendo Friis?

— Sí que le conozco — dijo Puck, y le vino a la memoria todo lo que ocurrió cuando el anciano reverendo fue al hospital de Sundkoebing, y el joven teólogo Christian Bach se hizo cargo de la parroquia.

— ¡Qué bien! — dijo el anciano, y sonrió—. Te llamas Birgitte ¿verdad?

— No; Bente — dijo ésta, mientras se esforzaba para no reír.

— Claro, claro — asintió Peter Immanuel Madsen—, Benedikte. Siempre me ha gustado hablar con la juventud. Sobre todo con aquéllos que se interesan por algo. Tú estabas contemplando los pájaros, lo cual demuestra que tienes intereses sanos. Si quieres, te contaré algo sobre los pájaros y te prestaré algunos libros que te van a interesar. Pero, ante todo, los deberes, Bolette.

Puck estaba luchando contra la risa, pero al mismo tiempo le gustaba mucho el viejo y simpático profesor.



— Bueno, como te dije, he salido para respirar un poco de aire fresco. Ahora voy a continuar mi paseo. Debo volver y no quiero perderme el té. Es una larga caminata para un vejstorio como yo. Pero quizá nos volveremos a ver.

La saludó cortésmente y dijo:

— Adiós, Veronike.

Se alejó por el sendero. Puck hizo una reverencia para despedirse y corrió en dirección opuesta para evitar que la oyera reír. Nunca la habían llamado con tantos nombres distintos.

Pero de pronto se paró.

— «Qué extraño — pensó — que el destino me haya enviado a

este profesor de Zoología. Quizá de alguna forma pueda ayudar al señor Krog...

—«Pero quizá —siguió en sus pensamientos—, no será necesario. El señor Krog ha escrito un libro estupendo y en cuanto reciba una carta del editor diciéndole que su libro ha sido aceptado, estará en camino de hacer la carrera que hubo de interrumpir tan desafortunadamente.

Regresó muy pensativa. Una carta era todo lo que se necesitaba.



Al día siguiente por la mañana se dio cuenta de que Pim iba vagando sola de un lado para otro. Puck le pidió a Inger que hablara con ella e Inger intentó entablar conversación. Pero fue inútil. Pim parecía asustada y contestaba con monosílabos. Era para desesperarse. Necesitaba toda clase de ayuda y no dejaba que nadie se le acercase.

El cartero solía acudir por la mañana, mientras los internados estaban en clase, y a la hora del almuerzo el director distribuía el correo.

Aquel día, Puck no esperaba tener carta de su padre. A pesar de ello, miró fijamente al director mientras pensaba:

—«Ojalá venga una carta de la editorial para el señor Krog. Así todo se arreglará.

La carta resultó ser un sobre amarillo grande y grueso. El director no dijo nada; pero Puck vio como, de repente, cambiaba de expresión. Su sonrisa desapareció y, durante un momento, frunció las cejas. Colocó el sobre amarillo junto a su cubierto y distribuyó el resto de las cartas; pero no volvió a sonreír.

Puck comprendió lo que contenía aquel sobre y a quién iba destinado. Cuando empezaron a comer, miró de reojo al director y

vio como tendía el sobre al señor Krog, quien lo recibió con cara sombría y se lo colocó en el suelo, al lado de su silla.

Puck sintió ganas de llorar. El señor Krog le daba mucha pena. ¿Por qué la vida era tan complicada y ocurrían tantas cosas desagradables?

Después del almuerzo salieron a jugar. Navio fue al encuentro de Puck.

— Ya nos toca otra vez —dijo.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Puck.

— Quiero decir que nos toca otra vez clase de Zoología y, según parece, el humor de esa especie de vinagre no ha cambiado.

Cómo le hubiera gustado poder explicárselo. Pero había prometido no decir nada y por eso murmuró algo sobre que el vinagre no era tan ácido. Navio me miró fijamente, con gran sorpresa en los ojos:

— Vaya, vaya, ¿Has cambiado de bando?

— No — dijo Puck con energía —. Nada de eso. En mi opinión, la última clase de Ciencias fue muy desagradable, y me sentiría feliz si de alguna forma se pudiera evitar que la experiencia se repitiese.

— Yo también —dijo Navio—; sin embargo, tenía la impresión de que le habíamos declarado la «guerra» al señor Krog.

Puck no supo qué contestar.

— De todas formas —dijo ésta después de una pausa—, este asunto es desagradable para todos, con o sin razón.

— Pero no hay duda de quién tiene la razón — opinó Navio.

— Ya lo sé, pero cada vez que pienso en aquella clase, me doy cuenta de que todo fue culpa de una serie de circunstancias desafortunadas y que podemos reprochárnoslo a nosotros mismos tanto como al señor Krog.

— ¿Quieres decir con eso que Krog tenía razón para ir a quejarse al director? —preguntó Navio.

— No — contestó Puck con voz decidida —. No estuvo nada bien por su parte. Obró mal al dar parte al director de una minucia como aquella.

— Menos mal; por un momento creí que nos ibas a abandonar — dijo Navio.

Sin embargo, Puck se dio cuenta, por el tono de la voz de Navio, de que ésta estaba muy poco contenta con lo que Puck había dicho.

Por eso ésta se apresuró a decir:

— Yo no abandono a nadie; pero he pensado. Siempre hay personas que juzgan lo correcto y lo equivocado sin admitir términos medios; pero, a veces, hay que buscar la verdad en un término medio. ¿Qué es lo que va a ocurrir? —preguntó—. ¿Hay nuevos planes que yo no conozca? ¿Habéis organizado algo contra el señor Krog?

— Nada,— contestó Navio—. Sólo que hablaban de «guerra» hasta el final contra él. Sabes muy bien lo que dijimos después de la última clase.

— Sí — contestó Puck y de pronto se sintió cansada de todo—. Sé muy bien que hablaban de una «guerra», pero nadie dijo cómo. ¿Qué piensan hacer?

— Es muy simple: No vamos a darnos por vencidos ante él. Si empieza a hablar, le dejaremos hablar. Debemos saber nuestras lecciones a la perfección, para que él no se pueda quejar de nuevo al director; pero queremos que se dé cuenta de que nos es antipático. Le irá muy bien saberlo.

—¿Estás segura?

—¡Naturalmente que estoy segura! —casi gritó Navio.

— Muy bien — suspiró Puck.

Veía claramente que era inútil seguir la discusión. Si quería lograr convencer a sus compañeros, no podía tirar por la borda la confianza que tenían puesta en ella.

En aquel momento fueron llamadas a clase. Cuando Jens Krog entró, estaban todos de pie al lado de sus mesas. Un viendo glacial reinaba en la habitación. Puck miró de reojo a Alboroto y Cavador. Incluso ellos estaban completamente quietos y rígidos como soldados, con rostros fríos e inexpresivos. Inger miraba fijamente su mesa, y Puck vio que, como ella, estaba triste.

La cara de Navio demostraba rebeldía y Pim estaba perpleja, como si tuviera miedo.

El señor Krog cerró la puerta y fue hacia su mesa.

— Sentaos.

En circunstancias normales, solían sentarse con gran ruido y parloteo; no obstante, aquel día todos se portaron con una corrección ejemplar.

El señor Krog dejó correr la mirada por toda la clase, y durante

una fracción de segundo sus ojos se encontraron con los de Puck. Quizá fue pura imaginación de ésta, pero le pareció ver algo desolado y triste en ellos.

Luego el profesor abrió un libro, lo contempló durante largo rato y de nuevo miró a la clase. Entonces Puck no tuvo ninguna duda: su mirada era triste y desamparada. Nunca le había visto así. Solía ser tan tranquilo, casi soberbio, y aquel día estaba pálido y nervioso. Puck se dio cuenta de que sus manos temblaban.

Carraspeó:

— Vamos a hablar de los monos... ¿No era ésta la anterior lección?

El asombro fue general. El señor Krog no olvidaba nunca nada respecto a las lecciones. Pero nadie contestó. Cuando volvió a mirarles sólo vio caras hostiles, y esta vez se dio cuenta. Se quedó un rato con las manos sobre la mesa hojeando distraído el libro. Era como si, poco a poco, se diera cuenta de la situación.

Puck le miró a hurtadillas y notó que se sonrojaba. Se dijo:

—«Ahora se pondrá furioso y perderá los estribos.

No obstante, no ocurrió nada. Estaba esperando una respuesta a su pregunta. Y la respuesta no llegó. Entonces cerró el libro sin hacer ruido y se levantó de la silla.

— Podéis marcharos — dijo.

Todos se quedaron boquiabiertos. No podían esperar una cosa así del señor Krog. Luego se puso en pie:

— He dicho que podéis marcharos.

Recogió sus libros y, cuando bajó, todos se levantaron. Le siguieron con los ojos hasta que salió por la puerta y ésta se cerró a sus espaldas. Chicas y chicos se quedaron un rato perplejos, mirándose.

— ¡Pero ¿qué demonios ha hecho ahora?! — exclamó finalmente Alboroto.

Cavador añadió:

— Y que lo digas. ¿Se habrá vuelto loco?

No hubo discusión. Algo en el comportamiento de Krog les había impresionado a todos. Ellos, excepto Puck, no sabían lo ocurrido, pero habían comprendido que algo sucedía. Navio se acercó a la mesa de Puck para preguntarle:

— ¿Qué crees tú que le ha pasado?

Puck meneó la cabeza. No podía decir nada sin romper la palabra dada a la señora Frank; así que se limitó a contestar:

— Quizá esté triste por algo. Ya te lo dije antes.

Fueron lentamente hacia la puerta. Cuando salieron a la explanada se reunieron en pequeños grupos. Puck miró a Pim pero ella prefirió no darse cuenta.

Entonces, ante el asombro de Puck, Karen se acercó a Pim y le dijo algo. Ésta asintió y juntas se fueron en dirección al lago.

Puck estaba en el mismo grupo que Inger, Navio, Alboroto, Cavadador y algunos más.

—No estoy muy seguro —empezó Cavadador— de si debemos considerar lo de hoy como una victoria. Me gustaría poder decir que le hemos ganado; pero, por otro lado, no estoy seguro de que sea así. ¿Qué le habrá ocurrido?

Puck pensó que había llegado su momento de hablar; así que dijo:

—Quizá sea una tontería eso de declararle la guerra. Mejor sería dejarle en paz. No sabemos nada de él y quizá tiene otras ocupaciones. Hablé antes con Navio sobre esto y no estuvimos de acuerdo; pero podéis estar seguros de que tengo razón.

Nadie la contradijo, lo cual no quería decir necesariamente que le dieran la razón; pero, a pesar de ello, tuvo la sensación de haberles dado algo en qué pensar.

El día pasó sin que viesan de nuevo al señor Krog. Vino como siempre a la hora de cenar y estuvo hablando con los otros profesores como si nada hubiese ocurrido.

Cuando cruzaron el vestíbulo, algunas de las chicas de su clase pasaron ante él, que las saludó con una sonrisa cansada pero amable. Sin embargo no dijo nada.

Por la noche, Puck después de acostarse se quedó pensando en todo. Comprendía lo horrible que debía de parecerle la vida al señor Krog después de haber recibido aquel sobre en el que le devolvían su manuscrito.

A Puck le hubiera gustado poder hablarle o ir a buscar al anciano profesor de Zoología para que le ayudase. Sin embargo, era muy difícil para una colegiala mezclarse en los asuntos de los mayores.



Se levantó de la cama y fue hasta la ventana. Sus tres compañeras dormían hacía rato. Oía sus respiraciones regulares mientras miraba en dirección al edificio de los profesores.

Allí estaba la habitación de Krog, pero no había luz. Quizá estaba en el despacho del director hablando de su desilusión o quizá se había acostado temprano para, con el sueño olvidar su disgusto.

De pronto vio que algo se movía en la penumbra, al lado del edificio de los profesores. Pensó que quizá se trata de Jens Krog, que había salido a dar un paseo para tranquilizar sus nervios. Pero, en seguida se dio cuenta de que aquel tipo estaba merodeando, pues andaba furtivamente alrededor de la casa. Se asomó a la ventana e intentó ver lo que hacía aquel extraño en la oscuridad.

Oyó un sonido como si rasparan algo, y luego todo volvió a quedar en silencio.

-¡Un ladrón! —pensó Puck.

Luego se dijo que debía de estar equivocada. No era razonable pensar que alguien se atreviera a robar en una casa donde vivía tanta gente. A pesar de ello, no logró olvidar la idea. Algo misterioso estaba ocurriendo cerca del edificio del profesorado. ¿Qué podía hacer ella? Si iba a avisar creerían que se había vuelto loca.

Decidió que debía volver a su cama; no obstante, la venció su curiosidad. En un periquete se encontró vestida con pantalones y jersey, y en camino hacia la puerta. «Está prohibido salir por la noche, pero la situación no admite espera —se dijo a sí misma.

Cruzó ante la puerta del despacho del director. No había luz.

Seguramente el señor Frank estaba acostado ya. Ni siquiera sabía la hora que era.

Con mucho cuidado abrió la puerta principal y colocó el pestillo de forma que no cerrara. Luego bajó al jardín.

* * *

Como ya le había ocurrido en otras ocasiones, se olvidó de tener miedo. Aunque se sobresaltó cuando, al bajar la escalinata, vio una sombra en la esquina norte del edificio.

Algo se movía con agilidad. Luego desapareció.

No logró saber de qué se trataba. El ladrón, si es que se trataba de un ladrón, debía de encontrarse cerca del edificio de los profesores aún. Pero ¿quién podía ser?

No tuvo que esperar mucho para saberlo, porque de nuevo apareció la sombra y vio que era una persona de la estatura de Puck. Era evidente que algún compañero había tenido la misma idea que ella de dar un paseo nocturno.

Se quedó un momento esperando a que la misteriosa sombra se diera a conocer, pero desapareció de nuevo. De pronto se le ocurrió una idea. ¡Parecía Pim!

— Pim —musitó y la sombra contestó con un «sí» lleno de miedo. Puck se acercó a ella.

— ¿Qué haces aquí a estas horas?

No pudo ver su cara, pero parecía muy angustiada.

— No podía dormir — dijo —. Estaba mirando por la ventana cuando...

— ¿Viste algo? —musitó Puck.

Ella meneó la cabeza.

— No sólo miré por la ventana, y entonces pensé en... ! Creo que será inútil intentar explicarlo.

Sin embargo, Puck ya había comprendido de qué tenía ganas.

— ¿Querías fugarte? —preguntó.

La agarró del brazo y acercó su cara a la de ella. Pim asintió lentamente y contestó con un tímido:

— Eso es lo que pensé hacer.

— Pero ¿adónde querías ir?

— Aun no lo tenía planeado — dijo, y de repente se le abrazó y rompió a llorar como si su corazón fuera a romperse.

— ¡Ay, Puck! — dijo —. Me siento tan sola.

Quería consolarla. Pero ¿qué podía decir? Puck se limitó a acariciar su cabello y a murmurar algo ininteligible acerca de que todos estaban a su lado y que el único deseo todos era que ella se encontrase bien.



De pronto, Puck se acordó de por qué había salido a oscuridad. No había tiempo para largas explicaciones.

— Hablaremos de todo esto después — musitó —. Hay algo que debemos hacer ahora.

Pim la miró sin comprender y, en pocas palabras, Puck la puso al corriente de la situación.

— Creo que un ladrón ronda por el edificio de los profesores.

— ¡Un ladrón! — musitó Pim que cuando presentía un peligro se portaba como una valiente—. ¡Vaya por Dios! ¿No podemos capturarlo?

En realidad era divertido que una chiquilla como ella se creyese capaz de capturar un ladrón; sin embargo, su coraje se le contagió a Puck y ambas fueron con pasos silenciosos hacia el edificio de los profesores, escondiéndose en las sombras de los árboles y arbustos para no ser vistas.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y conocía el parque como la palma de su mano. Tenían todas las ventajas de su parte.

Casi habían llegado hasta el edificio cuando oyeron un ruido. En aquel mismo instante vieron una sombra salir por una ventana y desaparecer en dirección a la tapia de piedra. Pim musitó:

— Vamos tras él.

Sin embargo, Puck la agarró del brazo y la retuvo. Hubiera sido demasiado irresponsable intentar una persecución. Si el hombre las

atacaba no podrían defenderse.

— No, espera — susurró Puck —. Vamos a avisar. Esto es asunto de la policía.

No obstante, Pim se liberó de la mano de su amiga y corrió hacia el fugitivo. Y a Puck no se le ocurrió otra cosa que seguirla. No podía dejarla correr el riesgo sola. Al llegar a la tapia oyeron que el hombre montaba en bicicleta. Se oía como la rueda trasera hacia crujir la gravilla del sendero al ser puesta en movimiento bajo un fuerte pedaleo.

No lograron ver más porque el sendero se internaba entre los árboles del bosque.

—¡Qué rabia! —suspiró Pim, desilusionada—. Imagínate que hubiésemos logrado capturarlo.

—Y ¿qué hubieras hecho? — preguntó Puck.

— Podíamos haberle arañado y mordido — dijo Pim belicosa.

Su amiga no pudo dejar de reír. Su valentía era irresistible.

— Eres una boba, Pim. Hace sólo un momento querías fugarte, y ahora no hay quien pueda contigo. Deberías usar ese coraje tuyo en nuestra vida diaria.

— Sí —dijo—. Ya lo sé; pero es muy difícil cuando una no está segura de sí misma.

— Pero estabas segura de haber podido con el ladrón, verdad? —preguntó Puck.

— No, claro que no — dijo —. Pero es distinto, por lo menos ahora podía pelear.

Puck se dio cuenta de que aquél era el momento de consolidar su amistad; así que dijo lo que pensaba mientras cruzaban la explanada hacia el edificio principal.

Andaban con pasos rápidos y llegaron jadeantes al edificio. Sin embargo, Puck tuvo tiempo de decirle lo que quería y hacerle comprender que ella estaba a su lado, y que no debía rechazar de nuevo su amistad.

Corrieron al despacho del director y llamaron a la puerta. El señor Frank abrió, vestido con bata, y las contempló muy sorprendido.

— Pero, ¿qué es esto? —empezó.

— ¡Había un ladrón en el edificio de los profesores! Huyó por el bosque montado en una bicicleta. No sabemos cómo es ni lo que ha

robado. Hemos venido corriendo para que usted pueda avisar a la policía.

Rápidamente el director se fue al teléfono y marcó número de la policía de Sundkoebing.

Cuando colgó el auricular se volvió hacia las chicas:

— Seríais tan amables de explicarme qué hacíais en el parque a estas horas de la noche.

Puck cuidó mucho de no decir que Pim había estado punto de fugarse, y se apresuró a dar su propia explicación. Por lo menos, era la pura verdad.

— Estaba sentada junto a la ventana. No podía dormir y entonces...

Sabía que el director se formaba su propia opinión acerca de la historia. Naturalmente, la creía; pero quizá se preguntaba por qué no podía dormir y estaba sentada junto a la ventana. Debió haberse hallado en su cama.

Sin embargo, no intentó regañarla ni dijo más.

La señora Frank había entrado mientras tanto. Le explicaron lo ocurrido y ella las miró sorprendida.

Se fue a la cocina y, poco después, volvía con un par de botellas de limonada y unos vasos. El director empezó a manosear su pipa, pero la dejó encima del escritorio.

— Lo que no comprendo — dijo Puck —, es que nadie se haya dado cuenta de que había un ladrón en el edificio de los profesores.

— Es porque todos se han ido a celebrar una fiesta en Sundkoebing — dijo el director mientras se levantaba —. Vamos al edificio, a ver lo que ha pasado. La policía aún tardará en llegar.

— Podéis tomar un vaso de refresco antes — dijo la señora Frank sonriendo—. Yo me quedaré aquí.

El director Frank tomó una linterna y bajaron al jardín. Habían forzado una ventana. El director dejó correr la luz de la linterna por el marco y sacó sus llaves para abrir la puerta.

Se trataba de la habitación de Jens Krog. Era evidente; que el ladrón había intentado también abrir las puertas de otras habitaciones; pero por alguna razón había renunciado a ello.

El director encendió la luz. Toda la habitación estaba en desorden: una silla derribada, los cajones sacados de su sitio y el armario ropero abierto.

— ¡Vaya disgusto! — murmuró el director Frank —. ¡Pobre señor Krog! Parece que la mala suerte le persigue.

Poco después volvieron al edificio principal y no tuvieron que esperar mucho antes de ver los faros de un automóvil en la entrada. La policía había llegado.

Les hicieron un largo interrogatorio y ellas explicaron lo mejor que pudieron cuanto habían visto y oído. El policía les preguntó si podían dar una descripción del ladrón, pero ellas no habían visto más que su silueta y era imposible saber si aquel hombre era joven o viejo, ni decir el color de su traje.

— ¿Llevaba gorra? —preguntó el agente.

— No lo sé — dijo Puck —. Lo único que sé es que montaba una bicicleta y...

Se calló. De pronto se acordó de aquel joven de ropa harapienta que había visto en el bosque, montado en una flamante bicicleta. Se había olvidado completamente de él, pero ahora no pudo por menos de relacionarlo con el robo.

— ¿En qué estás pensando? —preguntó el agente con amabilidad.

— No tengo pruebas — empezó Puck un poco vacilante —; sin embargo, creo que usted debe saber que vi a un hombre en bicicleta en el bosque, y más tarde se me ocurrió pensar en lo extraño que resultaba ver a un tipo tan mal vestido, montado sobre una bicicleta que parecía recién salida de la fábrica.

— Estas cosas se han visto antes — dijo el agente —. Seguramente la bicicleta era robada.

— Pero yo no puedo saberlo. Por otra parte, creo poder dar una buena descripción del joven de la bicicleta, y estoy segura de reconocerle si le vuelvo a ver.

— Quizá eso nos ayude algo —dijo el policía levantándose—. Por el momento es difícil saber por dónde empezar. Primero debemos examinar la habitación por si hubiera huellas dactilares u otras pistas. ¿Tiene usted alguna idea de lo que se ha llevado el ladrón, señor Frank?

— No. Lo siento. Los profesores están fuera. Celebran una fiesta en Sundkoebing y, antes de que regrese el señor Krog, será imposible saber nada.

Se volvió hacia las chicas.

— Me parece que ya va siendo hora de que vayáis a la cama — dijo con una leve sonrisa—. Es muy tarde.

Se despidieron y empezaron a subir la escalera. Pim le tendió la mano y dijo:

— Si no hemos sacado otra cosa de todo esto, al menos hemos vuelto a ser amigas. ¡Buenas noches! Mañana veremos si logramos ayudar a la policía a capturar al ladrón.

Desapareció por el pasillo hacia su habitación. Puck se quedó un momento viéndola marchar y, en aquel instante, se abrió la puerta del despacho del director y salió la señora Frank.

Cuando la vio en lo alto de la escalera, la llamó:

— Baja un momento, Puck; quiero hablar contigo.

Bajó silenciosamente los escalones y la señora Frank puso un brazo alrededor de los hombros de Puck.

— Quiero continuar nuestra conversación sobre Jens Krog dijo —. Parece que le persigue la mala suerte. Primero, todo lo ocurrido durante su infancia y juventud, sus ilusiones rotas; y luego..., quizá no sepas que...

— Sí, señora — dijo en voz baja —. Vi un gran sobre amarillo para él, hoy al mediodía. Creo saber lo que contenía.

— Sí, estás en lo cierto —le aseguró la esposa del director—. Le han devuelto el manuscrito, y está muy deprimido. Sus colegas le han llevado consigo a Sundkoebing esta noche. Estaban invitados a una fiesta. Él quería excusarse, pero los demás le convencieron de que fuera, para animarle. No creo que tengan mucho éxito, y ahora...

De pronto pareció asustada.



—Dime —susurró con voz ronca—. ¿Te fijaste si el sobre amarillo estaba aún en su habitación?

Puck sintió helársele la sangre en las venas.

— ¿El sobre? No, no lo vi en ninguna parte. ¡Imagínese si el ladrón lo ha robado! ¿No existe ninguna copia?

Ella movió la cabeza negando.

— No, no hay copia. Ha sido un disparate por su parte, pero casualmente sé que no tiene ninguna. Si su manuscrito ha desaparecido, significaría que se han perdido años de trabajo. A pesar de haber sido rechazado por una editorial, podía ser que otra se lo quedara. Sin embargo, ahora...

Suspiró hondo y se pasó la mano por la frente.

— Bueno, sube a dormir, hijita. No podemos arreglar nada, de momento. Mañana veremos lo que se puede hacer.



El manuscrito había desaparecido.

Lo supieron al día siguiente por la mañana, cuando bajaron a desayunar. El director les informó sobre el robo, y el señor Krog estaba a su lado, angustiado y triste. Inspiraba lástima.

Puck pensó que, a pesar de todo lo ocurrido, podría intentar que la clase tuviera comprensión con el señor Krog. Sin embargo, en aquel momento, éste era un problema sin importancia en comparación con lo que le había pasado al joven profesor.

El director les contó que el ladrón había robado una máquina fotográfica, dinero, varios trofeos de plata y otras cosas de algún valor.

— No obstante — dijo el señor Frank, serio —. La pérdida mayor es la de un manuscrito. Es una pérdida irreparable. Se trata de un libro de Ciencias Naturales que el señor Krog tardó varios años en escribir, y en el cual tenía puestas muchas esperanzas.

Se fijó en que el señor Krog sonreía. Era una sonrisa amarga, como si pensara que si el editor hubiera tardado solo un día más en devolvérselo no se lo hubieran robado.

— Hemos avisado a la policía esta noche —continuó el director

—, y han empezado sus investigaciones. No dudo de que nuestros hábiles agentes logren dar con el ladrón y estoy convencido de que todos los objetos serán devueltos. Por el momento, sólo he querido informaros de lo ocurrido, y al mismo tiempo decir que el señor Krog no dará clase hoy.

El profesor miró sorprendido al director y luego dijo:

— No veo la razón. Puedo hacer mi trabajo hoy. Tampoco me ha impresionado tanto el robo.

Su voz sonó plena de amargura. El director hizo un gesto con la mano y sonrió.

— No es por eso, pero creo que durante todo el día debe usted estar a disposición de la policía, por si le necesitan, y en tal caso lo mejor es relevarle de sus deberes. Además, estoy seguro de que sus alumnos se lo perdonarán.

Era típico del director quitar importancia a las cosas. Para los de la clase, eso significaba que las dos últimas horas las tendrían libres. Pim se acercó a Puck y le dijo:

— ¿Qué te parece, Puck, si usamos esas dos horas para ayudar a la policía?

—Estás loca. ¿Cómo piensas ayudarles? ¡No sabemos nada que no sepa la policía ya!

— Es verdad — confesó Pim —, pero de todas maneras pienso que debemos hacer algo por el profesor Krog. Tengo remordimientos de conciencia respecto a él. El pobre ha tenido muchas cosas en qué pensar,

— ¿Qué quieres que hagamos? — dijo Puck, contenta de lo que acababa de oír.

— Podemos dar una vuelta por el bosque y hablar de nuestras cosas. Quizá se nos ocurra algo, quizá veamos algo que nos sirva y podamos contárselo a la policía.

— No está mal pensado. De todas formas me encanta pasear por el bosque. Podíamos preguntar a Karen si quiere acompañarnos.

Karen se alegró mucho, Dijo que sí en seguida y subió corriendo a cambiarse de zapatos.

Poco después estaban en camino. Pasaron por delante del edificio de los profesores y saltaron la tapia de piedra.

— Mirad — dijo Pim —, aquí debió de dejar la bicicleta. ¿Creéis que encontraremos alguna pista?

Pudieron ver con toda claridad dónde había montado en la bicicleta, por un profundo surco en la gravilla; pero, además, en el sendero había tantas marcas de ruedas que era imposible diferenciar aquéllas.

Sin embargo, continuaron por delante de la casa del guardabosque siguiendo el camino que bordea el lago. Todo el rato iban buscando algo que les diera una pista sobre la dirección que había tomado el ladrón.

Fue muy difícil, ya que el sendero era muy transitado por gente en bicicleta y las rodadas se mezclaban entre sí; pero, de pronto, Karen se inclinó señalando unas marcas en el suelo.

— Fijaos. Estas rodadas se meten en el prado y son de unos neumáticos muy nuevos.

— Quizá se ha metido por la hierba aquí y ha entrado otra vez en el sendero más adelante — se le ocurrió decir a Puck.

— Es fácil de averiguar — opinó Karen.

Siguieron un trozo hacia adelante; sin embargo, no lograban ver huellas que salieran de la hierba. Volvieron al lugar donde las marcas señalaban que la bicicleta había entrado en el prado, pero la pista terminaba al empezar la hierba. Se quedaron mirando fijamente el suelo, y Karen dijo:

— Si de veras se ha desviado aquí, ¿dónde sería posible esconder la bicicleta?

— Seguramente en los matorrales, tras aquel árbol — propuso Pim.

— Pues vamos a verlo.

Fueron corriendo hacia el árbol. Se notaba que alguien había caminado por allí recientemente porque había hierba pisada en dirección a una pequeña colina poblada de matorrales y pequeñas hayas.

— Mirad —exclamó Pim señalando un tronco donde la corteza mostraba un ligero rasguño—. Me parece que está a la misma altura que una bicicleta... Quiero decir, que quizá él ha rozado con su bicicleta contra este árbol y ha marcado la corteza.

— Bueno, pero puede ser la marca de cualquier otra cosa, además, ¿quién nos dice que el ladrón pasó por aquí?

— No seas aguafiestas, Puck — dijo Pim ansiosa —. Al menos tenemos ya algo que podemos usar como pista. Las huellas eran de

un neumático recién estrenado y tú misma dijiste que habías visto al tipo aquel montado en una bicicleta nueva.

— Pero eso no prueba nada.

— Claro que no; pero, de momento, estamos obligadas a usar cualquier pista. Vamos, subamos a la colina a explorar los matorrales.

Karen estaba tan ansiosa como Pim, pero, cuando iban subiendo, se detuvo.

— ¿Qué vamos a hacer si de veras se encuentra allí el ladrón? — preguntó con ojos asustados.

El gesto de Pim era decidido.

— Le daremos una soberana paliza — dijo.

Puck no pudo dejar de reír. De nuevo Pim demostraba ser una valiente, como aquel día en que salvó a una niña de un toro furioso.

— Dudo mucho de que podamos darle una paliza — dijo Puck sonriendo —. Pero quizá logremos asustarle. ¿Qué te parece si aprovechamos que nos parecemos como dos gotas de agua?

— ¿Qué quieres decir?

— Cuando lleguemos a los matorrales empezaremos nuestra búsqueda cada una en una dirección distinta. Si él ve a una de nosotras y...

— Entonces ¿qué?

— Pienso que, como estará intraquilo y temeroso correrá, y si un momento después ve a la otra al otro lado de los matorrales...

— Ya comprendo — rió Pim —. Como en la fábula de «La liebre y las tortugas».

— Exactamente. Sería fantástico, aunque no sabemos si hay alguien escondido entre los arbustos; pero en el caso de que él se encuentre allí...

Habían hablado en voz muy baja.

Al llegar a la cumbre de la colina se separaron. Pim se fue hacia la derecha y Puck hacia la izquierda. Karen se quedó en medio. Acordaron contar hasta cien antes de emprender la búsqueda entre la maleza; pero, tan pronto iniciaron el camino, Puck se sintió inquieta, porque... ¿Y si el ladrón estaba allí de verdad? Podía estar desesperado y, en ese caso, la paliza sería para ellas.

Para más seguridad recogió una gruesa rama del suelo, con la que poder defenderse en caso de necesidad, usándola como garrote.

En silencio, siguió su camino esperando lo mejor.



De pronto, oyó crujir unas ramas y el sonido de pasos rápidos.

Alguien estaba huyendo. Puck se quedó rígida como una estatua, sin atreverse a mover ni un dedo.

De momento no veía nada pues los matorrales eran muy espesos; pero, de repente, vio a un hombre venir corriendo, hacia ella. Se sobresaltó porque el tipo aquél era el mismo que había visto montado en la bicicleta, días atrás.

Llevaba la misma ropa harapienta, con los pantalones remangados. Puck quiso esconderse, pero era demasiado tarde: la había visto ya.

Entonces ocurrió lo que había deseado que pasara, aunque en el fondo ni ella misma lo había creído posible, cuando propuso a sus amigas jugar a la fábula de «La liebre y la tortuga».

El joven la vio y Puck notó el temor en los ojos de él. Dio media vuelta y salió corriendo como un loco en dirección contraria. Poco después, Puck escuchó de nuevo el ruido de ramas que crujían y el individuo volvió a aparecer.

Entonces Puck lanzó un grito de indio, mientras hacía girar el garrote sobre su cabeza. Tenía un miedo atroz; sin embargo era inútil demostrárselo.

Llevaba algo en las manos y el susto que se llevó al ver de nuevo a Puck hizo que todo se le cayera al suelo. Algo blanco revoloteaba por entre los árboles. Una vez más, el joven dio media vuelta y corrió. Al mismo tiempo, Puck escuchó unos gritos salvajes lanzados por Karen y Pim, que en aquel momento se acercaban, y el tipo huyó desesperado en otra dirección.

Poco después se reunían las tres, respirando fatigosamente. Pim estaba orgullosa, y al mismo tiempo un poco fastidiada porque el

ladrón se había escapado.

— ¿Qué pasó? —preguntó Puck.

— Crucé los matorrales por allí — rió Pim — y estuve a punto de pisarle. Estaba durmiendo tranquilamente. Cuando me acerqué ni siquiera se molestó en mirar quién era yo. Saltó como si alguien le hubiera pinchado, recogió su botín y salió corriendo. Sólo me miró volviendo su cabeza mientras huía.

— Sí — dijo Puck —. Y un momento más tarde me vio a mí. Debe de haber creído que se había vuelto loco. Luego dio media vuelta...

— Exactamente — dijo Pim sin aliento —. Le vi volver y oí el ruido de sus pasos en el bosque y, cuando me vio de nuevo, su expresión era la de un demente. Luego desapareció.

— Tu increíble plan de «La liebre y las tortugas» resultó - rió Karen —. Debe de haberse creído que corría en círculo y al oír el ruido que hacíamos nosotros pensaría que éramos muchas. No se dio cuenta de que sólo éramos tres, y no ha querido correr ningún riesgo. Vamos a ver qué fue lo que tiró en su desesperada huida.

Corrieron hasta el bosquecillo y se pararon jadeando. ¡Allí estaba el manuscrito!

Dispersadas por el viento, había hojas de papel por todas partes. Se apresuraron a recogerlas y a ponerlas en orden lo mejor posible. Karen encontró también una máquina fotográfica y Pim un trofeo de plata.

Estaban muy orgullosas cuando iniciaron el regreso hacia la orilla del lago. Cuando bajaban la colina, vieron acercarse una figura por el sendero.

Era un anciano con americana blanca y con sombrero de paja, barba blanca y chaleco negro, que andaba con pasos cautelosos.

Era «PIM»: Peter Immanuel Madsen el sabio amigo de Puck. Aquello era excesiva suerte.

— Ya veréis — dijo Puck a las otras —. Ahí llega nuestra oportunidad de ayudar al señor Krog en sus dificultades. Voy a utilizar mis «enchufes».

Bajó corriendo la colina y se acercó al profesor Madsen, que la contempló asombrado y exclamó:

— Vaya, vaya, aquí tenemos a Beate.



—No, profesor, me llamo Bente; pero creo que es mejor que me llame usted Puck.

— Con mucho gusto — dijo el profesor y parecía muy alegre — Es verdad que te pareces a un duendecillo de bosque, corriendo entre los troncos de los árboles. Veo que vienes acompañada esta vez —y levantó las cejas, con asombro — ¡Caramba! Hay otra que hace juego contigo.

— Las tres vivimos en el pensionado de Egeborg —explicó Puck —, y hemos salido en busca de un ladrón que robó en el pensionado esta noche. Hemos encontrado parte del botín, pero el ladrón se nos escapó... Aquí hay una cosa, profesor Madsen, que quizá le interese. Es un manuscrito de uno de nuestros profesores y es algo muy valioso. ¿Le gustaría echar un vistazo?

— ¿Ahora? —exclamó el catedrático.

— Sí — dijo Puck ansiosa —. Sólo así por encima, a ver si tiene algún interés para usted.

— Entonces, tendremos que sentarnos en algún lado — dijo el profesor Madsen.

— Hay un banco aquí cerca — informó Karen.

Fueron allá y Puck entregó el manuscrito al anciano, que sacó unos gruesos lentes de su bolsillo y empezó a estudiar las cuartillas.

Hubiera sido más que suficiente para Puck si él se hubiera limitado a ojear el manuscrito por encima y después decir unas palabras amables al respecto.

En tal caso, le hubieran propuesto presentarle al señor Krog para que éste se lo dejara y pudiera estudiarlo con tranquilidad.

Sin embargo, el profesor Madsen era un verdadero científico. No era su costumbre leer las cosas superficialmente.

No tardó mucho en quedar absorto en la lectura, olvidándose de

la hora y el lugar. Ellas estaban sentadas a su lado, aburriéndose mortalmente, pero no se atrevieron a moverse para no molestar al profesor.

Puck consultó su reloj de pulsera, y nunca le había parecido que las manecillas se movieran tan lentamente como entonces. Un minuto siguió a otro, un cuarto de hora a otro, El profesor tardó una hora y media en levantar la vista de aquellos papeles.

Cuando vio a las chicas la expresión de su cara fue de asombro. Entonces se dio cuenta de dónde se encontraba y sonrió distraído.

— Pero, queridas niñas —dijo—, ¿qué estáis haciendo aquí?

Ellas no pudieron dejar de reír.

— Estamos esperando su veredicto, señor —dijo Puck señalando el manuscrito—. ¿Qué le ha parecido, profesor?

— ¡Es sumamente interesante! ¿Quién lo ha escrito?

— Uno de nuestros profesores del colegio... Se llama Jens Krog.

El catedrático repitió el nombre y luego movió la cabeza:

— No le conozco —dijo—, pero me gustaría ser presentado a él. Es un hombre con opiniones propias. Este estudio suyo será de gran importancia para la investigación. Debe mandarlo sin falta a una editorial.

— Ya lo hizo. Y se lo devolvieron ayer. Lo han rechazado.

— ¡Imposible! —dijo el anciano, casi enfadado—. ¡Imposible te digo! ¿Quién se atrevería a rechazar un estudio científico de tanta importancia?

— Por lo que he visto escrito allí, fue una tal señorita Britta Bang.

— Eso sí que es imposible — dijo el profesor, levantándose —. Britta es mi ayudante y, si ella hubiera leído este manuscrito, yo lo sabría. ¿Conoces el nombre de la editorial?

— Está impreso en el sobre amarillo —dijo Puck señalándoselo.

El profesor leyó, luego apoyó su bastón contra el suelo con firmeza y dijo:

— Vamos, chicas. Iremos al pensionado de Egeborg y hablaremos con el señor Lund.

—Se llama Krog — dijo Puck tímida.

— Bueno en cualquier caso hablaremos con él — dijo el profesor —. Quiero conocerle.

* * *

—¿Habéis capturado al ladrón? —preguntó sonriendo el señor Frank, levantando la vista —. Parecéis muy excitadas.

Ellas estaban en su despacho. El director se encontraba sentado tras la mesa de trabajo y las chicas habían entrado como torbellinos, sin apenas esperar su permiso.

— Mejor aún — dijo Puck —. Hemos capturado a un verdadero sabio.

El director frunció las cejas.

— ¿Qué quieres decir con eso, Puck?

— Que hemos encontrado el manuscrito del señor Krog, y al anciano profesor Peter Immanuel Madsen, que en estos momentos se está paseando por el jardín. ¿Le conoce usted, señor Frank?

— ¿Sí le conozco? Es nuestro zoólogo más famoso. ¿Qué quieres decir con eso de que se pasea por el jardín?

— Que le he encontrado — dijo —, y le hemos mostrado el manuscrito. Ha estado estudiándolo durante una hora y media al lado del lago, y ha dicho que es muy importante que él hable con el señor Krog; pero nos parecía mejor informarle antes a usted.

El señor Frank se levantó y salió en seguida al jardín.

Ellas le siguieron y le vieron acercarse al anciano y tenderle cordialmente la mano. Poco después, ambos se fueron hacia el edificio de los profesores.

En el momento que llegaban allí, vieron a Jens Krog salir de su puerta, y el asombro de su cara al ver a dos hombres que se acercaban. Luego, los tres dieron media vuelta y desaparecieron en el interior del edificio.

No pudieron oír de qué hablaron; pero daba igual. Ellas estaban seguras de saber de qué se trataba.

Dieron una vuelta alrededor del edificio principal, en intento de matar el tiempo. La conversación en el cuarto d señor Krog parecía no tener fin. ¡Estaban tan ansiosas saber cómo terminaría todo!

Por fin salió el director y cruzó con pasos rápidos el gran césped. Ellas le contemplaban con caras llenas de esperanza y, cuando las vio, sonrió y dijo:

— Creo que estábais en lo cierto — dijo —. Es mucho mejor capturar a un sabio que a un ladrón. Después tenéis que contármelo todo, ya que el profesor no dice mucho al respecto. Lo único que le interesa es el manuscrito del señor Krog, y creo que podemos

esperar lo mejor.

— ¿Lo van a imprimir? —preguntó Puck ansiosa.

El director se encogió de hombros.

— Es difícil saberlo — dijo —; sin embargo, yo creo que sí.

El director se fue a su despacho. Poco después volvió el coche de la policía y los agentes dijeron que tenían varias preguntas que hacerle a Puck. Es vez podía ser más explícita.

La descripción del ladrón era muy buena, le dijo el agente. No tenía duda de que era cuestión de tiempo el dar con él y meterlo en la cárcel.

Sin embargo, las chicas habían perdido interés por el ladrón, y opinaban que su impaciencia era natural. Sentían que las habían excluido injustamente. Habían sido ellas quien lo habían arreglado todo. Si no hubieran encontrado el manuscrito y Puck no hubiese conocido al viejo profesor, ¿qué?

¡Qué rabia que nadie les contase nada! Jens Krog y el profesor Madsen se quedaron hablando donde estaban.

Ellas pasaron por delante de la ventana por la cual entró el ladrón, y miraron de reojo: ambos estaban absortos en su conversación y Puck pensó que aunque hubieran podido oír lo que decían, seguramente no hubiesen comprendido nada.

Por ello regresaron al edificio principal. Por suerte se encontraron con la señora Frank, siempre dispuesta a hablar con ellas. Sonreía ampliamente cuando éstas se acercaron.

— ¡Estoy maravillada! — exclamó—. Habéis hecho un buen trabajo.

— Más bien ha sido suerte — dijo Karen—. De pronto lo tuvimos todo a nuestro alcance cuando más lo necesitábamos; pero tiene usted razón, es maravilloso.

— ¿Sabe usted algo más? — preguntó Puck—. Nosotras no nos hemos enterado de nada. La policía ha estado aquí y hemos dado una descripción del ladrón; pero esto ya no tiene importancia. Lo principal es que el manuscrito ha sido encontrado y ahora parece que el señor Krog tiene un amigo importante para su carrera.

— No sé mucho más que vosotras — dijo la señora Frank. Lo único que sé es que el profesor ha mandado a buscar a su ayudante, la señorita Britta Bang. Trabaja con él en la Universidad y había sido compañera de estudios del señor Krog; aunque tengo entendido

que estaban enemistados por alguna razón.

— ¿Qué razón? —preguntó Puck automáticamente, sin pensar.

— Eso a veces es difícil de saber — dijo la señora Frank con una sonrisa misteriosa.

Se calló. La conocían lo suficiente como para saber que era inútil preguntarle más. Cuando se había marchado, empezaron a pensar en lo que había querido decir con su última frase, y Pim dijo, como quien ha comprendido la cosa:

— Es muy simple. Seguramente han estado enamorados y luego han reñido. ¿No te parece?

— Creo que tienes razón — dijo la romántica Karen —. Si esto va a terminar en boda... Bueno, esto sí que sería demasiado romántico.

— Así es la vida — dijo Puck para no quedar atrás—. Ya veremos.

* * *

Cuando, mucho más tarde, el anciano profesor abandonó el colegio, estaba de excelente humor. Al cruzarse con las chicas le tendió la mano a Puck, diciendo con una sonrisa cordial:

— Adiós, Bolette, y gracias por todo.

Luego la miró perplejo y añadió:

— Tienes que perdonarme... Te llamas Bárbara ¿verdad?

— No, tampoco.

— Si tú lo dices... —contestó el profesor—. De todos modos, adiós y gracias. Nos veremos mañana.

Al día siguiente volvió, tal como había prometido; pero antes de su llegada había ya otra visitante.



Jens Krog estuvo paseando inquieto durante más de media hora entre el edificio principal y la entrada. Las tres chicas se encontraban en medio del césped, contemplándole, y sabían muy bien a quién esperaba.

Por fin llegó un pequeño automóvil rojo y se paró delante del colegio. Ellas se acercaron, porque eran muy curiosas. Oyeron la alegre voz de Jens Krog:

— Hola, Britta. ¡Bienvenida!

Una joven con traje sastre marrón bajó del coche. Tendió la mano a Jens Krog, y el apretón duró largo rato. El director y su esposa habían salido a la escalera y se quedaron contemplando a la joven pareja con una amplia sonrisa.

Luego, los cuatro se fueron al despacho del director; pero al poco rato la señora Frank salió y llamó a Pim, a Karen y a Puck.

— Venid un momento —dijo, alegre—. Quieren hablar con vosotras.

Las caras de las demás compañeras expresaban envidia cuando las tres subieron corriendo la escalera y desaparecieron dentro del edificio. Las tres se sentían los personajes más importantes del día... y al propio tiempo estaban un poco intimidadas.

Pero, como antes se ha dicho, eran muy curiosas, y tenían ganas de conocer a Britta Bang.

Resultó tan simpática como guapa. El señor Krog les contó que era licenciada en Ciencias Naturales, y que había estudiado con él en la Universidad. Lo último Puck ya lo sabía; pero, como había hecho a la señora Frank la promesa de callar no dijo nada.

— Creo que ella es la persona con quien más he discutido — dijo Jens Krog.

El profesor estaba irreconocible. Su humor era excelente y su sonrisa muy alegre.

Después llegó el profesor Madsen y saludó cordialmente a todos.

—¡Hola! —dijo al ver a Puck—. ¿Tú también estás aquí Bente?

Y tan pronto como lo hubo dicho su expresión se tornó perpleja.

— Ya he vuelto a confundirme —añadió.

— No — rió ella —. Esta vez ha usado usted mi verdadero nombre; pero aquí todos me llaman Puck.

— Es verdad — dijo el científico —; el duendecillo del bosque. Pero, ¿no podías explicarme de dónde nos conocemos? Me parece que te acercaste a mí y me dijiste que nos habíamos visto antes, ¿no?

— No — dijo ella riendo —. Fue usted, señor. Usted creyó que nos conocíamos. En realidad, no nos habíamos visto hasta aquel día

en el bosque.

Le dio un golpecito en la mejilla diciendo:

— No tiene ninguna importancia. Lo principal es que ahora somos buenos amigos. Estas tres muchachas han ayudado a la ciencia a recuperar un material muy importante. Si no hubieran salido en busca del ladrón, es difícil saber qué hubiera sido del manuscrito.

Y, volviéndose hacia Jens Krog, dijo:

— Que esto le sirva de advertencia, joven. No escriba usted nunca nada sin copia. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

— Lo recordaré —dijo Krog—. Sin embargo, creo que éste ha sido mi último trabajo científico. Hay límites en lo que puede hacer un simple maestro de escuela. .

— Está usted equivocado, muchacho —dijo el profesor cordial—. ¿Usted qué opina, señorita Bang?

Britta Bang se sonrojó y la mirada que intercambió con Jens Krog, le reveló a Puck que existía una larga historia.

— A este joven le gustaría participar en nuestra expedición científica —continuó el profesor—. Y no veo por qué no iba a hacerlo. Necesitamos gente con ideas propias y, aunque yo no pienso ir personalmente, soy quien la dirige.

La señora Frank entró con té y pasteles y todos comenzaron a hablar a la vez. Más tarde, el señor Krog y Britta Bang fueron a dar un paseo por el jardín. Por la ventana, vieron que iban enlazados del brazo, bordeando el lago.

El profesor Madsen les siguió con la mirada.

— Vamos a ver — murmuró —; la expedición no sale hasta dentro de medio año y me gustaría que Britta fuera en ella. Si mandamos también el señor Krog...

Interrumpió la frase y, volviéndose hacia el director, preguntó:

— ¿Se ha dado cuenta, señor Frank? Esos dos jóvenes se quieren mucho. Ya estaban enamorados cuando estudiaban juntos en la Universidad. Ahora lo recuerdo todo. Riñeron y cada uno se fue por su lado. Él era algo colérico, ¿verdad?

El director miró a las chicas de reojo. Luego asintió con la cabeza y dijo en tono diplomático:

— Digamos que el señor Krog es una persona con temperamento.

— Está bien — dijo alegre el anciano profesor —. Es la misma cosa. Como iba diciendo, se enfadaron y se fueron cada uno por su lado. Pero ahora parece... Bueno, la situación es muy prometedora. Si los mandamos a los dos a África, ¿no cree usted, señor Frank, que sería la forma más práctica de combinar una expedición científica con una luna de miel?

— Me parece muy posible —rió el director, mirando por la ventana a la pareja.

— Estoy contento de que lo crea así — dijo el profesor —. ¿Me ofreció usted antes un puro?

— Tenga usted —dijo la señora Frank y el director se levantó para darle lumbre.

El anciano catedrático exhalaba el humo envolviendo de nubes azules su cabeza, luego dijo, sonriéndoles a todos:

— Es que soy zoólogo, ¿saben? Lo sé todo sobre las tórtolas.

Pim, Karen y Puck estaban seguras de que durante el medio año que le quedaba al señor Krog como profesor en el pensionado de Egeborg, no habría más problemas.



Había llegado el invierno.

Era como si la fría estación se hubiera tomado el desquite después del maravilloso y templado otoño. En muy pocos días, el tiempo cambió. Empezó con temperaturas nocturnas bajo cero y, cerca ya de Navidad, la capa de nieve era muy espesa en toda la comarca. Naturalmente, los alumnos del pensionado de Egeborg estaban entusiasmados.

Puck estaba sentada junto a la ventana del «Trébol de Cuatro Hojas», contemplando el gran parque donde la nieve caía silenciosamente sobre árboles y arbustos. Estaba sola en la

habitación y sus pensamientos muy lejos de allí: giraban sobre la lejana India, donde su padre había reanudado su trabajo después de unas maravillosas vacaciones navideñas en Dinamarca.

¿Cómo era la India?

Puck apoyó la barbilla en su mano mientras contemplaba pensativa la caída de la nieve. Seguramente no tendrían nieve en la India... aunque, quizá estaba equivocada. En la India tenía que haber nieve, ya que había un campeón de esquí, la India era un país inmenso, con clima tropical; sin embargo, en las montañas, cerca de la frontera con el Tibet, debía haber nieve todo el año.

Puck intentó seguir un copo de nieve en su caída contra el suelo, pero esto era una empresa casi imposible. ¡Qué maravilloso silencio!

De pronto surgieron en su memoria las bellas palabras del poeta: «No hay nada en el mundo tan silencioso como la nieve...»

¡Pum!

Puck estuvo a punto de caerse de la silla, cuando la puerta fue abierta estrepitosamente y Navio entró corriendo. ,

— ¡Hola, Puck! —gorjeaba Navio—. ¿Qué haces aquí tan solita?

Puck sonrió:

— De vez en cuando me gusta estar sola y pensar. ¿A ti no?

— No. Lo encuentro muy aburrido — opinó Navio meneando sus rizos color platino con gran energía—. Sé que dicen que sólo las personas poco inteligentes se aburren a solas, en ese caso yo debo de ser tonta de remate. Siempre me aburro si no tengo con quien hablar o jugar.

Sacudió alegremente los hombros de Puck y añadió:

— Ven conmigo a la explanada. Vamos a empezar una batalla con bolas de nieve. Todas están allí.

— Bueno...

La voz de Puck no mostró gran entusiasmo. Se encontraba tan bien a solas con sus propios pensamientos... Había sentido que estaba a muchos miles de kilómetros, con su padre y su simpática madrastra, y el encuentro entre los tres había sido maravilloso.

— ¿No vienes, Puck? —oyó la voz de su amiga.

— Sí.... sí... Ya voy...

Puck renunció a sus gratos pensamientos y siguió a Navio hasta la explanada, ante el edificio principal, donde había gran animación. Los muchachos mayores habían construido una barricada y, tras sus sólidos muros, tenían una buena provisión de bolas que usaban para tirárselas a sus compañeros. Los blancos proyectiles volaban por doquier y cada vez que le daban a alguien sonaban risas y chillidos. Por fortuna era nieve blanda. El director prohibía las batallas cuando la nieve estaba helada, ya que las bolas eran entonces duras como la piedra y podían causar daños.

Alboroto y Cavador eran los capitanes de la barricada. Tenían bajo su mando a una docena de los chicos mayores.

Apenas había bajado Puck la escalera tuvo que reconocer que Alboroto era un experto tirando bolas de nieve. Una de ellas le alcanzó en la frente con un chasquido, y sonó la voz triunfante del revoltoso muchacho:

— ¡Ja, ja, Puck! ¿Qué te parece ese impacto directo?

— ¡Cobarde! —rió Puck sacudiendo la nieve de su cara y cabellos—. Es muy fácil hacerse el héroe estando a salvo tras una

barricada.

— Os reto a todos a la vez — dijo Alboroto sonriente —. Seréis seis o siete contra cada uno de nosotros... Pero podéis estar seguros de que os vamos a recibir con Carlño... Adelante, pequeños.

— ¡Bravo! —gritaban los valientes de la barricada—. ¡Eso es! ¡Adelante!...

Navio resopló:

— Son unos frescos. ¿No crees, Puck, que habrá que escarmentarlos?

— Lo necesitan, y mucho. Tengo un plan.

— ¡Dínoslo! —gritaron todos a su alrededor.

Las chicas y los chicos pequeños se aglomeraron en torno a Puck. Eran en total setenta u ochenta: una fuerza considerable.

Mientras las bolas de nieve caían sobre ellos, Puck empezó a explicar su plan de batalla.

— Vamos a darles a esos señoritos de la barricada un escarmiento. La tomaremos por asalto y luego la derribaremos; pero primero debemos procurar que se queden sin bolas...

— ¿Cómo?

— Nos dividiremos en cuatro grupos y así podremos rodearlos. Cuando salgan en busca de nuevas provisiones de nieve los vamos a recibir con una lluvia de bolas. ¿Me habéis entendido? Cuando ya no les quede munición, atacaremos.

El plan de Puck fue recibido con gran júbilo, sobre todo por los muchachos pequeños.

Se dividieron en cuatro grupos que empezaron rápidamente a fabricar bolas de nieve. Cuando cuatro o cinco de los defensores de la barricada se atrevieron a salir, fueron recibidos con una verdadera lluvia de proyectiles que les hizo retirarse apresuradamente.

— ¿Empiezas a estar en apuros, querido Alboroto? —gritó Puck, alegre.

— ¡Adelante, angelito!

— No tardaremos mucho.

— ¡Ja, ja!... ¡Uf!... ¡Ay!...

En medio de su risa de desdén, una de las bolas había alcanzado a Alboroto en plena cara. Puck había sido la responsable del tiro.

— ¡Te he devuelto la tuya, Alboroto!

El júbilo entre los atacantes fue enorme. Las bolas de nieve llovieron sobre la barricada. Al final, el bombardeo era tan intenso que los defensores apenas se atrevían a sacar la cabeza sobre el parapeto sin correr el riesgo de ser alcanzados.

— ¡Esto va viento en popa! — exclamó Navio tirando una bola contra una cabeza atrevida.

Puck asintió alegre:

— Ya casi los tenemos. Han empezado a fabricar su munición con la nieve del muro. Esto facilita las cosas.

— ¡Los vamos a «lavar»! — exclamaron jubilosos los muchachos pequeños —. Seis contra uno es coser y cantar.

Puck sonrió. La situación le hacía gracia. Naturalmente, eran muchos y no se necesitaba mucho coraje para atacar; pero, por otro lado, Alboroto se había mostrado tan provocativo que le iría muy bien perder y quedar en ridículo ante los chicos pequeños. Se lo merecía por fanfarrón.

Seguía nevando y los combatientes estaban casi cubiertos de blanco; sin embargo, era un juego sano: ejercicio, aire libre y colores en las mejillas. El director y su mujer estaban en lo alto de la escalera, contemplando la alegre escena con amplia sonrisa.

Y la batalla continuó.

Los defensores de la barricada se habían dado cuenta del plan de Puck, y Alboroto rugió entre dientes:

— Ese angelito de Puck es muy inteligente. Nos estamos quedando sin munición, y no podemos seguir quitando nieve del parapeto.

— ¿No podemos ir en busca de más nieve? —preguntó alguien.

El suspiro de Alboroto era desesperanzador:

— Sí, claro; pero en el mismo instante los tendríamos a todos encima, y perderíamos la batalla. Tenemos que ser más listos que ellos.

—Tú dirás...

— Si logramos mantener nuestra posición hasta que nos llamen al comedor, podemos considerarnos vencedores; pero sólo tenemos una oportunidad. Fabricaremos bolas con toda la nieve que nos queda aquí dentro, y al mismo tiempo dejaremos de tirar. Creerán que nos hemos quedado sin nada y atacarán... Entonces les vamos a recibir con Carlño. Si lo hacemos bien, lograremos rechazar el

primer ataque, y estoy seguro de que lo pensarán un poco antes de intentarlo de nuevo.

Los del parapeto hicieron caso a Alboroto. Desde fuera llovían las bolas, tanto que el enemigo les regalaba nuevo material para fabricar su munición. Ellos, sin embargo, no tiraban ninguna y todo salió según el plan de Alboroto. Puck cayó en la trampa. Con voz triunfal gritó:

— Ya no tienen más material allí dentro. Atacaremos por todos lados. ¡Abajo con ellos! ¡Adelante!

Los atacantes corrieron hacia la barricada. No les faltaban proyectiles. Además, podían recoger más nieve del suelo por el camino. Pero entonces surgió la sorpresa.

¡Chas! ¡Chas! ¡Chas!

Los atacantes habían llegado tan cerca que los defensores no podían errar sus tiros. A poco, el gran ataque flaqueaba. Los chicos menores fueron los primeros en retroceder. También algunas de las muchachas tuvieron pronto bastante y huían mientras chillaban y reían. Durante un par de minutos todo fue confusión, gritos, chillidos y risas medio ahogadas; mientras, los muchachos de la barricada lanzaban gritos de victoria.

Cuando Puck y un par de chicas se quedaron solas, Alboroto gritó:

— Mala suerte, pequeñas... Pero tengo algo preparado para vosotras: ¡Tomad ésta!... ¡Y ésta!... ¡Y ésta!...

Las bolas de nieve llovían sobre las muchachas, mientras los defensores lanzaban gritos como los pieles rojas.



—¡Vaya! —jadeó Navio—. Lo siento en el alma, pero retrocedo.

Y así lo hizo, seguida de las otras, mientras las risas de desdén sonaban a sus espaldas.

Cuando habían salido del alcance de las bolas, Puck se paró respirando fatigosamente, y exclamó con fastidio:

— Nos vencieron. ¡Qué rabia! No obstante, no vamos a dejar la cosa así, ¿verdad?

— No sé —dijo Karen—. Estoy tan mojada que tendré que ponerme encima de la estufa...

¡Chas!

Una bola de nieve la mojó aún más y Puck dijo riendo:

— Creo que esos bandidos se están quedando sin munición. Si dejamos de bombardearlos no podrán fabricar más, y entonces atacaremos de nuevo. Pero esta vez que nadie retroceda. ¿Prometido?

— ¡Prometido! —gritaron todos—. Si no logramos vencerlos se volverán tan fanfarrones que nos harán la vida imposible.

— ¿A qué esperáis, nenitas? —sonó una voz provocativa desde el parapeto.

Puck y los demás se hacían los sordos y, en pocos minutos tuvieron a punto el nuevo plan. Juntaron un gran montón de bolas nieve y luego sonó la orden:

— ¡Al ataque!

De todos lados corrían como hormigas los atacantes hacia la barricada, pero pocas bolas fueron tiradas contra ellos. En poco tiempo estaban dentro del fortín. De nuevo se oyó el ¡chas, chas, chas!; pero en aquella ocasión los tiros partían de los atacantes.

En cuanto los chicos menores lograron escalar el parapeto, su valentía creció. Además, eran cuatro contra uno. Las chicas mayores luchaban como leonas y aunque Alboroto y Cavadore se defendieron lo mejor que supieron, no hubo nada que hacer. Fueron «lavados» con la nieve. El tratamiento fue tan enérgico que algunos pedían clemencia a gritos.

Como los chicos de las clases inferiores se sentían los m fuertes, no había forma de hacerles parar. Varios de ell habían sido víctimas de la tiranía de los mayores, y disfrutaban con aquella oportunidad de poder darles su merecido. Los pequeños y victoriosos vencedores no pensaron en el día de mañana.

Al final, Puck gritó con todas sus fuerzas:

—¡Basta!... ¡Ya tienen suficiente!

Sin embargo, a los pequeños les fue difícil obedecer orden,

aunque, poco a poco, se tranquilizaron. Alboroto se levantó con dificultad y, sacudiéndose la nieve, dijo jadeando:

— Muy bien, Puck, nos declaramos vencidos..., por hoy. Pero puedes estar segura de que nuestra venganza será terrible.

— ¡Qué ilusión! — dijo Puck alegre.

Sin embargo, su alegría hubiera sido menor, si hubiera tenido sólo una ligera idea de lo que iba a suceder en un próximo futuro. La batalla de la barricada de nieve había sido un juego sin importancia y, naturalmente, sólo era una inocente diversión; sin embargo, de una extraña forma, lo acontecimietnos iban a mezclarse, y el resultado fue el gran drama del invierno.

* * *

Era inevitable que Alboroto fuese víctima de las risas de los demás por la batalla perdida. No era el único vencido pero había sido el más provocador de todos y fue contra él con quien se desahogaron sus compañeros. Y no se sentía muy feliz con ello. Aunque era muy deportivo y admitía una derrota con la cabeza bien alta, encontró injusto que se le considerase el único responsable.

Después de haber rabiado durante un par de días, empezó a hacer planes con Cavador. Quería desquitarse. Su venganza recaería sobre Puck, que había sido la capitana. Pero se trataba de encontrar un desquite elegante.

En muchas ocasiones, los dos revoltosos habían hecho víctimas de sus travesuras a Puck y a sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas», siempre en forma inofensiva. Sin embargo, con el tiempo, habían empleado todos sus trucos y ya era casi imposible engañar a Puck.

Había que encontrar algo totalmente nuevo, pero, ¿qué?

Los dos amigos se desvanaban los sesos, incluso en clase, pero no lograron gran cosa. Luego se consolaban mutuamente diciendo que quizá la gran idea les vendría al día siguiente.

Puck, por su lado, sospechaba que los dos traviesos muchachos estaban tramando algo; sin embargo, aquello no le molestó mucho. En otras ocasiones, ella y sus amigas ya habían soportado sus burlas, pero la mayor parte de las veces Alboroto y Cavador no habían tenido éxito con ellas. Además, en aquella ocasión estaría preparada.

Durante uno de los recreos, Puck se acercó a sus dos amigos y

preguntó, con sonrisa burlona:

— ¿Cómo va la venganza, hijitos?

— ¿Venganza? —repitió Alboroto con cara de fingido asombro, e intercambiando una rápida mirada con su compañero dijo —: No sé de qué estás hablando, angelito.

— Puedes adivinarlo —contestó Puck alegre y continuó su paseo.

Cavador la miró de reojo y murmuró:

— Oye, Alboroto, ¿crees que sospecha algo?

— No lo creo; lo sé — contestó Alboroto con sequedad —. No hace falta ser licenciado en Ciencias Exactas para adivinar nuestras intenciones.

— Eso no me gusta nada.

—Es igual. También otras veces ha sospechado de nosotros y, a pesar de todo, hemos logrado burlarnos de ella.

— ¿Cuándo?

— Bueno... No recuerdo cuando..., pero estoy seguro de que en alguna ocasión hemos tenido éxito.

— ¡Ya!

— No necesito de tu ironía. Cavador. Cuando mi cerebro empieza a funcionar a gran presión puede producir ideas geniales.

Alboroto se tocó la frente con un gesto muy significativo. Cavador se calló; pero, a juzgar por la expresión de su cara, no confiaba mucho en las ideas geniales de su amigo. Desde que llegó al pensionado, Puck se había mostrado muy hábil; y casi siempre terminaba por reírse de ellos. No exageraban quienes decían que Puck siempre estaba en guardia.

Sí, Puck siempre estaba al acecho; Cavador tuvo que admitirlo suspirando. Aquella horrible chiquilla era invencible., ¿Sería Alboroto capaz, aunque sólo fuera por una vez, de burlarse de ella? Cavador lo dudaba.

Entonces el destino empezó a barajar las cartas...

* * *

Al noroeste del lago Ege estaba la «Casa del Pantano». El nombre había perdido ya su significado porque hacía ya muchos años que aquel lugar no era pantanoso. Además, era exagerado llamar casa a aquella especie de cabaña. A pesar de su idílico aspecto, con vigas que se veían en los muros y el techo de brezo, las autoridades

debían haberla declarado inhabitable hacía tiempo.

El viento entraba por las rendijas, y los cristales de las ventanas estaban rotos. Junto a la casa había un cobertizo para herramientas y otro para leña, que formaban un conjunto deplorable, quizá pintoresco; pero, a pesar de ello, sin razón de ser.

El dueño de la «Casa del Pantano» se llamaba Carl Jensen; pero la gente de la comarca, cuando hablaban entre sí, le llamaban «Carl el del Pantano». Oficialmente, trabajaba como agricultor, y durante el verano hacía de bracero en las grandes granjas de la comarca; pero, fuera de ello, su vida era un misterio.

Algunos murmuraban que era cazador furtivo en el Bosque del Oeste, y que el guardabosques, el señor Bang, le vigilaba; pero nunca habían podido acusarle de nada.

Era un tipo muy astuto y un robusto mozo que, con su fuerza, hubiera llegado lejos. Pero por lo visto no le atraía el trabajo fijo y honrado, si podía conseguir dinero de manera más rápida y fácil.

En el cobertizo destinado a la leña guardaba en muchas ocasiones faisanes y perdices, incluso algún que otro corzo; sin embargo, nunca había tenido licencia para cazar.

En la comarca se hablaba de que en muchas ocasiones se le veía en compañía de tipos poco recomendables y luego, después de una serie de robos, las sospechas habían recaído sobre él y sus compinches; sin embargo, los hombres de la policía no habían podido encontrar pruebas contra ellos.

Durante el verano, «Carl el del Pantano» se las arreglaba mejor. Entonces trabajaba un poco en las granjas, y la caza furtiva le proporcionaba un buen asado en la mesa. Para él era peor el invierno. La caza furtiva era arriesgada cuando una espesa capa de nieve cubría los campos. Carl sabía muy bien que el guardabosques sospechaba de él. Y hubiese sido poco inteligente dejar en la nieve huellas delatorias que condujesen a su casa. Era demasiado astuto para correr tal riesgo.

No obstante, un vago como él necesitaba dinero, y Carl, junto con un par de compinches, había descubierto que el robo podía resolver sus problemas económicos. Por regla general se dedicaban a las tiendas de ultramarinos donde, además de alcohol y tabaco, encontraban algún dinero en la caja.

Y, de momento, habían tenido suerte.

Un día, Carl y sus compañeros estaban planeando el gran robo que les iba a llenar los bolsillos hasta hacérselos reventar. No obstante, como ocurre en muchas ocasiones, el destino se entremetió. Seguramente se lo hubieran pensado dos veces de saber lo que les aguardaba.

Cada invierno, si el tiempo lo permitía, se celebraban concursos deportivos en el pensionado de Egeborg. Había carreras de velocidad en patines sobre hielo, patinaje artístico, carreras de esquí, de orientación y saltos de esquí. En este último concurso sólo participaban los alumnos mayores.

Durante los tres últimos años, Alboroto había ganado todos los premios de los chicos, y en la carrera de orientación había vencido cada año. Por esa razón se había retirado de este concurso, y como premio a tan deportiva actitud, el profesor Strandvold le nombró su ayudante. Alboroto, como tal, tenía la tarea de colocar los distintos mensajes-clave en la ruta a seguir durante la prueba de orientación.

Eso iba muy bien para los planes de Alboroto. Así tenía oportunidad de gastarle una buena broma a Puck.

El año anterior, Puck había ganado la carrera de las chicas y por esa razón saldría en primer lugar. Y entonces...

— ¿En qué consiste tu genial plan? —preguntó Cavador con expresión escéptica.

Alboroto contestó con una ancha sonrisa:

— En la carrera de orientación, Puck sale en primer lugar, y le voy a gastar una broma...

— ¡Ya!

— Tú límitate a escuchar. ¿Conoces la «Casa del Pantano»?

— Claro.

— Pues unos cien metros más allá, hacia el oeste, está la cabaña de los cazadores, que se parece mucho a la «Casa del Pantano». Es muy fácil. El primer mensaje habrá que dejarlo en el cobertizo del guarda forestal. Luego voy a lograr que Puck se confunda y vaya a la «Casa del Pantano» en lugar de ir a la cabaña de los cazadores.

Cavador se había quedado boquiabierto:

— Oye, Alboroto, eso no es jugar limpio. Tú sueles ser un deportista de primera.

Alboroto hizo un gesto de soberbia con la mano:

— Todo es broma, y cuando Puck haya caído en la trampa, se lo

confesaré públicamente después. Sería divertidísimo si oculto el segundo mensaje en la cabaña de los cazadores y Puck pierde el tiempo buscando en la «Casa del Pantano». ¿No te parece?

— No, si quieres mi opinión.

— Tonterías —concluyó Alboroto y no quiso hablar más del asunto.

La carrera anual de orientación siempre seguía las mismas reglas. A los participantes les era entregado un papelito que, en forma no muy complicada, les explicaba dónde buscar el siguiente mensaje. Si, por ejemplo, el mensaje estaba escondido en el cobertizo del guarda forestal el texto decía poco más o menos:

«Cuando hayas leído este mensaje colócalo en el mismo lugar. Continuarás luego bordeando el lago Ege, en dirección oeste, cruzando el pantano. En la parte noroeste del lago Ege hay una vieja choza con un cobertizo. El techo es de brezo. En el cobertizo se guarda leña y herramientas. En un lugar del cobertizo, a la derecha de la puerta, en lo alto, encontrarás una explicación de donde debes buscar el tercer mensaje. ¡Suerte!»

La cosa era así de sencilla.

Pero, a pesar de ello, había que usar la cabeza si se quería alcanzar un buen puesto. En los mensajes no había ninguna trampa y, con un poco de imaginación, todos podían descifrarlos.

Sin embargo, en muchas ocasiones, los participantes estaban tan ansiosos de seguir que no leían bien el texto. Si en tal caso tenían que regresar para releer el mensaje, perdían el tiempo y la esperanza de ganar. Los participantes partían cada cinco minutos y este intervalo era lo que había sugerido a Alboroto su plan. Cuando Puck, que salía en primer lugar, hubiera sido despistada por el mensaje falso en el cobertizo del guardabosques, el papel podría ser cambiado por el verdadero, que encontrarían las muchachas siguientes. Y Puck, por una vez, sería la última.

Cavador estaba en lo cierto al decir que el plan no era muy elegante, y que un verdadero deportista no debía hacer eso; pero, en aquel momento, Alboroto era sordo a los buenos consejos. Durante mucho tiempo había buscado una oportunidad para vengarse de Puck y, como no se le había ocurrido otra cosa, había terminado por idear aquella broma pesada y poco digna de un deportista.

* * *

La carrera de orientación fue considerada la más importante de las pruebas de los juegos invernales, pues antes de ella habían realizado varios concursos y, cuando empezó la carrera de orientación, los puntos obtenidos clasificaban casi por igual a Puck, Inger, Lilian y Dorthé, de manera que aquella prueba sería definitiva para la clasificación final.

Al llegar el gran día, la excitación entre las muchachas que iban a participar era grande. El concurso empezaría después del almuerzo, ya que Alboroto iba a recorrer la ruta durante la mañana para colocar los mensajes

Era casi una tradición que el primer mensaje fuera colocado en el cobertizo del señor Bang. Cuando Alboroto llegó esquiando, el guardabosque le recibió con una amplia sonrisa.

— ¡Hola, hijo! ¿Ya empieza de nuevo la carrera? ¿Quién sale en primer lugar?

— Las chicas.

— Ya. Seguro que Puck ganará también este año... ¿No piensas tú lo mismo?

— Bueno... ¡Ejem!... No es tan seguro. Puede pasar cualquier cosa durante una carrera de orientación.

— Es verdad — admitió el guarda forestal —. Sin embargo, me atrevo a apostar a que Puck ganará otra vez este año. Esa chiquilla es invencible. ¿Te atreves a apostar dos coronas?

— ¿Ahora? —exclamó Alboroto.

— Claro. El dinero sobre la mesa — sonrió el señor Bang —. Yo sí que me atrevo,.. ¿Tú no?

— ¿Eh?... ¡Ejem!... No, no creo.

Por una vez, Alboroto se sintió en apuros. Dos coronas era mucho dinero, y él sabía que podía ganarlas con facilidad; pero eso sería hacer trampas. Si todo iba según su plan, Puck sería la última en cruzar la meta... Sin embargo, sería un truco muy bajo aceptar la apuesta del simpático señor Bang.

Suspirando hondo, Alboroto se negó a apostar; pero, a pesar de ello, estaba de buen humor cuando continuó su camino hacia el norte, pasando por el pantano y siguiendo hacia el Bosque del Oeste.

Nevaba copiosamente. Alboroto esquiaba a gran velocidad. El

estrecho sendero que, en suaves curvas, atravesaba el bosque, estaba cubierto por una gruesa capa de nieve.

Mientras iba a toda velocidad hacia la «Casa del Pantano» Alboroto pensó en aquel invierno de tres años atrás, cuando Henry Holm había hecho trampa de una forma tan ruin. El profesor Strandvold había salido en persona con los distintos mensajes y Henry, sin ser visto por los compañeros, había salido tras él para conocer la ruta.

Por fortuna, su truco había sido descubierto a tiempo, y Henry no alcanzó el triunfo. Después, la estancia de Henry entre sus compañeros fue insoportable. Le trataban con desdén. Al final, Henry tuvo que pedir a su padre que le trasladara a otro colegio. Nadie le echaba de menos, ni los compañeros ni el director. Tipos como él no hacen falta a nadie.

Alboroto echó un vistazo sobre su hombro para ver si alguien le seguía: pero en realidad tampoco había esperado tal cosa. Entre sus compañeros seguramente no había ninguno que pensara hacer trampas, y si alguno de ellos se hubiera sentido tentado de hacerlo, al recordar lo sucedido a Henry Holm se le hubieran quitado las ganas.

Alboroto se paró un momento contemplando los alrededores. A su derecha estaban las ruinas cubiertas de nieve y detrás de ellas se veía apenas la isla del Caballero Volmer, que sobresalía como una mancha blanca y negra en medio del helado lago Ege. La nieve impedía ver la otra orilla.



Alboroto meneó la cabeza un poco fastidiado. De nuevo había empezado a pensar en aquel Henry Holm que había hecho trampas y se había mostrado muy poco deportista.

— Mal deportista... ¡Ejem! —murmuró Alboroto en voz alta—. Bueno, hay muchas formas de portarse antideportivamente. Quizá la broma que iba a gastarle a Puck era algo más que una broma.

Cavador sin duda estaba en lo cierto. Si Puck tenía las mismas oportunidades que sus compañeras, no había duda de que ganaría; sin embargo, siendo engañada... Bueno, en tal caso, ella no se alegraría mucho cuando él confesara su fechoría.

No. Decididamente, era una idea tonta querer despistar a Puck.

De pronto, Alboroto se sintió mucho mejor al llegar a esta conclusión. Si uno era un verdadero deportista, no podía hacer una cosa así. Puck debía tener su oportunidad de ganar.

Al principio, Alboroto había pensado hacer dos mensajes distintos para el cobertizo del guardabosques. Puck encontraría el mensaje falso y, cuando se hubiera alejado, el cambiaría la nota, lo cual daría más oportunidades a las muchachas siguientes. Todo esto lo hubiera podido hacer porque él, como inspector, tenía derecho a estar en la ruta. Pero ahora ¿qué?

Su primera idea había sido engañar a Puck para que fuera a la «Casa del Pantano», mientras el verdadero mensaje se encontraba en la cabaña de los cazadores; pero sus razonamientos le obligaban a usar uno solo de los escondites.

La cabaña de caza estaría vacía, sin duda; sin embargo, era posible que «Carl el del Pantano» estuviera en su choza. Naturalmente, sería mejor usar como escondite la «Casa del Pantano», en parte porque el lugar era más divertido, y en parte porque en este caso no tendría que cambiar el primer mensaje que había puesto para despistar a Puck.

Sin embargo, si Carl estaba en casa, quizá iban a encontrar dificultades. Aquel tipo no tenía buena fama, y si recibía tantas visitas con tan pocos minutos de intervalo, era posible que se mostrase poco amistoso.

Alboroto reanudó su marcha en dirección a la «Casa del Pantano» mientras pensaba en los muchos rumores que corrían en torno al dueño de la choza. La gente decía que aquel tipo era tan astuto que nunca se había dejado sorprender en sus actividades ilegales.

Cuando Alboroto llegó hasta la cabaña, se dio cuenta de que la nieve estaba pisada. No había duda de que alguien estaba dentro.



Alboroto se quedó vacilante un momento, ¿Perdería algo con preguntar a Carl si podían usar su cobertizo como escondite para el mensaje? Lo más probable sería que el tipo le diese una brusca negativa. Sin embargo, no costaba nada preguntar.

El muchacho se deslizó silenciosamente por detrás de los pequeños cobertizos, los cuales parecían tan ruinosos como la misma choza.

Un olor a quemado llegó hasta Alboroto y pronto pudo ver una ligera columna salir por la chimenea, mezclándose con los copos de nieve que seguían cayendo. Ahora estaba seguro de que «Carl el del Pantano» estaba en casa.

Cuando Alboroto fue hacia la puerta para llamar, oyó voces dentro de la casa. Los cristales rotos habían sido sustituidos por periódicos y por eso se oían las voces con tanta claridad.

Por naturaleza no era un chico curioso, sin embargo, en aquel momento se quedó escuchando.

Y no fue el frío el que, de repente, lo dejó helado; sino una voz que decía:

— El día de pagos, Holm siempre tiene un montón de dinero en su casa. Entonces podemos dar un golpe maestro.



Alboroto tardó un par de segundos en reaccionar. Luego colocó su oído casi pegado al periódico que tapaba la ventana, aunque sabía el riesgo que estaba corriendo. Si le descubrían...

No obstante, si eso ocurría, los hombres no serían capaces de darle alcance. Si alguno de ellos

aparecía en la puerta, él saldría rápidamente en sus esquís, mientras que su perseguidor no podría seguirle sobre la nieve blanda.

La curiosidad de Alboroto tuvo su premio. No lograba entenderlo todo, pero, de pronto, oyó con toda claridad que alguien decía:

— Bueno, Carl. Iremos contigo... ¡Dinero contante y sonante en el bolsillo! Pero, ¿no crees que el riesgo será demasiado grande?

— Cierra el pico, Alfred — sonó la voz desdeñosa de «Carl el del Pantano»—. Siempre existe cierto riesgo en estos casos; es natural. No podemos pensar que van a regalarnos un fajo de billetes de quinientas coronas. Hay que «trabajar» para obtenerlos.

— Sí, claro, naturalmente...

— Además, he arreglado las cosas para que corramos el menor riesgo posible, un riesgo casi nulo.

— ¿Cómo?

— Hace un año, cuando trabajé allí, tomé mis precauciones. Tengo copias de las llaves de las puertas principales y... ¡Ja, ja!... un día desapareció la llave de la caja fuerte de forma misteriosa...

— ¿La robaste tú? —preguntó admirado su amigo.

— ¡Precisamente! Un día fui a la oficina para recibir mi paga y vi la llave. No había nadie y no pude resistir la tentación. Me la llevé.

— ¿Y Holm no sospechó nada?

— No. Supongo que pensó haberla perdido en el campo o algo así. Por lo menos, no cambió la cerradura. Si la hubiese cambiado, ahora no podríamos dar este golpe.

— ¿Y hace un año de eso? ¿Por qué no has dado ya el golpe?

— Preguntas como un tonto. Si me hubiese apresurado a robar, la sospecha podía haber recaído sobre mí; así que decidí esperar. Ahora hace un año que la llave se perdió y Holm no sospecharía nunca de mí.

— ¿Y qué me dices de la policía?

— No seas idiota. Durante el último año no he trabajado en aquella granja. Nadie puede sospechar de mí. Los agentes de policía son tan tontos como tú.

— ¡Ya!... No todos —murmuró Alfred, que había sido capturado dos veces por aquellos «tontos».

— Bien; tú mismo. Si no quieres participar o tienes miedo, Jesper y yo nos ocuparemos solos del asunto. ¿Verdad, Jesper?

— Claro —sonó una tercera voz—. Sin embargo, Alfred no suele ser tan miedoso.

— ¿Quién dice que tengo miedo? —gruñó el aludido—. ¿Cuándo daremos el golpe?

— Mañana por la noche, hacia las dos de la madrugada en la granja estarán todos roncando. Será coser y cantar. No tardaremos mucho en vaciar la caja de caudales. ¿Estáis de acuerdo?

— De acuerdo.

— Bien...

De pronto se oyó ruidos de sillas dentro de la habitación y Alboroto se alejó a toda velocidad de la ventana. Silencioso como una sombra, se deslizó tras una esquina de la choza y continuó rápidamente hacia el bosque. Aunque aquellos tipos salieran, no sospecharían nada. El Bosque del Oeste siempre había gustado a los muchos esquiadores de la comarca que cultivaban aquel sano deporte.

No obstante, quedaban las marcas de sus esquís delante de la casa, y esto era menos fácil de explicar. A pesar de que la nieve no tardaría mucho en borrarlas, si los hombres salían en aquel momento podían sospechar que su conversación había sido escuchada.

Alboroto se paró y miró hacia atrás. Aún no se veía a nadie

delante de la casa. Se escondió tras el tronco de un árbol y durante diez minutos se quedó vigilando. Sin embargo nadie salió y ya la nieve, que caía con gran fuerza, borraba sus huellas delatorias.

Alboroto se decidió rápidamente y se lanzó en dirección a la cabaña de los cazadores. Estaba claro que no podía usar la «Casa del Pantano» como escondite del mensaje.

Mientras esquiaba, el cerebro del muchacho trabajaba al máximo. Tenía que terminar su trabajo. La carrera de orientación iba a celebrarse aquella misma tarde y no podían suspenderla por causa de unos criminales. Pero..., ¿cómo podía evitar aquel robo? Lo más correcto sería, sin duda, avisar a la policía. Ellos se ocuparían del resto. Sin embargo, ésta sería una solución demasiado aburrida.

Se había despertado el espíritu deportivo de Alboroto y se sintió lleno de emoción. Sería fantástico arreglar el asunto sin la intervención de la policía, y además superar a Puck. Casi siempre era ella quien se llevaba los laureles en casos así. Le demostraría que no sólo ella sabía capturar bandidos.

Aquel pensamiento puso eufórico a Alboroto. Se alegró incluso de haber decidido no poner ninguna trampa a Puck. Viéndose ya vencedor de los bandidos, se dijo que era justo que otros tuviesen también algún pequeño éxito.

Alboroto siguió pensando. «Carl el del Pantano» había hablado de un tal Holm, que llevaba a su casa gran cantidad de dinero para pagar los salarios. En tal caso sólo podía tratarse del hacendado William Holm, de la «Granja del Este», y eso daba más emoción al asunto.

El señor Holm era muy amigo del padre de Puck y algunos alumnos del pensionado habían pasado muchas horas divertidas en su hacienda. Incluso horas emocionantes, como cuando los gitanos intentaron llevarse un tesoro de la Isla del Caballero Volmer.

Aquella vez, Puck había estado mezclada en el asunto; sin embargo, Alboroto se prometió a sí mismo que Puck no metería su pequeña nariz en la nueva aventura.

El muchacho aumentó la velocidad; quería recorrer la ruta en el menor tiempo posible para regresar y hacer planes con Cavador. Aunque la batalla no sería hasta el día siguiente por la noche, lo mejor sería planearlo todo con tiempo. Así sería más difícil hacer el ridículo.

* * *

Pocas horas después dio comienzo la gran carrera orientación.

Siendo Puck la ganadora del año anterior, iba a salir primer lugar. Esto no era ninguna ventaja, sino al contrario; ya que las siguientes participantes podían seguir las huellas dejadas por sus esquíes.

Sin embargo, para un corredor experimentado eso significaba poco. Si se era rápido en campo abierto, era fácil ganar varios minutos a los menos experimentados dando rodeo para llegar a la meta. Puck sabía todo eso, y se sintió bastante segura de obtener un buen puesto.

Cuando la prueba estaba a punto de comenzar, todos los participantes, tanto chicos como chicas, se hallaban reunidos en la gran explanada cubierta de nieve, delante del pensionado. El director y su esposa se encontraban allí también junto con el profesorado. La emoción era enorme.

El señor Strandvold, profesor de gimnasia, estaba listo con el cronómetro y un papelito plegado en la mano. Con voz autoritaria, ordenó:

— Primer concursante, Bente Winther, al lugar de la salida.

— ¡Lista! — dijo Puck haciendo unas ligeras flexiones para desentumecer la musculatura de sus rodillas.

El señor Strandvold le tendió el papelito:

— Quince segundos para leerlo. Luego sales.

Puck desplegó la nota y leyó rápidamente el texto:

«Desde el colegio, un sendero pasa por delante de los invernaderos hasta la carretera. Al llegar allí giras hacia la derecha y sigues el sendero que bordea el lago Ege en dirección sur. Continúas cruzando el pantano y el Bosque del Oeste. En la primera casa que encuentres a tu izquierda está el primer mensaje. Se halla escondido en un cobertizo utilizado para guardar leña y herramientas, en una estantería a la izquierda de la puerta. Lee el mensaje, que te dirá dónde buscar el siguiente. Cuando lo hayas leído, colócalo en el mismo lugar. Si no lo haces así el castigo será un punto menos.»

— ¡Ja, ja! — rió Puck instintivamente.

— Pareces contenta — comentó el profesor de gimnasia.

— Ya lo creo.

— ¿Lista?

— Lista.

— ¡Adelante!

Entre el júbilo de sus compañeros, Puck partió hacia el sendero. Su estilo era tan ligero y elegante que causaba admiración.

El profesor Strandvold consultó su cronómetro y, cinco minutos después, ordenó:

— La siguiente... Dorthé Hagen... Lista para la salida.

Dorthé se colocó. Temblaba de emoción y sintió como si sus rodillas se hubiesen convertido en gelatina. Cuando Strandvold le tendió la papeleta, casi no pudo desplegarla. Las letras bailaban ante sus ojos. Dorthé no sólo era la chica más traviesa del colegio sino también una gran deportista.

— ¿Lista? —preguntó Strandvold.

— Li... lista —tartamudeó Dorthé.

— ¡Empieza ya!

Y Dorthé salió, aunque su salida no fue tan elegante como la de Puck.

Luego, sin interrupción, salieron Merete, Rigmor, Gitte, Karen, Lone, Else, Annelise, Lilian...

Sobre todo ésta última tenía muchos admiradores. La pequeña ex artista de circo era formidable para toda clase de deportes y no había duda de que sería la competidora más peligrosa para Puck. Además, contaba con la ventaja de poder seguir las huellas dejadas por las que habían salido antes que ella.



Los muchachos mayores contemplaban la salida de las chicas con sonrisa desdeñosa. La carrera suya era mucho más larga e iba hacia el sur, pasando por la parte seca del lago Soender; luego,

hacia el oeste, cruzando la arboleda y, finalmente, hacia el colegio, a través del Bosque del Oeste.

La nieve seguía cayendo de un cielo plomizo sobre los alumnos de Egeborg, vestidos con prácticos y calientes trajes de esquí. La señora Frank dijo, alegre, a su marido:

— La carrera es un poco larga.

— No he oído nunca de alguien a quien le haya hecho daño una carrera de esquí... ¡Ejem! A no ser que se caiga y se rompa algo.

— ¿No hay vigilantes?

— Sí, como siempre...



El director echó un vistazo a la explanada, y cuando vio a Alboroto le llamó y preguntó con voz seria:

— Oye, Hugo, ¿no deberías estar en la ruta vigilando?

— ¿Eh?... ¡Oh, sí!

— ¿Y por qué no estás allí?

— Ahora mismo salgo.

Un poco avergonzado, Alboroto se deslizó sobre la nieve. Al pasar por delante de Cavador se paró un momento y dijo:

— Lo siento. Cavador. Tengo que dar una vuelta alrededor del lago Ege para ver si a alguno de esos angelitos le ha ocurrido algo; pero, cuando regrese, tengo algo importante que decirte.

— ¿Algo emocionante? —preguntó Cavador, esperanzado.

Alboroto asintió.

— Puedes estar seguro de que es emocionante, viejo amigo.

— ¿Algo relacionado con Puck?

— Casi. Mañana por la noche tú y yo vamos a capturar a tres ladrones de cajas fuertes.

— ¡Cómo!

— Piénsalo un poco porque ahora me voy. Nos veremos más tarde.

Mientras Alboroto se alejaba, Cavador se quedó con la boca

abierta; no entendía nada.



Puck llevaba gran velocidad.

Tras recibir la nota del profesor Strandvold, comprendió que el primer mensaje había de buscarlo en el cobertizo del guardabosques.

Cuando, con las mejillas coloradas y un poco jadeante, llegó allí, fue recibida por el señor Bang.

— Así que eres la primera — dijo —. ¿Buscas algo aquí?

— Sí, el primer mensaje está en una estantería en cobertizo.

— ¡No me digas! ¿Quieres que te ayude?

— No, se lo ruego — dijo Puck rápida —. Me deja buscar en su cobertizo, ¿verdad?

— Busca, busca, hijita y... ¡suerte!

— Gracias.

Cuando Puck llegó al cobertizo usó una táctica de verdadero experto en carreras de orientación. No se quitó los esquíes de momento. Si la estantería se encontraba junto a la puerta, no valía la pena perder unos minutos valiosos en quitárselos.

Y la estantería estaba al lado de la puerta.

Puck tomó rápidamente el mensaje, lo desplegó y leyó:

«Continúa por el sendero, cruzando el pantano y el Bosque del Oeste. En la parte noroeste del lago Ege hay dos casas a una distancia de unos cien metros entre sí. Las dos están en ruinas y tienen techo de brezo. El mensaje debes buscarlo en la casa orientada hacia el oeste. En el patio, detrás de la casa, hay un tajo de cortar leña; debajo encontrarás el siguiente mensaje, que te dará nuevas instrucciones. Coloca este mensaje en la estantería cuando

termines de leerlo; sino, te quitarán un punto.»

— ¡Bravo! —exclamó Puck y volvió a colocar el mensaje en su sitio.

Cuando, con un poco de dificultad, dio media vuelta en sus esquíes se encontró con la cara sonriente del señor Bang, quien dijo alegre:

— No has tardado mucho, Puck.

Ésta la saludó con la mano y continuó a toda velocidad. No tenía ninguna duda respecto a dónde buscar el siguiente mensaje. Solamente podía tratarse de la cabaña de los cazadores, que sólo era usada durante el verano. La otra casa debía de ser la «Casa del Pantano» que debía de estar habitada por su dueño, un tipo muy poco recomendable llamado «Carl el del Pantano». Había oído hablar de él en muchas ocasiones... Y no muy bien.

Puck miró hacia atrás para ver si veía a la siguiente concursante. Como no vio a nadie, aumentó la velocidad y empezó a dar rodeos.

La siguiente era Dorthé Hagen, y Puck sabía que ella no era muy experta en carreras de orientación. Si no era muy hábil en descifrar el mensaje en el cobertizo del guardabosques, se dejaría engañar sin duda.

El rodeo que dio Puck para llegar hasta la cabaña le costó unos diez minutos. Contaba con poder ganar de esta manera tres o cuatro minutos a Dorthé. No podía ni sospechar que la engañada fue ella misma.

Un cuarto de hora más tarde se dio cuenta. En la cabaña de los cazadores había encontrado el mensaje que la dirigía hacia el norte, bordeando el lago Ege, hasta una vieja y hueca encina en el bosque Noerre. Y cuando esquiaba a una velocidad respetable escuchó de repente la palabra:

— ¡«Loejpe»!

Estuvo a punto de caerse de asombro, porque cuando suena la palabra «loejpe» significa que un corredor que viene por detrás lleva tanta velocidad que quiere pasar y, en tal caso, hay que darle preferencia.

Eso hizo Puck y sin dar crédito a sus ojos vio pasar a Merete por su lado. La sonrisa de su amiga era burlona:

— Lo siento Puck, no has podido engañarme.

— Pero...

— Sí, te crees muy lista, pero me di cuenta en seguida. Cuando leí el mensaje en el cobertizo del señor Bang, comprendí de inmediato que debía seguir directamente hasta la cabaña de los cazadores y no me dejé engañar por tus huellas. Claro que aún puedes dejarme atrás.

— Es posible, pero no podré recuperar los ocho minutos que tu me has ganado. Supongo que sabes dónde buscar el siguiente mensaje.

—Sí. Conozco muy bien la encina hueca en el bosque Noerre.

— Bueno, vámonos entonces. Podemos leer el mensaje juntas. Yo, de todos modos, no voy a ganar la carrera. ¡Vamos! —dijo Puck.

Y las dos amigas se lanzaron a gran velocidad hacia la siguiente meta.

* * *

Causó sensación que Puck sólo lograra clasificarse en cuarto lugar, en la carrera de orientación. Sin embargo, la culpa fue suya.

No fue Merete la única que había sabido descifrar hábilmente el primer mensaje, sino también Gitte y Lilian. Ninguna de ellas se había dejado engañar por las huellas de Puck. Fueron también directamente a la cabaña de los cazadores y, de esta forma, Puck había perdido demasiado tiempo en su estratagema.

Alboroto estaba muy decepcionado con el resultado, tanto que casi se olvidó del asunto más importante. Puck había hecho el tonto dejándose ganar, cuando él le había dado todas las oportunidades.

Media hora antes de ser llamados para la cena, Alboroto sostuvo una conversación con Cavador en el sótano. Cuando los dos muchachos tenían algo «serio» de que tratar, su lugar preferido era el sótano, donde guardaban sus queridos ratoncitos blancos.

— Tú dirás —empezó Cavador—. Cuéntamelo todo. ¿Tenemos la oportunidad de divertirnos?

— Seguro.

— Cuenta, noble señor, tu humilde esclavo tiembla a tus pies, de pura emoción.

— Cállate y escucha con atención.

Y Alboroto le contó todo cuanto había oído por la mañana. Cavador le escuchaba con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída.

—¡Por las barbas del profeta! — exclamó al final —. A eso le

llamo yo emoción. ¿No te descubrieron esos bandidos?

— No lo sé. A pesar de ello, creo que debemos correr el riesgo. Hemos de capturar a esos criminales y ponerlos en manos de la policía.

— No será nada fácil, Alboroto. «Carl el del Pantano» y sus dos compinches no se rendirán sin oponer resistencia.

— No te preocupes por eso. Si nos ponemos a pensar, idearemos un buen plan. ¿Tienes alguna idea?

— Mi cerebro no funciona.

— No es nada nuevo —comentó Alboroto con acritud—. En tal caso no me queda más remedio que, como siempre, pensar por los dos. Quizá no podamos arreglar el asunto tú y yo solos. Son tres duros hampones. Quizá Ejner quiera acompañarnos, o Joergen o Georg... ¿Qué opinas?

— Seguro que sí... Pero, ¿qué dirá el director?

— No sabrá nada.

— ¡Ya!

Cavador se frotó la barbilla y contempló sus ratoncitos blancos con una expresión pensativa. Al igual que Alboroto, sabía que la aventura sería maravillosa y emocionante; pero, por otro lado, el temido «libro negro» del director Frank estaba lleno de notas desfavorables acumuladas por Alboroto y Cavador durante el curso. Y no necesitaban muchas más notas de aquéllas para recibir una amonestación en el despacho del director. En alguna ocasión, una de esas amonestaciones había terminado con la marcha de un alumno del colegio.

Cavador estaba pensando precisamente en ello, porque no le interesaba en absoluto ser echado del colegio cuando sólo le faltaba un año y medio para terminar el bachillerato elemental. En otras ocasiones no dudaba en hacer una travesura que podía costarle una mala nota en aquel «libro negro»... Pero aquel asunto era más serio, era un caso para la policía.

— ¿Tienes miedo? —preguntó Alboroto provocativo.

—No...

— ¿Eres un ruin cobarde?

— No...

— Pues, entonces, no te entiendo. ¿No hemos ido siempre juntos?

— Sí... Claro... Sin embargo...

— No hay más que hablar, viejo amigo. Seguiremos adelante, y no olvides que puede ser nuestro desquite con Puck.

— ¿Qué tiene que ver Puck con esos bandidos?

— ¡Vaya pregunta! —contestó Alboroto—. Puck siempre se lleva los laureles mientras nosotros nos quedamos con un palmo de narices.

— Ayer dijiste todo lo contrario.

— ¿Ayer? Bueno... Hace mucho tiempo de eso, y uno tiene derecho a cambiar de parecer. No tienes más que ver a los políticos. Pienso que para nosotros es un asunto de honor llegar antes que Puck. Ella triunfó la vez anterior en la Granja del Este; pero esta vez nos toca a nosotros. Cavador. Sería divertidísimo resolver un caso criminal sin que Puck tenga oportunidad de meter su preciosa nariz en él.

Cavador suspiró.

— Hablas muy bien. Vale. De acuerdo. Estoy contigo... y pasado mañana nos echarán del pensionado a los dos.

— No digas bobadas. El director no puede vivir sin nosotros. Somos los chicos más inteligentes de todo el pensionado... ¡Ejem! Somos como un adorno...

— ¡Ya! —apostrofé Cavador con escepticismo.

— Ésa es la verdad... Todos dicen lo mismo... Pero da igual. Lo más importante es que, como siempre, estamos de acuerdo, y que vamos a dar un golpe que hará caer de admiración a Puck y a los otros angelitos del «Trébol de Cuatro Hojas». ¡Qué ilusión!

— Sí. qué ilusión.

— De acuerdo, entonces. Después de la cena invitaremos a media docena de los mejores chicos. Puedes estar seguro de que van a aceptar.

— ¿Será mañana por la noche?

— Sí, alrededor de las dos.

— ¿Y cómo lograremos escapar del colegio?

— Ya encontraremos una solución —opinó Alboroto optimista—. No tenemos tanto control como los pobrecitos nenes de las clases inferiores. Además, será un maravilloso paseo en esquí. Pero no llevaremos antorchas, naturalmente.

— ¿No? —suspiró Cavador irónico y se levantó echando una

mirada pesimista a los ratoncitos—. Bueno, tú ganas. No te he fallado nunca, pero tengo el presentimiento de que esta vez nos saldrá todo mal..., a los dos.

— El hacendado Holm nos estará muy agradecido por haber salvado su dinero... Y el director, en su interior, pensará que somos unos chicos de primera... Y a Puck le crecerá la nariz de envidia, porque por una vez se ha perdido la diversión.

— ¿No sospecha nada?

Alboroto se quedó boquiabierto.

— ¿Cómo quieres que sospeche? Yo no le he dicho nada.

— Puck tiene un sexto sentido. Ya verás como terminará metiéndose en el asunto.

— ¡Bobadas!

— Ya veremos, valiente amigo. Siempre has sido un optimista incorregible; sin embargo, Puck se te ha adelantado cada vez. Tengo el presentimiento de que los dos quedaremos en ridículo. ¿Por qué no nos limitamos a informar a la policía? —propuso Cavadore, juicioso.

— ¿Crees que Puck lo haría?

— No, creo que no...

— Allí tienes la respuesta, Cavadore. ¿Tan mal te parece que quiera triunfar sobre Puck?

— No se trata de eso.

— ¿Y no te gustaría triunfar tú también?

— Claro que sí...

— Entonces, asunto concluido, amigo de mi alma. Mañana por la noche libraremos la batalla, y me atrevo a apostar que será sin que se entere Puck.

Sin embargo, Alboroto cantó victoria demasiado pronto. Por la escalera del sótano se asomaba una cabeza con rizos color platino. Unos ojos azules brillaban alegres y divertidos.

Navio tenía el don de meterse siempre en los asuntos que no eran de su incumbencia.

* * *

Como un torbellino, Navio entró corriendo en el «Trébo de Cuatro Hojas». Sus tres amigas la miraron con expresión de desaprobación cuando la puerta chocó contra la pared, Karen dijo:

— Pareces un chico. ¿Te propones derribar el pensionado?

— Tengo algo formidablemente palpitante que contaros...

Navio palmoteo llena de entusiasmo:

— ¡Alboroto y Cavador están en pie de guerra!

— ¿Y eso te sorprende? —sonrió Puck—. Tranquilízate, y luego nos cuentas de qué se trata.

Sin embargo, Navio no se tranquilizó; no tenía tiempo. Jadeante aún, empezó a decir:

— Hace un cuarto de hora vi que Alboroto y Cavador bajaban al sótano. Les seguí, porque quería ver sus ratoncitos blancos... Pero, de repente, cambié de opinión: esos dos bandidos estaban planeando algo sobre un robo en la caja de caudales del hacendado Holm de la Granja del Este.

— ¿Cómo? —exclamó Puck—. ¿Te has vuelto loca?

— No... ¿Por qué?

— ¡Estás diciendo que esos dos planean un acto criminal! Se pueden decir muchas cosas sobre Alboroto y Cavador, sin embargo, eso no...

— No, mujer, digo que están planeando cómo evitar el robo, que es una cosa bien distinta.

— Indudablemente —dijo Puck seca—. ¿Por qué no empiezas por el principio y nos lo cuentas todo con tranquilidad?

— De acuerdo.



Navio comenzó a contar la emocionante historia. Sus tres amigas la escuchaban con creciente interés.

Cuando Navio calló, Puck comentó, un poco escéptica:

— Suena demasiado fantástico, Navio. ¿Estás segura de no haber oído mal?

— Lo juro —le espetó Navio belicosa—. Me comeré mis viejos pantalones vaqueros con sal y pimienta si no digo la verdad.

— Eso sí que suena convincente —sonrió Karen—. ¿Qué vamos a hacer nosotras?

Durante unos minutos, mientras las cuatro amigas pensaban, reinó un silencio total. Luego dijo Karen:

— No hay duda respecto a las intenciones de esos dos monos. Quieren a toda costa lograr una victoria sin nosotras. Me pregunto no sería posible gastarles una broma.

— Llamaremos a la policía —propuso la siempre sensata Inger.

— ¡Vaya cosa! —dijo Navio.

Y Puck dijo:

— Eso sería lo más correcto y lo más sensato; pero se me ha ocurrido otra cosa más divertida.

Puck sonrió y continuó:

— Sin duda, ese «Carl el del Pantano» y sus compañeros son unos desaprensivos, pero no creo que sean peligrosos; así que no necesitamos mezclar a la policía. Además, tampoco es nuestro deber, sino el de los chicos, y tenemos que darles su merecido.

— ¿Cómo?

— Iremos a pasar el fin de semana a la Granja del Este y nos quedaremos allí hasta el domingo por la noche. Lo demás lo arreglaré con el señor Holm. Él mismo me ha invitado muchas veces y ha dicho que podemos ir cuando queramos. Vamos a aceptar. Naturalmente, no diremos nada a Alboroto y Cavador de que pensamos ir allá... Eso lo guardaremos para el final, como una grata sorpresa para esos dos micos. Vamos a organizarlo todo. Hasta el momento, no sabemos lo que piensan hacer los muchachos. Sin embargo, quizá logremos enterarnos de algo durante la noche o mañana por la mañana.

— Yo haré de espía —pidió Navio ansiosa.

— Está bien, Navio —sonrió Puck—. A ver si logras averiguar algo. Me gustaría saber cuántos chicos piensan participar en la «batalla», cuando saldrán de aquí y qué planes tienen. Cuando sepamos eso nos será más fácil hacer nuestros propios planes.

— Maravilloso —exclamó Karen—. Será muy divertido.

Inger no dijo nada. Se limitó a pensar. Como siempre, quería ser una buena compañera y estar al lado de sus amigas; pero se daba

cuenta de que, por otro lado, podía resultar un asunto muy peligroso. Pensó que los chicos debían avisar a la policía; sin embargo, era muy difícil negarse a participar en la diversión.

— Voy con vosotras —dijo al final.

—Estupendo, Inger —rió Puck—. Tenía mis dudas respecto a ti, pues, naturalmente, tienes razón en todo lo que piensas. Sin embargo, nos vamos a divertir si logramos dejar en ridículo a Alboroto y Cavador.

— De acuerdo — asintió Inger con simpática sonrisa —. Esos dos chicos tienen tendencia a mostrarse demasiado soberbios.

* * *

Las cuatro chicas del «Trébol de Cuatro Hojas» tuvieron unas horas llenas de actividad. Puck telefoneó al hacendado Holm y dijo que a ella y a sus tres amigas les gustaría aceptar una de sus muchas invitaciones.

— Estupendo —dijo el señor Holm—. ¿Quieres que os vaya a buscar con el coche?

— No, gracias — dijo Puck alegre —. Los esquíes serán más seguros que los cuatro neumáticos del coche, en la nieve blanda.



—Es verdad —rió el hacendado—. Vuestra visita nos hace mucha ilusión. Lo vamos a pasar muy bien. Ya verás. Por cierto, ¿has tenido carta de tu padre después de su marcha?

— Sí — contestó Puck —. Recibí una muy larga anteayer, y papá dice que el trabajo va muy bien. ¿Cree usted, señor Holm, que mi padre volverá pronto?

— No lo sé —rió el hacendado.

Mientras tanto, Navio se dedicó al espionaje y tuvo éxito. Sabía que Alboroto y Cavador tendrían los ojos muy abiertos, sobre todo

respecto a Puck, y tuvo que actuar con la máxima cautela. Lo más importante era que los dos muchachos no sospechasen nada de ella.

Y Navio tuvo su oportunidad. Había visto como Alboroto se acercaba a algunos de los chicos mayores y comprendió que algo ocurría.

La avispada chiquilla tenía razón. Apenas habían terminado la cena, Alboroto y Cavador salieron a escondidas y, poco después, les siguieron media docena de sus compañeros. Navio fue tras ellos.

Si a los chicos se les ocurría hacer sus planes en una de las habitaciones del ala de los muchachos, todo sería inútil, ya que a las muchachas les estaba prohibida la entrada allí; pero, con gran alivio, Navio se dio cuenta de que los chicos iban en dirección al sótano.

La muchacha cruzó el patio con cautela y entró en el vestíbulo del sótano. Desde el fondo llegaba el murmullo de voces, aunque le era imposible entender de qué hablaban.

Debía correr el riesgo y bajar las escaleras.

Los escalones tenían tendencia a crujir; sin embargo, si evitaba pisar en el centro, el riesgo de hacer ruido era menor. Tuvo suerte. Logró bajar hasta el pasillo sin que nadie la oyese.

Además la posibilidad era mínima, ya que los ocho muchachos hablaban a la vez y eran incapaces de oír nada.

De pronto, sonó la autoritaria voz de Alboroto.

— ¡Callaos de una vez! Esto parece una jaula de monos. Dejad que vuestro tío os explique lo que vamos a hacer.

— Somos todos oídos, Alboroto — dijo alguien.

— Bien. Como sabéis por larga experiencia, Cavador y yo somos unos genios con montones de buenas ideas...

— De vez en cuando... Sin embargo, ¿eh?... —dijo uno.

— Hasta cierto punto... —comentó escéptico otro.

— ¡Cerrad el pico! — ordenó Alboroto.

Cuando sus compañeros se callaron continuó:

— Se trata de una idea excepcional, dejad que os la explique.

En pocas palabras puso a sus compañeros al corriente de lo ocurrido.

—«Carl el del Pantano» tiene llaves de las puertas —explicó Alboroto—, y cuando él y sus dos compañeros las hayan abierto las dejarán así, sin duda, para estar seguros y poder salir deprisa en

caso de necesidad. Ésa será nuestra oportunidad. Nos quitaremos los esquiés y seguiremos tra los bandidos. Naturalmente, podríamos esperarlos fuera de la granja; pero creo que será mucho más emocionante capturarles mientras vacían la caja de caudales.

— Tienes razón — aprobó uno.

— Claro que sí — dijo otro.

— Esperar fuera no sería divertido — aseguró un tercero.

Alboroto declaró satisfecho:

— Bueno. Estamos de acuerdo. Mañana, después de medianoche, nos reuniremos detrás del edificio principal. A esa hora todos estarán durmiendo y podremos salir sin ser vistos... Y, si todo va bien, estaremos de vuelta antes de que se despierten.

— ¿Y qué pasará si nos descubren? — preguntó Joergen un poco preocupado—. El director se enfadaría...

— Piensa en otra cosa, Joergen — le recomendó Alboroto con voz altiva—. No seremos descubiertos... ¡Ejem!... Pero, en caso de que algo ocurriese, yo asumo toda responsabilidad.

— ¡Qué tontería! —sonaron varias voces—. Estamos todos contigo.

— Claro que sí.

— ¡No faltaría más!

— Así me gusta —declaró Alboroto—. Estaremos juntos hasta el final y esto nos da la seguridad de un doble triunfo. Primero capturaremos unos bandidos peligrosos y, segundo, Puck y los otros angelitos del «Trébol de Cuatro Hojas» se quedarán con un palmo de narices.

Las últimas palabras de Alboroto fueron muy aplaudidas; pero, de pronto, dijo Georg:

— ¿Seguro que Puck no sospecha nada?

— Imposible —declaró Alboroto—. ¿Cómo puede sospechar si nadie se lo ha dicho?

— Puck tiene un sexto sentido para olfatear los misterios sensacionales; sólo nos cabe esperar que no se haya dado cuenta de nada.

— Imposible, os digo — repitió Alboroto —. Es bastante inteligente, lo admito; pero no por ello es clarividente.

Al otro lado de la puerta estaba Navio, dando saltitos de júbilo. Aquello sí que era formidablemente palpitante. Pensar que

Alboroto, Cavador y todos los restantes monos iban de cabeza a la trampa... No había duda de que las próximas horas serían de acción y emoción.



Puck y sus amigas fueron recibidas con cordial hospitalidad en la Granja del Este. Tanto el hacendado como su esposa habían llegado a querer mucho a las muchachas, aunque Puck era la favorita.

Cuando las chicas se hubieron quitado los esquíes y los clavaron sobre un gran montón de nieve, junto a la puerta, el hacendado Holm y su esposa salieron a la escalera para darles la bienvenida.

— Estamos muy contentos de varos, muchachas — dijo el hacendado, alegre—. Os prometo unos días de tranquilidad y descanso.

Puck no pudo menos de sonreír. Ella no esperaba ninguna tranquilidad, por lo menos durante las próximas cuarenta y ocho horas, en que los ladrones pensaban asaltar la Granja del Este.

La señora Holm abrazó a Puck.

— Cuanto tiempo sin verte, hija. ¿No nos has echado de menos?

— Sí, pero tenemos tanto trabajo en el colegio que...

— Sí — comentó el hacendado burlón —. Me imagino que trabajáis como pequeñas hormigas y no tenéis tiempo para nada más.

Con gesto caballeroso abrió la puerta y añadió:

— Entrad, señoritas, en los acogedores salones. Os espera un pequeño refrigerio.

— ¿Qué os apetece? ¿Café y pastel o chocolate caliente? ¿Quizá un poco de fruta... y refrescos? —invitó la señora Holm.

El hacendado y su mujer parecían divertirse en grande. Poco

después, las muchachas estaban sentadas alrededor de una mesa, donde la asistente, como por encanto, había colocado unas bandejas llenas de todas esas cosas buenas que hacían brillar, sobre todo, los ojos de Navio.

— A comer —les animó la señora Holm—. Hay más en la cocina.

— ¡Qué bien! — exclamó Navio mientras colocaba un gran pedazo de tarta en su plato.

El señor Holm estuvo un rato sin hablar; pero, por fin, dijo con una sonrisa burlona.

— Ha sido una sorpresa que nos llamárais ¿Tramáis algo?

—No... ¡Ay!

Fue Navio quien, llena de confusión, se atragantó. Tosió con energía y miró de reojo a Puck y a las otras. Karen e Inger intercambiaron una mirada, mientras Puck se portaba como si nada hubiese ocurrido.

A pesar de ello, había empezado a pensar si no sería más correcto informar al señor Holm de lo que iba a pasar. Entonces él mismo podía decidir si la policía debía ser avisada. En cualquier caso. Alboroto y los otros quedarían con un palmo de narices y esto era lo más importante para Puck.

Sí, decididamente había que pensarlo un poco más.

Pero, por el momento, Puck dejó las cosas como estaban y se limitó a probar todas las golosinas que había ante ella, El hacendado tamborileaba con sus dedos sobre la mesa. Era un hombre muy inteligente y sospechaba que algo se ocultaba tras la inesperada llamada telefónica de Puck.

Tampoco el ataque de tos de Navio le había pasado inadvertido, ni la rápida mirada que Inger y Karen habían intercambiado... Estaba seguro de que algo estaban tramando.

No obstante, el hacendado no dijo nada sobre su sospecha. Si algo andaba mal, estaba seguro de que las muchachas se lo contarían.

* * *

Cuando las cuatro amigas se hubieron saciado, se fueron a dar una vuelta por los alrededores. Se colocaron los esquíes y fueron en dirección al Bosque Noerre, donde había lugares con colinas muy apropiadas para esquiar. Era un lugar frecuentado por los alumnos de Egeborg y, a causa del día libre, varios de ellos se encontraban

allí.

Los chicos se divertían mucho, y Puck y sus amigas tomaron parte en sus juegos y pequeños concursos. Después de un buen rato, Karen dijo de repente:

— ¿Alguién ha visto a Navio?

— ¿Navio? —repitió Puck mirando en derredor—. No la veo por ningún lado. ¿Cuándo la has visto tú por última vez, Inger?

—Hace más de media hora.

— ¡Qué extraño! — murmuró Puck —. Vamos a buscarla.

No había ni rastro de Navio. Los otros compañeros del colegio tampoco la habían visto. Había estado esquiando por allí, pero de eso hacía ya un buen rato y nadie se había dado cuenta de su desaparición.

— No me gusta nada esto — dijo Puck cuya angustia crecía por momentos —. Navio no suele desaparecer así, sin más. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo.

Quedó un momento pensativa y prosiguió:

— Tenemos que buscarla. Los otros nos ayudarán. Si Navio se ha alejado sola, ha hecho lo peor que puede hacer un esquiador. Si tiene una mala caída, ¿qué hará sin ayuda?

— Vamos a organizar la búsqueda — dijo Inger seria.

Pocos minutos después todos empezaron a buscar. Eran buenos deportistas que, en seguida, habían comprendido la seriedad de la situación.

Sin embargo, todo fue en vano.

En pequeños grupos salieron en todas direcciones, pero ninguno de ellos encontró el más leve rastro de Navio. Dificultó su trabajo las muchas huellas que se cruzaban por el bosque, sobre las colinas y en la misma carretera. Era completamente imposible encontrar el rastro de los esquís de Navio.

Cuando Puck se reunió de nuevo con sus dos amigas, suspiró hondo:

— No lo comprendo. Navio no suele comportarse así...

— Puede haber vuelto a la Granja del Este — insinuó Karen.

— O quizá al colegio... —propuso Inger.

—

Pero ninguna parecía muy convencida de sus soluciones, y Puck angustiada meneó la cabeza:

— ¿Por qué iba a hacerlo? Sin embargo, podemos saberlo en seguida. Volvamos a la Granja del Este y, si Navio no está allí, llamaremos inmediatamente al pensionado.

En la hacienda nadie había visto a Navio. Una llamada al pensionado de Egeborg dio el mismo resultado. El director se intranquilizó al escuchar el relato de Puck.

— Si dentro de una hora no sabéis nada sobre Lise, quiero que me llaméis —dijo—. No sospecháis a dónde puede haber ido?

— No, ni idea.

— ¡Hum! Si se presenta en el colegio, avisaré en seguida al señor Holm. Vosotras llamadme si hay alguna novedad; sino, dentro de una hora organizaremos una búsqueda.

* * *

Navio no se presentó. Al cabo de una hora, Puck llamó de nuevo al director muy nerviosa. El señor Frank inició de inmediato una gran batida. Todos los buenos esquiadores, tanto chicos como chicas, fueron enviados en busca de la desaparecida.

La orden del director fue que la búsqueda no se limitara al Bosque Noerre; debían recorrer todo el terreno alrededor del lago Ege. No era necesario meterse en el lago, ya que se había formado una espesa capa de hielo sobre toda la superficie; sin embargo, por cuestión de rutina, miraron si algún esquiador había dejado la tierra firme y entrado en el lago, pero no encontraron ninguna marca de esquíes que confirmara tal cosa.

Alboroto, Cavador y los otros muchachos mayores tomaron parte en la batida, pero el resultado fue tan negativo como el de los demás.

Cuando empezó a oscurecer, Alboroto dijo a sus compañeros:

— Tenemos que regresar al colegio y buscar unas antorchas. ¡Hay que encontrar a la pequeña Navio!

— Vamos contigo, Alboroto.

Éste se quedó pensativo y dijo:

—Esto puede estropear nuestros planes. Si no logramos encontrar a Navio antes de la medianoche, nos veremos obligados a informar a la policía, para que ellos se ocupen de «Carl el del Pantano» y de sus compinches. Eso nos deja sin aventura; no obstante es mil veces más importante ayudar a Navio.

Así era Alboroto; siempre había sido así. Era un muchacho

incorregiblemente revoltoso, siempre dispuesto a hacer travesuras. Amaba la emoción por la emoción en sí. Sin embargo, la aventura había perdido todo significado para él, si con ello podía socorrer a un compañero que necesitaba su ayuda.

A los demás chicos mayores les pasaba lo mismo. El compañerismo era ley para ellos. En aquellos momentos, una compañera les necesitaba, y sólo pensaban en una cosa: en ayudarla.

Y Navio necesitaba más ayuda de lo que ellos se podían imaginar.

* * *

Navio tenía por naturaleza un espíritu curioso que, en varias ocasiones, le había causado problemas. Cuando, junto con sus amigas, había salido al terreno de esquiar en el Bosque Noerre, se divertía mucho; pero, de pronto, se le ocurrió la descabellada idea de acercarse a la casa de «Carl el del Pantano».

Cuando Navio tenía una de sus repentinas ideas, no tardaba mucho en convertirla en acción. Poco después, estaba en camino hacia la «Casa del Pantano». Conocía aquella choza en ruinas y no dudaba en la dirección a tomar.

La nieve estaba en muy buenas condiciones para esquiar y la muchacha se deslizaba a mucha velocidad. Cuando había bordeado la parte norte del lago Ege, giró hacia su izquierda siguiendo el sendero que llevaba hasta la cabaña. Allí no había ninguna huella de esquí.

La choza se encontraba en un lugar apartado; además, los esquiadores preferían el Bosque Noerre al Bosque del Oeste.

Al acercarse, instintivamente disminuyó la velocidad. Su pequeño cerebro empezaba a funcionar normalmente.

—«¿Por qué, de repente, se me ha ocurrido examinar de cerca la «Casa del Pantano»? —se dijo.

Aunque no supo darse una respuesta satisfactoria a su pregunta, continuó su camino hacia la cabaña, a pesar de todo. Era simple curiosidad lo que le hacía seguir. Había oído hablar muchas veces sobre el misterioso «Carl el del Pantano» y, como el tipo tenía planeado dar un golpe aquella misma noche, le gustaría conocerle de antemano..., si estaba en casa, naturalmente.

Por desgracia para ella, «Carl el del Pantano» estaba en casa.

La nieve caída había borrado las huellas de los esquíes de Alboroto, hechas el día anterior. Delante de la pequeña y desvencijada puerta de la choza sólo se veían las pisadas de unas botas. Algunas iban a lo largo de la casa hasta el cobertizo. Navio no era muy observadora, pero no le cabía duda de que había varios hombres dentro de la vivienda.

A pesar de ello, su curiosidad ganó. Continuó hasta la ventana más cercana y miró dentro. La pequeña habitación estaba vacía.

Cuando decidió dar una vuelta a la casa oyó voces. Era la conversación de dos hombres y uno de ellos decía:

— No tenía ni idea de que sabías esquiar, Jesper.

El aludido contestó:

— Tampoco soy un buen esquiador; pero tenía que llegar pronto para contarte lo de Alfred. ¿Tú qué opinas de él, Carl?

— Es un estúpido al dejarnos plantados en el último instante — contestó «Carl el del Pantano»—. Siempre ha sido un cobarde, y ahora incluso se ha vuelto miedoso...

Luego añadió irritado:

— Peor para él. Eso significa más dinero para nosotros.

— ¿Crees que habrá mucho?

— No lo creo; lo sé. El hacendado Holm no sólo ha sacado dinero para los salarios sino también unas veinte mil coronas para unos pagos al contado. Me he enterado de ello... Así que, como ves, es un buen botín el que nos espera esta noche... Oye... ¿Quién es ésa?

Navio se sobresaltó asustada cuando los dos hombres aparecieron doblando la esquina de la casa. En la limpia atmósfera había podido escuchar cada una de sus palabras y, en medio de su emoción, no se había dado cuenta de que las voces se acercaban. Quiso huir, pero en aquel instante los dos hombres se lanzaron sobre ella. Cari la agarró fuertemente del brazo y preguntó:

— ¿Qué estás haciendo aquí?

— ¿Eh?... Nada...

— ¡Mentira! ¡Eres una espía! Oíste muy bien lo que dijimos, ¿no?

— Sí... ¿Eh?... No... Quiero decir ¡no! —balbuceó Navio, temblando de miedo—. No oí nada... Ni una sola palabra... Ni una...

El hombre la sacudió violentamente:

— Me crees idiota ¿eh? Eres una asquerosa espía. Tú oíste muy bien lo que decíamos..., pero no te servirá de nada.

Sin soltarla, se volvió hacia su compinche y continuó, en tono mandón:

— Quítale los esquiés, Jesper. La meteremos en el sótano.

— ¡Ay, no! — suspiró Navio desolada —. No he oído nada. ¿Por qué entonces meterme en el sótano? ¡Déjeme ir, por favor!

— Cierra la boca, mocosa —gruñó el delincuente—. Tú misma tienes la culpa de esto. Cuando se hace de espía, se debe estar preparado para el castigo.

— ¡Déjeme ir! —gimió Navio—. ¡Déjeme ir, por favor!

— Sí, mañana, corderito mío — interrumpió Carl desdenoso—. Mañana saldrás..., pero para entonces nosotros ya estaremos lejos.



Un par de minutos más tarde, Navio se encontró en un pequeño y estrecho sótano, totalmente a oscuras. Sólo había algunos viejos cajones de madera, y Navio se sentó llorando en uno de ellos, mientras oía que alguien colocaba un objeto pesado sobre la trampa que conducía al sótano.

Era terrible pensar que iba a estar allí hasta el día siguiente o quizá más..., sin comida y con el frío que hacía.

Los hombres debían de haber colocado algo muy pesado sobre la entrada para evitar que se escapara.

Después de unos diez minutos, Navio se recobró del primer susto. Su cerebro empezó a trabajar con más lucidez. Oía los pasos de los dos hombres sobre su cabeza y, de vez en cuando, lograba distinguir el murmullo de sus voces.

Navio suspiró hondo, porque, mientras los dos hombres permanecieran en la casa, era inútil intentar abrir el escotillón.

Claro que quizá era una empresa imposible, pero si había la más remota posibilidad de escapar, había que utilizarla.

La prisionera intentó armarse de paciencia. Estaba contenta por llevar su traje de esquiar. Abrigaba bastante, a pesar del frío del sótano.

Los minutos pasaban lentamente; pero, en la oscuridad era imposible tener alguna idea del tiempo. Los segundos se convertían para ella en minutos y los minutos en horas. Al final, le pareció que ya habían pasado un par de días en el horrible sótano.

—«¿Qué es eso? —se dijo.

Escuchó atentamente. No había ninguna duda: era el sonido de una puerta al ser cerrada.

—«¿Se habrán marchado los hombres de la casa?

Se quedó durante un buen rato escuchando, pero ya no oía nada, ni pasos ni voces. No había duda de que aquellos tipos se habían marchado. ¡Podía intentar escapar! Se levantó y tanteó en la oscuridad hasta encontrar la escalera. Poco después, estaba arriba, intentando abrir el escotillón; pero eso era imposible. El peso que los hombres habían colocado sobre él era demasiado grande para las fuerzas de Navio, y tuvo que volver a su cajón, donde empezó a llorar silenciosamente. En aquel instante se sintió la chica más sola de todo el mundo.

* * *

La búsqueda seguía incansablemente.

Todos los esquiadores del pensionado de Egeborg habían sido movilizados para recorrer el terreno en torno al lago Ege. Incluso el mismo director, su mujer y varios profesores se habían puesto los esquís y participaban en la búsqueda. Según la orden del director, los alumnos debían ir de dos en dos.

Era natural que Alboroto y Cavador salieran juntos. Los dos muchachos, que normalmente estaban tan despreocupados, iban en aquellos momentos muy serios, cada vez más seguros de que algo fatal le había ocurrido a su amiga.

Cruzaron el bosque al norte del lago Ege sin resultado. No había ni rastro de Navio. Al final, Alboroto se paró mirando el paisaje, y suspiró:

— Es muy desesperanzador. Si por lo menos hubiera sido de día; pero ahora...

Dejó que el cono de luz de su linterna alumbrara la nieve, y continuó:

— Naturalmente, es más fácil con las linternas que con las antorchas, pero resulta igualmente inútil si no descubrimos ninguna pista.

— Tenemos que seguir buscando.

— Claro, es horrible pensar que la pequeña Navio esté en la nieve, quizá congelada...

— No digas eso, Alboroto — murmuró Cavora desolado —. Vamos, démonos prisa.



Habían esquiado durante unos diez minutos en silencio cuando, de pronto, Alboroto exclamó:

— ¡Cavora, mira eso! Hay huellas de esquíes que llevan hacia la «Casa del Pantano». ¿Crees que Carl sabe esquiar?

— Lo dudo.

— Vamos a examinarlas de cerca. Según veo, hay por lo menos tres pares de huellas y algunas pisadas que vienen de la casa. Quizá sea ésta nuestra última oportunidad por esta noche... ¡Vamos!

Poco después, los dos chicos llegaron a la choza, que estaba solitaria y oscura. La luna había salido y brillaba sobre la nieve.

Era evidente que las huellas llegaban hasta la cabaña y Cavora preguntó en voz baja:

— ¿Crees que los hombres están aún en la casa?

— Ni idea... ¡Oye!... ¡Mira!

Alboroto señaló excitado unos esquíes y unos palos tirados sin cuidado en la nieve, delante de la choza, y añadió:

— Ningún esquiador deja sus esquíes de esta manera... Eso me hace pensar...

— ¿Serán los esquíes de Navio? —preguntó Cavador sin aliento.

Alboroto asintió serio:

— No está mal pensado. Si Navio hubiese llegado hasta aquí, y hubiera entrado a la cabaña por propia voluntad, los habría colocado cuidadosamente y no tirados de esta manera.

— ¿Crees que «Carl el del Pantano» la habrá atacado y encerrado?

— Tenemos que averiguarlo. Tengo el presentimiento de que Carl y sus amigos no se encuentran ya en la casa, así que no creo que corramos ningún riesgo. Vamos.

Los dos muchachos alumbraron con sus linternas la pequeña habitación por la ventana, pero no vieron a nadie ni allí ni en la pequeña cocina. Alboroto intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

— Y ahora, ¿qué? —murmuró.

— Podemos romper una ventana —propuso Cavador.

— Sí, claro; pero eso va contra la ley.

Cavador asintió con suficiencia:

— Sí, pero no si sospechamos que se ha cometido un secuestro u otro delito. Mi tío es agente de policía y me lo contó en una ocasión.

— Está bien. Echaremos la culpa a tu tío, el policía, si nos acusan de robo.

— Entonces no hay más que hablar: ¡forzaremos una ventana!

Poco después se oía el ruido de madera y cristales rotos y los dos amigos entraron. Una vez dentro dejaron que sus linternas iluminaran la habitación pero no observaron nada extraño. Estaba vacío. Alboroto dijo:

— Vamos a la cocina.

También encontraron vacía la pequeña cocina, y Cavador suspiró desesperanzado:

— Navio no está aquí. Estos esquíes deben de pertenecer a otra persona...

— No estoy tan seguro.

Alboroto se había dado cuenta de que una pesada caja había sido colocada sobre el escotillón de entrada al sótano, y gritó en voz alta:

— ¡Navio!... ¿Estás ahí?

Y desde el fondo se oyó una voz medio ahogada:

— ¿Eres tú, Alboroto?

— ¡Sí!

— ¡Bravo!... ¡Bravo!...

Los dos chicos estuvieron a punto de lanzar su conocido grito de guerra indio, del entusiasmo que sentían. Dos segundos más tarde, estaban retirando la pesada caja. Apenas abrieron el escotillón, apareció la cara pequeña y muy pálida de Navio.

— Alboroto y Cavador a su servicio, adorada señorita —exclamó Alboroto con un gran suspiro de alivio—. ¿Podemos ayudarte en algo, angelito?

Navio sentía un nudo en la garganta cuando contestó:

— Habéis hecho más que suficiente con sacarme de aquí. Sois unos grandísimos bandidos..., pero nunca en mi vida me he alegrado tanto de veros. ¿Dónde está «Carl el del Pantano»?

— No lo sé...

— ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Alboroto le dio un golpecito amistoso en el hombro:

— Poco a poco, Navio. Tú sigues preguntando cuando en realidad somos nosotros quienes deberíamos preguntarte a ti como has terminado en el sótano de Carl.

— Fueron «Carl el del Pantano» y otro tipo quienes me metieron ahí.

— ¿Por qué?

— Pues... Bueno...

No fue una contestación muy informativa, pero Navio se encontraba en un buen lío. No podía decir la verdad sin estropear el plan de Puck. Por otro lado, les estaba muy agradecida a Alboroto y a Cavador.

Era una determinación muy difícil.

— Esperamos tu respuesta—dijo Alboroto con amabilidad gatuna—. La esperamos con impaciencia. Si nos vas a decir que habías venido a visitar a Carl porque es muy amigo tuyo, no te vamos a creer.

Navio se retorció como un gusano. No podía fallar a Puck y a las otras contando la verdad; pero, por otro lado, Albo roto y Cavador habían llegado como enviados del cielo.

¡Qué difícil era decidirse!

Navio había sido siempre muy honrada y no le gustaba mentir; no obstante, en aquel momento se sintió obligada a ello.

— Estaba dando una vuelta por los alrededores — dijo — y llegué hasta la casa...

— ¿Y qué más?

— Entonces llamé a la puerta. Tenía mucha sed y quería pedir un vaso de agua... y... ¡Ejem!... Bueno, como no contestó nadie a mi llamada entré y, de pronto, aparecieron dos hombres en la puerta. Dijeron que yo había venido a robar. Me encerraron en el sótano y dijeron que iban a buscar a la policía y... Bueno, eso es todo.

Alboroto sonrió con desdén:

— ¿Crees que nacimos ayer? Esta historia cuéntasela a tu abuela; quizá ella te la crea, nosotros no. ¿No tienes otro cuento mejor?

— Pues, no...

— ¿Estás segura?

— Sí, completamente.

— Bien, no hablemos más del asunto —dijo secamente Alboroto—. Vamos a ponernos los esquíes y a largarnos de aquí. Regresaremos en seguida al pensionado para que cese la búsqueda.

— Yo me voy a la Granja del Este.

— ¿Cómo has dicho?

— Que me voy a la Granja del Este. Estoy allí con Puck, Karen e Inger.

— ¡Hay que ver! — dijo Alboroto, y de repente se quedó pensativo —. ¿Así que los angelitos del «Trébol de Cuatro Hojas» se han ido a pasar el fin de semana a la Granja del Este?

— Pues... Tenemos tres días libres y había que utilizarlos bien.

— Naturalmente — admitió Alboroto, escueto —. Vámonos.

En el regreso encontraron a otros que aún seguían la batida y su alegría fue grande al ver que Navio se encontraba bien. La noticia corrió rápidamente por todos lados y la búsqueda cesó. En la entrada de la Granja del Este, Navio se despidió de sus dos amigos, que continuaron en dirección al colegio.

Durante un buen rato, ninguno dijo nada; pero, al final Alboroto comentó:

— Cavador, empiezo a sospechar.

— Yo también.

— Seguramente sospechamos lo mismo. Navio nos ha mentido y tengo el presentimiento de que Puck y las otras se han enterado de algo. No me sorprendería nada saber que conocen toda la historia.

— Tampoco a mí —admitió Cavador—. Sin embargo, estaba pensando en otra cosa...

—¿En qué?

— Si «Carl el del Pantano» vuelve y se da cuenta de que Navio ha escapado, sin duda cambiará sus planes. Creo que podemos dar por sentado de que ella fue encerrada en el sótano porque sabía algo sobre lo que va a ocurrir esta noche. ¿No crees?

Alboroto asintió:

— Tu cerebro es formidable, querido amigo. Sí, en efecto, yo tengo la misma impresión; sin embargo, vamos a correr el riesgo esta noche. Veremos lo que pasa. A pesar de todo, espero tener éxito.

— Estupendo. Siempre has sido un optimista..., pero tienes razón: hay que esperar lo mejor.

Y los dos amigos continuaron hacia el pensionado de Egeborg.

* * *

La alegría en la Granja del Este fue grande cuando Navio apareció. Al saber que la habían encontrado, tanto Puck como Inger y Karen habían regresado, y Navio tuvo que contarles lo ocurrido. Después de escuchar su explicación, Puck comprendió que había llegado el momento de decir la verdad al hacendado Holm. Sino, las cosas podían complicarse demasiado.

Y Puck le contó toda la historia. Como era de suponer, el señor Holm se quedó bastante sorprendido, pero se repuso pronto y dijo:

— Estoy muy contento de que me lo hayas contado, Puck, porque en casos como éste uno no puede jugar al hacer de policía; es demasiado serio.

Luego añadió sonriendo:

— Ahora me ocuparé del resto... Y tengo la certeza de que Alboroto y compañía se van a quedar con un palmo de narices.

— Es casi una lástima —opinó Puck.

— Sé lo que piensas, Puck. Yo también les considero unos chicos de primera, que no temen correr un riesgo; pero debe reinar un cierto orden en este mundo.

— Claro, lo comprendo muy bien —murmuró Puck.

Pero no estaba muy entusiasmada. Aunque consideraba a Alboroto y a Cavador como unos pillos incorregibles, eran ellos quienes, a pesar de todo, habían salvado a la pobre Navio. Este hecho bien merecía el perdón de los pecados del pasado. Y esto contaba para Puck.

No obstante, en su interior tuvo que dar la razón al hacendado Holm. El caso era demasiado serio para resolverlo ellos solos.

Ahora sólo quedaba una cosa: esperar.

* * *

En el pensionado de Egeborg reinó de nuevo la paz y la tranquilidad. Lise Sommer había sido encontrada y todos podían suspirar aliviados.

Había otros que no estaban tan tranquilos. Eran Alboroto, Cavador y sus amigos.

Aunque Alboroto tenía la sospecha de que Puck había empezado a meter la nariz en sus asuntos, sólo era una sospecha, y estaba decidido a continuar con su plan.

Alrededor de medianoche, los muchachos se reunieron en una de las esquinas del edificio principal. Cada uno llevaban sus esquís sobre el hombro y todo transcurrió en silencio. La conversación se hacía en voz muy baja porque la luz seguía encendida en las habitaciones del director..., y hubiese sido muy triste ser descubiertos.

La luna brillaba con su luz fantasmal sobre la explanada cubierta de nieve. En la noche silenciosa se oían todos los ruidos. La nieve crujía bajo los pies de los muchachos, temerosos de que el ruido llegara hasta las habitaciones del director.

— ¿Estamos todos? —musitó Alboroto.

— Sí.

— Bien. Vamos a ponernos los esquís y saldremos en seguida de aquí.

Cuando Cavador se hubo colocado los esquís y estaba ya listo, dijo a Alboroto en voz baja:

— Oye, tengo el presentimiento de que todo nos saldrá mal.

— ¿Qué?...

Cavador asintió con cara sombría:



—Sí, creo que algo nos va a fallar esta noche...

— ¿Algo relacionado con Puck?

— Exactamente.

— Pues tenemos el mismo presentimiento, querido amigo, pero a estas alturas no podemos dejarlo.

Cruzaron casi en silencio la gran explanada ante el edificio principal; pero, cuando los chicos habían llegado a la carretera, empezaron a hablar todos a la vez. No tenían cada día la oportunidad de tomar parte en una emocionante aventura.

Alboroto y Cavador iban uno al lado del otro, al frente del grupo. No hablaban mucho. Los dos pensaban en lo mismo. Era muy misterioso que Navio hubiera sido encerrada en el sótano de la «Casa del Pantano». Además se había comportado de manera muy extraña cuando ellos habían empezado a hacerle preguntas.

— Oye, Alboroto —empezó Cavador con voz preocupada.

— ¿Qué?

— Tengo la certeza de que Puck y las otras piensan gastarnos una broma esta noche.

Alboroto asintió con expresión sombría:

— Puedes estar seguro. Lo que no logro comprender es cómo se han enterado esas chicas... Bueno, si es que saben algo.

— Esperemos que no — dijo Cavador; pero el tono de su voz decía claramente que él no contaba con tal circunstancia.



Cuando Puck terminó su relato sobre el plan de los ladrones, sintió que tanto ella como sus amigas habían sido relevadas del deber. El hacendado Holm había hablado con la policía de Sundkoebing, y el asunto había sido dejado en las mejores manos.

Claro que, así, gran parte de la emoción se había esfumado; sin embargo había sido la decisión más acertada. El ciudadano debe dejar actuar a la policía en casos serios, como aquél.

Además, Alboroto y Cavador quedarían igualmente en ridículo.

Puck sonrió. No era ni malvada ni maliciosa, todo lo contrario; no obstante los dos chicos se portaban a veces con tanta soberbia que se lo merecían. Navio, que no estaba tan contenta de los acontecimientos, dijo fastidiada;

— Si la policía toma el asunto en sus manos, se acabó la diversión para nosotras. Después de lo que Carl y el otro me hicieron, hubiera querido colaborar en su captura... Además, francamente, no me gusta que Alboroto y Cavador también se pierdan la diversión.

— ¡No me digas! — sonrió Puck.

— Claro que sí — contestó Navio con energía —. Aunque no nombré a esos dos monos en mis plegarias, fueron ellos quienes a pesar de todo me sacaron de aquel horrible sótano, y no lo olvidaré mientras viva.

— Qué extraordinaria eres. Navio — comentó Karen irónica—. Pareces haber olvidado que esos dos tipos quieren engañarnos y dejarnos en ridículo.

— Bueno... Tanto como eso...

— Claro que sí. Hasta un retrasado mental se daría cuenta. Yo,

en tu lugar, no sufriría por ellos.

Navio se limitó a poner cara de contrariedad.

Por la noche, mientras estaban tomando el té, el hacendado Holm se encontraba de un humor excelente. A pesar de su edad, tenía el espíritu joven y estaba muy emocionado pensando en la próxima aventura nocturna. Al mismo tiempo, estaba contento de haber aclarado el misterio de la llave de su caja de caudales.

— ¿Cuándo va usted a mandarnos a la cama? —preguntó Puck tímida.

— Sé en qué estás pensando, Puck —dijo el hacendado sonriendo—. En circunstancias normales, debiríais estar en vuestras camas antes de medianoche... Pero, pensándolo bien, como mañana es fiesta dormiréis hasta la hora que queráis, así que podéis quedaros un par de horas más.

— ¡Bravo! —exclamó Navio—. Así no nos perderemos la emoción.

— Creí que tenías ya bastante — opinó el señor Holm —. Para una chiquilla de tu edad, debes haber tenido emociones para todo un año.

— No... Nunca tengo bastante. Es tan divertido cuando algo es... cuando algo es...

— ¿Formidablemente palpitante? —propuso Puck sonriendo.

— Eso es lo que yo quería decir.

La tranquila y sensata Inger había estado durante un buen rato sin hablar.

— ¿Qué podemos hacer nosotras cuando Carl y sus compinches lleguen? —preguntó.

— No hay nada especial que podáis hacer — rió el hacendado —, pero no os impediré seguir los acontecimientos en primera fila.

— ¿Por qué no detienen a esos ladrones en cuanto lleguen? — preguntó Karen.

El hacendado se encogió de hombros:

— En realidad, no tenemos ninguna prueba contra ellos. Yo, personalmente, no dudo de la palabra de Hugo Svendsen o Alboroto, como le llamáis. Pero una prueba, lo que se dice una prueba, no la tenemos; y sólo podemos esperar a pillarle con las manos en la masa. Estoy casi seguro de que lleva mucho tiempo burlando a la policía...

— Y al guardabosques — opinó Puck.

— Sí, tienes razón — admitió el señor Holm, y su expresión se tornó sombría.

El hacendado odiaba a los cazadores furtivos. Tenía de ellos el mismo concepto que de los asesinos, porque los métodos que usaban para cazar eran crueles y cobardes, y hacían sufrir a los pobres animales.

Inger miró de reojo al hacendado y dijo:

— Bueno, lo más importante esta noche es echar el guante a esos delincuentes.

— Sí — asintió él distraído —. Tienes toda la razón.

Y ya no se habló más del asunto.

* * *

Cuando Alboroto, Cavador y los otros muchachos del pensionado de Egeborg llegaron a la Granja del Este era poco más de la una. Los chicos comprendieron que debían armarse de paciencia. Según su plan, «Car el del Pantano» y sus compañeros no llegarían hasta las dos.

Hacía frío, un par de grados bajo cero; pero, por fortuna, los gruesos trajes de esquiar abrigan mucho. La espera fue muy aburrida y un par de chicos empezaron a murmurar.

Ellos habían sacrificado su sueño... ¿Y qué ocurría? Nada en absoluto.

Cuando Alboroto hubo escuchado durante un rato sus quejas, en el escondite, detrás de unos matorrales, se hartó y musitó furioso:

— ¡Cerrad el pico, chicos! Os dije de antemano que los ladrones no llegarían hasta las dos, y es completamente inútil que os quejéis.

— Pero, Alboroto...

— Calla, te digo.

— Bueno, bueno...

— ¡Silencio!

Como siempre, Alboroto dijo la última palabra.

Eran casi las dos y el descontento entre los chicos aumentaba. De pronto, Alboroto, muy excitado, dijo en voz baja:

— ¡Mirad, chicos! Hay alguien junto a la puerta de la granja.

Los muchachos miraron en dirección a la entrada. Con la nieve como fondo era muy fácil distinguir dos figuras negras al lado de la puerta. Poco después entraron, y Alboroto susurró:

—¡Ya está, amigos...! ¡Al ataque!

— ¡Vamos! —dijeron varias voces—. ¡Empieza la diversión!
Solo una, preocupada, desentonó de aquella euforia.

— Alboroto... Supongo que no vendrán armados.

— ¡Ni hablar!

— ¿Estás seguro?

Alboroto gruñó fastidiado.

— Calla, Preben. Naturalmente, no puedo estar seguro; sin embargo, a estas alturas, debemos correr el riesgo. Si alguien tiene miedo, es libre de retirarse a dormir en el pensionado. Miró en derredor y preguntó:

— ¿Alguien quiere marcharse?

— ¡Ni hablar! —dijeron unos.

— ¿Crees que somos unos cobardes? —se oyó a otros.

— De acuerdo, chicos — aprobó Alboroto contento —.
Dejaremos los esquís y los palos aquí, e iremos con mucho cuidado hasta la puerta de la entrada. Estoy seguro de que la habrán dejado abierta. Esos tipos van a saber quiénes somos nosotros.

— Sólo hay dos hombres —sonó una voz baja—. ¿Dijiste que «Carl el del Pantano» tenía dos compinches?

— Es verdad — admitió Alboroto —. Cuando escuché su conversación había tres hombres decididos a dar el golpe; pero, según parece, sólo han venido dos.

— ¿No crees que el tercero puede estar escondido?

— No tengo ni idea.

La voz de Alboroto sonó irritada cuando continuó:

— No hay tiempo ya para pensar en estas cositas sin importancia. Debemos correr el riesgo y recibir las bofetadas como lleguen.

— Naturalmente —aprobó alguien.

— Bien. Vámonos, entonces... Pero en silencio..., y callaos todos.

— ¿Les dejamos inconscientes? —dijo una voz.

— Tranquilízate —recomendó Alboroto sereno—. Les daremos una paliza, pero sólo eso. Lo más importante es que los vencamos. Luego llamaremos a la policía de Sundkoebing y Puck y los otros angelitos se quedarán con un palmo de narices.

— ¡Ya!

Cavador expresó sus dudas con el acostumbrado «ya»; sin

embargo, Alboroto prefirió no hacerle caso y, un momento después, los chicos se acercaban a la entrada de la Granja del Este.

A la luz de la luna, las negras figuras de los chicos se veían claramente sobre la blanca capa de nieve; pero «Carl el del Pantano» y su compañero no los vieron: tenían otras cosas en qué pensar. Habían logrado entrar, y sólo pensaban en los muchos miles de coronas que se encontraban en la caja de caudales. Lo más curioso era que tanto Carl y Compañía como Alboroto y Compañía, tenían la sospecha de que algo saldría mal aquella noche... Y ese pensamiento no sólo se debía a Puck y Compañía.

Lo que más preocupaba a Alboroto en aquel momento era saber si los ladrones habían vuelto a cerrar la puerta; sin embargo, poco después pudo suspirar aliviado. La puerta de la entrada estaba entreabierta. Alboroto se volvió hacia sus compañeros y ordenó:

— Ahora o nunca, chicos. Avanzad con cuidado. Seguramente han quitado la nieve en el patio y no crujirá; pero, a pesar de ello, conviene que uséis más los tacones que las punteras de los zapatos.

— De acuerdo — fue la contestación unánime. Las voces de los muchachos estaban roncadas de emoción.

— Bien. Seguidme. El edificio principal deja la mitad del patio en sombra. Si nos dividimos en dos grupos, uno a cada lado de la puerta del edificio no nos verán...

— ¿No vamos a entrar en seguida? —preguntó Cavador susurrando.

—No. No podemos. Tenemos que esperar a que Carl y el otro salgan. Cuando yo dé la orden de ataque, saltaréis sobre ellos y les daremos una buena paliza.

Alboroto abrió el portal lo suficiente para que él y sus compañeros pudieran entrar. La bóveda de la entrada estaba a oscuras, pero más adelante brillaba la luna sobre el patio. Al otro extremo de la bóveda Alboroto se paró e hizo una señal a sus compañeros. Luego echó un vistazo sobre el patio. Todo estaba en paz y silencio. No se oía un solo ruido.

— Separémonos — dijo —. Cavador, toma el mando de la mitad de las tropas. Id a colocaros a la izquierda de la puerta. Seguramente esos bandidos no tardarán en salir. Debemos estar listos para cuando dé la orden. Es suficiente darles una paliza. Tened mucho cuidado de no matarlos... ¡Vamos!

Los chicos avanzaron furtivamente, doblando una esquina. Sentían el latir de sus corazones.

De pronto. Alboroto se paró.

A un par de metros de distancia, dos figuras negras salieron de la sombra del edificio principal. Entonces gritó Alboroto:

— ¡A por ellos, muchachos!

Apenas había dado su orden empezó la batalla. Los chicos eran rápidos como centellas y se lanzaron como fieras sobre las dos sombras negras que fueron derribadas sobre la nieve aunque se defendían con bravura.

— ¡Basta, por todos los diablos! —jadeó uno de ellos medio ahogado—. ¡Basta, insensatos!... ¿Os habéis vuelto locos?

— ¡Sí, locos de remate! — chillaron los muchachos —. Vais a recibir una buena paliza... ¡Toma!... ¡Toma y toma!

— ¡Basta os digo! ¡Somos de la policía!

— ¿Cómo?...

— ¡Somos de la Brigada Criminal!

En el calor de la batalla, aquellas palabras surtieron un efecto casi mágico. Los muchachos se pararon en el acto. Alboroto fue el primero en comprender lo ocurrido y jadeó:

— ¡Vaya! ¡Qué mala suerte!...

No dijo más porque, en aquel instante, ocurrió algo inesperado. La puerta del edificio fue abierta violentamente y un par de individuos bajaron casi volando los escalones. Los combatientes aún no se habían levantado de la nieve.

En medio de toda aquella confusión, las dos figuras que habían salido de la puerta estaban cruzando el patio a toda velocidad en dirección a la bóveda del portal de salida.

Alboroto, que era un chico inteligente, gritó excitado:

— ¡Es «Carl el del pantano» y el otro bandido!... ¡Vamos tras ellos!

Y mientras los combatientes se levantaban perplejos, la luz del edificio fue encendida, y el hacendado Holm y su mujer salieron rápidamente, seguidos del capataz y un par de asustadas criadas.

— ¡Atención! — empezó Holm.

Pero nadie le escuchó. Los dos delincuentes llevaban ya una ventaja considerable y habían desaparecido en la oscura bóveda cuando los dos agentes y los chicos se fueron tras ellos. El sargento

Jensen estaba muy enfadado; pero, como cada minuto contaba, no quería perder el tiempo regañando a los muchachos.

— ¡A por ellos! —ordenó rabioso—. Esos dos ladrones no deben escapar. ¡Corred todos!

En aquel instante se escuchó un grito furioso en el portal de salida.

* * *

Antes de que ocurriera todo aquello, habían pasado muchas cosas en la Granja del Este. Desde Sundkoebing habían llegado cuatro agentes de la Brigada Criminal, con el sargento Jensen al mando. Iban en un coche patrulla, que había sido metido en el garaje para no levantar sospechas.

Después, tomaron café con pasteles caseros en el confortable salón, conversando animadamente.

—Si las informaciones que tenían resultaban correctas, «Carl el del Pantano» y sus compinches no llegarían hasta las dos. Mientras tanto, había que matar el tiempo de la espera lo mejor posible.

— Lo estamos pasando muy bien — dijo el sargento con una sonrisa —. Pero a la una quiero que todas las luces sean apagadas. Puede ser que los ladrones lleguen antes de la hora prevista y, si ven luz, dudo mucho de que caigan en la trampa.

Se volvió hacia los otros agentes y continuó:

— Hermansen, cuando la luz sea apagada, usted y Sorensen se sentarán en la pequeña sala detrás del despacho; mientras, Schmidt y yo daremos una vuelta de inspección. Cuando esos tipos estén dentro de la casa, tenemos suficiente para detenerlos; no obstante deje que empiecen con la caja de caudales antes de intervenir. «Carl el del Pantano» es un tipo tan duro de pelar que lo mejor es cogerle «in fraganti», así no tendrá ninguna excusa ni podrá negarlo.

— Comprendido, sargento.

— Estupendo... Y ahora voy a repetir un poco de este pastel. Es muy bueno.

— Adelante. Necesitará de todas sus fuerzas — sonrió el hacendado —. Tengo el presentimiento de que será una batalla dura la de esta noche.

— Sí, seguramente —asintió Jensen con sangre fría—. Sin embargo, somos cuatro contra dos o tres. No puede ir tan mal.

— No se olvide usted de los muchachos del pensionado de

Egeborg — sonrió Holm —. Son una pandilla de chicos resueltos, que seguramente tendrán su parte en el buen final.

— ¡Ya! Yo más bien diría que son demasiado resueltos... Sin embargo, no creo que tengan oportunidad de cometer travesuras esta noche.

Puck y sus amigas estaban muy excitadas. Era muy emocionante estar al acecho de un par de delincuentes.

De pronto, Puck se volvió hacia el sargento y le preguntó:

— ¿No podíamos tomar parte nosotras cuatro también?

— ¿Cómo? —preguntó el sargento Jensen, sorprendido.

— Se me ha ocurrido una idea — sonrió Puck —. Además, creo que podemos ser útiles. Cuando los ladrones lleguen, nosotras salimos por la puerta trasera y nos escondemos en los matorrales junto a la bóveda del portal. Si esos tipos sospechan e intentan huir, nosotras cuatro lo evitaremos.

— ¿Tú crees? Sé que sois unas chicas valientes; lo sabemos por experiencia... Sin embargo, esos individuos son muy fuertes.

— No tienen palos de esquiar —dijo Puck.

— ¿Cómo?... ¿Palos de esquiar?

— Sí — asintió Puck —. Le prometo que los bandidos no lo van a pasar muy divertido si les pinchamos con esos palos puntiagudos. Se rendirán, sargento. Se lo prometo.

— ¡Ya!

Jensen miró al hacendado. Éste estuvo un rato callado, luego dijo sonriendo:

— Déles una oportunidad, sargento. No corren ningún riesgo. Tanto la policía como la salvaje pandilla de chicos estarán cerca.

— Como policía, no me atrevo a cargar con la responsabilidad.

— No se preocupe —rió Holm—. La responsabilidad que tiene usted con los chicos será mucho mayor.

— Bueno, pues.

— ¡Bravo! —chilló Navio—. Será formidablemente palpitante.

Inger era la única que parecía algo preocupada. Era natural en ella. La alegre conversación continuó hasta la una.

Entonces, las luces fueron apagadas en todas las habitaciones y, mientras los cuatro policías desaparecían, el hacendado y su mujer, el capataz y las dos criadas se quedaron junto a Puck y sus amigas.

Dejaron que el fuego de la chimenea se apagara por sí mismo y,

al final, sólo las brasas iluminaban la habitación con suave luz roja. La conversación decayó e, instintivamente, bajaron la voz.



La mayor parte del tiempo todos estaban escuchando con tensión. En cada momento podía ocurrir algo.

— La idea de las chicas de salir con los palos es muy buena — dijo el capataz—. Sin embargo ¿no cree usted, hacendado, que sería más seguro que yo les acompañase en esta expedición?

— Ni hablar —interrumpió Navio—. Esto es un asunto para muchachas resueltas. No queremos que ningún hombre nos estropee la diversión: He dicho.

El hacendado Holm se rió:

— Deje que se diviertan solas, como les gusta a ellas. No puede pasarles nada.

El capataz no parecía muy entusiasmado, sin embargo se calló. Al ofrecerse a acompañarles, había hecho lo que él creía más responsable; más no podía hacer.

El gran reloj del rincón dio dos sonoras campanadas.

Las nueve personas reunidas en el gran salón se miraron instintivamente unos a otros: había llegado la hora. ¿Vendrían pronto los ladrones? ¿Ocurriría algo o sería todo un rotundo fracaso?

Tendrían la respuesta antes de un cuarto de hora.

A Puck le costaba mucho trabajo estarse quieta en la silla. Al final dijo, con una voz que sonaba ronca de emoción:

— ¿No cree usted, señor Holm, que nosotras podemos irnos ya? Tenemos los palos colocados allí fuera, en la nieve, y podemos escondernos en los matorrales al otro lado del portal.

— Sí — asintió el hacendado —. Quizá será lo mejor. Sin embargo habéis de prometerme que tendréis mucho cuidado...

De pronto se puso rígido y escuchó durante unos segundos, en

un silencio lleno de tensión:

— Algo ocurre. ¿Lo oís?

— Sí — contestaron en voz baja —. Alguien se mueve afuera.

Y Navio añadió en un susurro:

— Es formidablemente palpitante... Casi no puedo respirar.

Puck ordenó en voz baja:

— Vámonos, chicas. Ahora quizá tengamos la oportunidad de vencer a Alboroto y a los otros.

La señora Holm y el capataz estaban muy preocupados cuando las cuatro amigas desaparecieron por la puerta trasera.

El hacendado, sin embargo, sonrió: estaba seguro de que las chicas no tendrían ocasión de enfrentarse con Carl y su compañero.

No obstante, en caso de que lo hicieran, no era muy agradable tener que luchar contra cuatro, o mejor dicho ocho, puntiagudos palos de esquí.

En la parte trasera de la casa, Puck y sus amigas estaban muy ocupadas. Tomaron rápidamente los palos y se escondieron tras los arbustos. No resultaba un escondite perfecto; pero era igual: los dos delincuentes habían pasado por allí ya, y sólo quedaba esperar.

¿Qué podía pasar en realidad?

Puck se lo preguntó a sí misma mientras miraba fijamente el portal. Lo más seguro era que los ladrones serían vencidos por los agentes o, en todo caso, por los chicos... Sin embargo, cabía esperar que ellas también tuviesen una oportunidad de actuar.

Aunque sólo de trataba de minutos, la espera se les hacía larga. Puck aprovechó el tiempo para explicar en voz baja:

— No sabemos lo que va a ocurrir, así que debemos estar preparadas. Quizá los dos ladrones salgan corriendo por la puerta o quizá salten por una ventana del edificio principal que da a este lado. No podemos saberlo... Sin embargo, estaremos preparadas para darles una calurosa bienvenida.

— Estoy contigo — dijo Navio haciendo girar su bastón de forma amenazadora sobre su cabeza—. Les sacaré los ojos.

— No digas bobadas, Navio — dijo Puck muy seria —. No puedes hacer tal cosa aunque sean unos tipos peligrosos...

De pronto escucharon unos gritos salvajes procedentes del patio de la granja. Era como si varias compañías de soldados entraran en acción a la vez. Durante un segundo, Puck se quedó indecisa, luego

levantó su bastón y dijo:

— No sé lo que ocurre allí; no obstante, creo que es mejor que nos acerquemos al portal.

— ¿Por qué no entrar en el patio? —preguntó Navio.

— Nos quedaremos fuera..., por lo menos de momento.

— Está bien.

La decisión de Puck resultó muy sabia. Las muchachas se colocaron bajo la oscura bóveda del portal, desde donde podían ver el gran patio iluminado por la luna.

De repente oyeron pasos que corrían por la nieve y dos figuras aparecieron. Entonces Navio chilló:

— ¡Es él!... ¡Es «Carl el del Pantano»!

Los dos hombres llegaron a gran velocidad a la bóveda, en dirección a las muchachas. Entonces Puck gritó:.

— ¡Listas con los palos, chicas!

Su grito era innecesario. Carl que corría delante chocó contra el palo de Inger. Lanzó un grito y retrocedió unos pasos.

Acto seguido empezó la batalla. Los dos ladrones intentaron salir a campo abierto, pero los palos de esquí seguían pinchándoles por todos lados y se lo impidieron.

Luego llegaron los agentes y los muchachos, y todos se lanzaron sobre los dos fugitivos, con lo que la lucha fue breve.

«Carl el del Pantano» rugía como una fiera, pero no pudo hacer nada contra tanta gente. Su compañero se rindió en el acto. Cuando los dos ladrones habían sido detenidos, el sargento Jensen dijo, precavido:

— Estos individuos me parecen algo salvajes. Más vale tomar precauciones.

Luego se oyó el sonido de las esposas al cerrarse. Cuando, un cuarto de hora más tarde, los agentes se habían marchado con los presos, los demás se quedaron media hora aún en el confortable salón de la Granja del Este.

El hacendado y su mujer habían invitado a Alboroto y a sus amigos a tomar unos bocadillos. Los muchachos estaban naturalmente decepcionados con el resultado; no obstante, Puck intentó consolarles con una sonrisa burlona:

— Animaos, chicos; no podemos ganar todos cada vez. Hoy hemos tenido más suerte nosotras, tendréis que admitirlo.

— De acuerdo — murmuró Alboroto, pero su voz no sonó muy convincente—. Nosotros no nos hemos peleado nunca, ¿verdad, Puck?

— Nunca... Bueno, casi nunca.

— Entonces me siento feliz — declaró Alboroto rápido —. En este loco mundo todo va mejor cuando se está de acuerdo... Y todos hemos estado de acuerdo hasta ahora, ¿no?

— Pues... ¡Ejem! Sí.

— ¡Ja, ja! —dijo Navio jubilosa—. Eso sí que está bien

— ¿Qué?

Navio estaba dando saltitos de alegría en su silla. Aunque había sentido pena por sus compañeros, que la habían liberado del sótano, de eso hacía ya un par de horas: demasiado tiempo.

— Claro que siempre hemos estado de acuerdo, querido Alboroto, y esta noche he sentido lástima por ti; sin embargo, me he repuesto.

— Eres una ingrata — suspiró Cavador entornando los ojos—. ¿Sabes lo que creo, Alboroto?

— No.

— Si no hubiéramos sacado a este angelito del sótano, nosotros hubiésemos atrapado a los ladrones. Hubiéramos sido coronados de laureles..., hubiéramos sido inmortales..., hubieran inscrito nuestros nombres en la historia de la criminología..., hubiesen...

— ¿Quieres callar? —interrumpió Alboroto, irritado—. Somos lo bastante hombres como para sobrevivir a una derrota; pero no por eso se ha dicho la última palabra, chiquillas.

— ¿Es una amenaza?

— No; es una promesa... Una promesa muy solemne.

— ¡Qué bien! — declaró Navio —. Suena formidablemente palpitante. Sin embargo, hay una cosa que parece haber olvidado, Alboroto.

— ¿Cuál?

— Que Puck está en guardia... siempre.

En aquel instante entraron las dos criadas con bocadillos y otras cosas buenas. A la vista de ello, los muchachos se tranquilizaron un tanto y, momentos después, todos estaban ocupados comiendo con apetito a pesar de la avanzada hora de la noche.



Después de un rato, dijo el señor Holm:

— Se podrá discutir si este asunto ha sido tratado según la ley. Yo, personalmente, opino que no; sin embargo, quiero añadir que todos vosotros, tanto las chicas como los chicos, habéis puesto todo vuestro empeño en poner fuera de la circulación a un par de individuos poco recomendables. Tenéis mi pleno respeto... ¡Ejem!... No obstante, la próxima vez creo que lo mejor será que dejéis trabajar a la policía.

— Déjate de sermones, William — interrumpió alegre su mujer —. Los chicos deben comer en paz. Después de todas estas emociones, comprenderás que tengan hambre. Comed, chicos, comed.

Y los invitados no se hicieron de rogar, sobre todo, porque podían comer con la conciencia bien tranquila.

